3 1761 06235102 8

SERVET

REFORMA CONTRA RENACIMIENTO

CALVINISMO CONTRA HVMANISMO

POR POMPEYO GENER

1511

1553

MEDICO-GEOGRAFO-ASTRONOMO-FILOSOFO

CASA EDITORIAL MAUCCI, MALLORCA, 166.—BARCELONA

retrato - 2h - 316 pag - 2h - 6 láminas

SERVET

MEDICO-GEOGRAFO-ASTRONOMO FILOSOFO

MIGUEL SERVET, *alias REVÉS*

MÉDICO - GEÓGRAFO - ASTRÓNOMO - FILÓSOFO

1511—1553

SERVET

REFORMA CONTRA RENACIMIENTO : CALVINISMO CONTRA HUMANISMO

ESTUDIO HISTÓRICO CRÍTICO
SOBRE EL DESCUBRIDOR
DE LA CIRCULACIÓN DE LA SANGRE
Y SU TIEMPO

POR

DR. POMPEYO GENER
de la Sociedad de Antropología de París

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
MALLORCA, 166

BUENOS AIRES
MAUCCI HERMANOS
CUYO, 1065

1911

BX
9869
S4G4

ESTA OBRA EN ESPAÑOL
ES PROPIEDAD
DE LA CASA EDITORIAL
MAUCCI
DE BARCELONA

LIBRARY
DEC 4 1963
UNIVERSITY OF TORONTO

870725

Compuesto en máquina TYPOGRAPH

DEDICATORIA

A la memoria del doctor H. Huchard, el gran sabio que tanto estudió las enfermedades del corazón y de la circulación de la sangre, su discípulo agradecido

P. G.

PREFACIO

L año de 1902, después de algún tiempo de no haber estado en Suiza, emprendimos un viaje á Ginebra, y hallándonos en dicho punto algunos días durante el mes de Septiembre á propósito de varios Congresos internacionales allí habidos, pudimos notar el alto espíritu de justicia que reinaba en la hermosa ciudad helvética, sobre la memoria del malogrado Miguel Servet. No sólo eran los librepensadores los que acusaban á Calvino de haber cometido el enorme crimen de privar á la Humanidad

de que uno de los genios más fecundos diera todo su fruto, sino que hasta había protestantes liberales que reivindicaban nuestro compatriota, con tanto ardor como los librepensadores, sosteniendo que Calvino había sido un fanático estrecho de miras que había hecho más daño que bien á la doctrina evangélica (1). Y algunos hacían el panegírico del ilustre doctor español, considerándolo como uno de los principales jefes de la Reforma. Un pastor protestante (2) llegó á decir de él, presentándolo como un apologista del cristianismo: «Renuncia á los placeres, á los honores, á la influencia que en la Corte de Carlos V, con el ilustre Quintana, su maestro, le estaban asegurados. El placer más grande de su vida consiste en haber encontrado una Biblia; desde entonces no tiene más que una sola pasión: Jesús. Ser el paladín de Jesús y revelarlo tal cual es al mundo entero que no lo comprende, tal es

(1) «Hoy—exclama F. de Schickler, en el *Bulletín de la Societé de l'Histoire du protestantisme*—la cruel condena de Servet, estigmatizada por los adversarios de la Reforma, es objeto de tristeza y de remordimiento para los buenos protestantes.»

(2) Henry Tollin. *Michel Servet-Portrait-Caractere*, pág. 46.

el objetivo de su vida. Todo lo que se opone á Jesús, al amigo de su corazón, lo combate y lo derriba con todo el ardor de un caballero español. El mundo pertenece á Jesús, su amigo. Por este Jesús, el salvador histórico del mundo, el propio hijo de Dios, reivindica el derecho de posesión sobre la Iglesia, derecho que quiere disputarle esa frívola doctrina de la Trinidad escolástica, que contradice, á la vez, la Biblia y la razón. Gracias al amor de Jesús, no permite que se detenga en su marcha la autoridad de la Escritura, en honor del Santo de los Santos. Así afirma que debe de ser sometida á la autoridad de la Escritura la doctrina que divide á Dios en tres personas. El trató, por su amigo celeste, de convencer á los Jefes de la Reforma, y su respuesta fué anatema proscripción y muerte.»

Y á este tenor, vimos varias otras publicaciones de los evangelistas avanzados. Hasta los protestantes conservadores, acérrimos calvinistas, confesaban que había sido un error de Calvino y lo excusaban invocando lo de las costumbres duras de la época, de las necesidades políticas del momento, de la presión de las masas, etc., etc.

En esto celebróse en la Universidad de Ginebra el *Congreso internacional de la Libertad del pensamiento,* y conociendo á fondo la cuestión, y en especial la personalidad de Servet, tanto científica como filosófica y teológica, nos creímos en el deber de formular la forma concreta de la reparación ó mejor de la reivindicación que Ginebra debía de tributar al ilustre descubridor de la Circulación de la sangre.

Así presentamos la siguiente proposición al Congreso en pleno, que me firmaron otros cuatro delegados, siendo votada por unanimidad entre ruidosos aplausos:

«Los abajo firmados, delegados de diversos puntos en el Congreso internacional del librepensamiento, piden que, en reparación del martirio de la hoguera hecho sufrir al inmortal Miguel Servet por el fanático Calvino, se erija un monumento con la estatua del ilustre mártir, en Champel, en el propio sitio en que fué quemado vivo.—Firmado: P. Gener, Ferrero, Belén Sárraga, Soriano, Lozano.»

Encontrándome algo enfermo en aquel momento, leyó la proposición el profesor señor Ferrero. Varios individuos del Municipio

de Ginebra, y del Consejo Cantonal, prometieron su apoyo omnímodo, al cual se adhirieron luego los demás. Nombróse una comisión internacional, y ésta, á su vez, delegó á otras subcomisiones el encargo de promover la suscripción para la erección del monumento. La ciudad de Ginebra daría el terreno, el arquitecto y creo que el material de construcción. En España se nombró una sub-comisión, y aquí se quedó la cosa. Y la sub-comisión española nada ha hecho aun siendo la que hubiera tenido que llevar la iniciativa en este asunto. Para que no quede en olvido mártir tan ilustre, ahora que, precisamente en este mes de Octubre, uno de estos días, (el 27), cumplen los 350 años del suplicio de nuestro ilustre genio, me he determinado á escribir, con las notas que tengo, este trabajo, cuyos estudios empecé ante el proceso, el año pasado y he concluído este verano en la misma Ginebra. Mi fin es el de hacer saber á toda España y las Américas latinas quién era Servet y, sobre todo, á lo que fué debida su muerte desgraciada.

*
* *

Después de escrito lo que antecede, leemos en un periódico suizo (1) que se ha levantado á la memoria de Miguel Servet un monumento en los alrededores de Ginebra. Luego hemos visto fotografías y la descripción de dicho monumento. Según resulta el monumento en cuestión, es sólo una sencilla roca, rodeada de una verja, con una lápida conmemorativa, situado en un recodo de uno de los caminos de Champel, y no en el sitio donde fué quemado el ilustre descubridor de la circulación de la sangre.

La inscripción es la siguiente:

«EL 27 DE OCTUBRE DE 1553, MURIÓ EN LA HOGUERA, EN CHAMPEL, MIGUEL SERVET,

(1) Este periódico y la fotografía, que de la roca expiatoria reproducimos, nos la remitió nuestro amigo el genial poeta Angel Guimerá, al llegar de un viaje á Suiza.

El monumento expiatorio que los calvinistas de Ginebra erigieron en Champel á Servet en 1903, disculpando á Calvino para desvirtuar el verdadero que debió de erigírsele

DE VILLANUEVA DE ARAGÓN, NACIDO EL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1511.

»HIJOS RESPETUOSOS Y AGRADECIDOS DE CALVINO, NUESTRO GRAN REFORMADOR, PERO CONDENANDO UN ERROR QUE FUÉ EL DE SU SIGLO, Y FIRMEMENTE ADHERIDOS Á LA LIBERTAD DE CONCIENCIA, SEGÚN LOS VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA REFORMA Y DEL EVANGELIO, HEMOS ELEVADO ESTE MONUMENTO EXPIATORIO EL 27 DE OCTUBRE DE 1903.» (1)

Este monumento, vergonzante, sin estatua, como se puede ver por la inscripción, es más una reivindicación de Calvino que una reparación á nuestro ilustre filósofo. Con él el elemento calvinista de Ginebra ha intentado desviar la inmensa corriente dirigida á la erección de un gran monumento con es-

---

(1) La inscripción en francés:

Le 27 octobre 1553, mourut sur le bûcher à Champel, Michel Servet, de Villeneuve d'Aragon, né le 29 septembre 1511.

Fils respectueux et reconnaissants de Calvin, notre grand Réformateur, mais condamnant une erreur qui fut celle de son siècle, et fermement attachés á la liberté de conscience selon les vrais principes de la réformation et de l'Evangile, nous avons élevé ce monument expiatoire le 27 octobre 1903.

tatua, tal cual merece el ilustre descubridor de la circulación de la sangre, monumento que se levantara majestuoso allí mismo donde le hizo quemar, por un odio personal, Calvino. Y este monumento hubiéralo sido, á la par, de oprobio contra el reformador extranjero que entronizara una tiranía teocrática, cohibiera las costumbres vitales de la libre Helvecia, y de gloria para los viejos ginebrinos, los verdaderos patriotas de la época, que no quisieron condenar á un sabio inocente, ni conculcar las leyes liberales de su República.

Pero como esto no convenía á los pastores calvinistas, á esos *hijos respetuosos y agradecidos* del asesino picardo, por esto se ha hecho la menos cantidad de monumento con esta lápida hipócrita. Hipócrita, ¡sí! porque se quiere hacer recaer sobre las costumbres del tiempo, la responsabilidad que cae *solamente* sobre Calvino. Calvino y sus adeptos fanáticos son sólo los responsables de la muerte del gran Servet, como de la decapitación de Gruet, y de tantas muertes, destierros, encarcelamientos y torturas como hicieron sufrir esos enemigos de la vida,

á los antiguos patricios de Ginebra, tan francos y tan hospitalarios.

Si ese monumento es á Servet á quien se erige, condénese á Calvino y quítese lo de los *hijos respetuosos y agradecidos.* Y si tanto agradecen y respetan á su reformador, tengan el valor de compartir con él la responsabilidad de sus horrendos crímenes, cual lo hace Choisy en su *Historia de la Teocracia en Ginebra.*

*
* *

«Hállome más profundamente escandalizado—decía Gibbon—ante el solo suplicio de Miguel Servet, que ante todas las hecatombes humanas producidas por los Autos de Fe de España y de Portugal reunidos.»

Y tenía razón sobrada el ilustre historiador inglés. A todo hombre de corazón grande y de inteligencia clara, este es el efecto que debe de causarle el vil procedimiento de Calvino con su rival infortunado.

«¿Qué corazón honrado no se conmueve

ante tan trágica aventura?—exclama Emilio Saisset, corroborando la impresión de Gibbon.—¿Qué espíritu recto no se ha sublevado ante el espectáculo de esa hoguera en la cual Ginebra herética hizo subir á Servet por el crimen de herejía, crimen cometido antes por ellos, los que se habían separado de la Iglesia en nombre del libre examen y de los sagrados derechos de la conciencia? Ellos, que habrían sido inmolados en París con Ana Dubourg, quemaron vivo á un teólogo sincero y lleno de genio por haber interpretado la Biblia con la libertad que su fe le daba!»

Elíseo Reclus añade: «¿Qué hizo Calvino una vez dueño del poder? Quemar á Miguel Servet, uno de esos hombres de intuición científica como tal vez apenas haya diez ó doce en toda la historia de la Humanidad.»

Un martirio tal, debería de haber dado mayor celebridad á la víctima. Deberíase de haber investigado su teoría religiosa, sus ideas ó su sistema filosófico, sus inventos, sus libros, más á más cuando nos encontramos, no ante un simple racionalista imaginativo, ó ante un mero teólogo, sino ante un sabio genial como pocos haya habido,

que descubrió el primero la circulación de la sangre en el humano cuerpo, la grande y la pequeña, que sentó las bases de la Geografía comparada, y que llevó la luz á todos los campos que su vasta inteligencia recorría.

Pero nada de esto ha pasado. Sólo algunos espíritus nobles, como G. Saisset en Francia, en 1849, y M. Lerminier en 1842, emprendieron su defensa. Además, algún pastor protestante liberal se pronunció contra dicho suplicio, como ya hemos indicado.

¿A qué ha sido debido esto? A que los pocos ejemplares de las obras de Servet han sido acaparados y puestos á buen recaudo, ó destruídos, por los calvinistas.

Además: de su *Cristianismi Restitucio* quedaron sólo dos ejemplares, uno de ellos algo chamuscado por las llamas; así lo afirman varios autores. Uno de éstos debía encontrarse en la Biblioteca ó en los archivos de Ginebra. Nosotros no hemos hallado ninguno. Para estudiarlo, hemos tenido que recurrir al de la Biblioteca Nacional de París. Hay uno en la Biblioteca Imperial de Viena (Austria) y últimamente el profesor inglés

Mr. Turner halló uno en la Biblioteca de la Universidad de Edimburgo, al cual le faltaba la portada y las 16 primeras páginas.

¿Sería el que se retiró del fuego con algunas hojas chamuscadas, que habrían quitado, para venderlo clandestinamente? Una edición de pocos ejemplares que se tiró en 1791 en Nuremberg por Christian Gottlieb von Murr, que debía figurar allí, no existe ningún ejemplar de ella. ¿Y los demás ejemplares, qué se hicieron?

El proceso *in integrum* guardado en los archivos de la Ciudad hasta hace poco ha sido inaccesible al que quisiera estudiarlo, ó al menos ha encontrado grandes dificultades para ello.

Así, después de quemado el sabio, se ha querido que desaparecieran sus ideas, y se ha hecho todo lo necesario para ello por los adeptos de Calvino que continuaron sus tendencias.

Por fortuna, en los tiempos modernos se ha iniciado una corriente de reivindicación de esas grandes figuras históricas, puestas en la obscuridad por la injusticia de los fanáticos ó de las preocupaciones de los tiempos. El elemento liberal del protestantismo,

sintió como un remordimiento de conciencia por lo hecho por Calvino, é intentó sincerarlo, haciendo á Servet, no inocente de lesa humanidad, sino inocente de leso cristianismo. El elemento ginebrino en masa, en especial los no observantes, han hecho posible el que se estudiara el proceso y el libro. Y yo, que ningún respeto debo á dogmas ni á preocupaciones de secta, he tomado sobre mí la reivindicación de este ilustre sabio español, el mayor genio del Renacimiento, sin miramientos á los protestantes de unas y otras sectas, ni á los religionarios de clase alguna. Yo no veo más que UN MÁRTIR SUBLIME y UN MALVADO HORRIBLE: SERVET y CALVINO; y en el primero un genio, un sabio, un filósofo que estaba en la verdadera vía de la perfección humana; y en el otro un criminal fanático, estrecho de miras, enemigo de la vida, que quería extremar los dogmas ascéticos cristianos de renunciación, hasta hacerlos remontar á las secas teorías jehovistas de Israel.

¡Gloria al primero! ¡Horror y vilipendio eterno para el segundo! No habiendo podido conseguir que se le levante ese monumento en que soñábamos, le dedicamos un

libro para probar lo grande que fué, y lo injusta y horrible de su condena.

Barcelona 23 Noviembre 1903.

P. GENER.

*
* *

P. S. Ultimamente, estando corrigiendo las pruebas de nuestro libro (1), hemos tenido noticia de que, habiéndose negado el Ayuntamiento calvinista de Ginebra, por mayoría de votos, á autorizar la elevación de un verdadero monumento á Miguel Servet en aquella ciudad en la cual fué condenado y quemado vivo, el Comité Servetista ha tenido que erigirlo en terreno de Francia, en

(1) A punto ya de entrar en prensa esta obra, por iniciativa nuestra, se ha presentado una proposición al Ayuntamiento de Barcelona que ha sido tomada en consideración para levantar un monumento con la estatua á Miguel Servet, digno de tan ilustre sabio. La proposición va firmada por los señores don Emiliano Iglesias, D. Ignacio Iglesias, D. Luis Callén y D. Pedro Corominas.

El monumento á Servet, obra de la distinguida escultora Srta. Clotilde Roch, elevado en Annemasse (Alta Saboya) por no haber permitido el Ayuntamiento calvinista de Ginebra que se erigiera en Champel

la alta Saboya, á Annemasse. Allí, gracias á los ginebrinos liberales y á los franceses librepensadores, se le ha levantado una estatua sobre un pedestal con una gradería. La estatua es obra de la señorita Roch, la cual lo ha presentado estando en la cárcel, pensativo y triste, revelando de una manera admirable el estado de alma del ilustre mártir español.

Creemos aquí un deber nuestro el dar, en nombre de España, un testimonio de alta gratitud á la ilustre escultora que, generosamente y sin retribución alguna, ha contribuído tanto á que se elevara el primer monumento á nuestro gran compatricio, esculpiendo su estatua.

Barcelona, 1.º Julio 1911.

PRIMERA PARTE

Vida y viajes de Servet

CAPITULO I

NATURALEZA DE MIGUEL SERVET

La patria, ó mejor dicho, la naturaleza de Miguel Servet hasta hoy, era objeto de muchas conjeturas. Cada escritor le atribuía un origen diferente. Sólo se estaba de acuerdo y se daba como probado, que fué español del Reino de Aragón, ó del de Navarra. Así es que la mayor discordancia ha reinado en los estudios que se han hecho sobre este punto concreto del ilustre descubridor de la circulación de la sangre. Los documentos en que consta como hijo de Tudela (Navarra), son el proceso de

Vienne y una inscripción que se supone en un registro de París. Pero hay varias Tudelas en España. A más, podía haber nacido en una Tudela accidentalmente. De las investigaciones minuciosas que hemos practicado, resulta que en ninguna Tudela ha habido, del 1500 al 1550, ninguna familia Servet ni ningún individuo de este nombre.

Luego volveremos sobre este particular, explicando de dónde tomó origen la creencia de que fuera hijo de Tudela.

En varios documentos del proceso de Ginebra figura como vilanovano *Regnum Aragonis*. Pero en aquella época se denominaba reino de Aragón toda la antigua Coronilla. Tal la denomina el propio Carlos V, Emperador, en sus órdenes, lo mismo que todos los cronistas de la época. Así igual pasaba por ser del reino de Aragón un catalán y un mallorquín ó un valenciano que un hijo de Calatayud ó de Zaragoza. En una de sus cartas consta que era del obispado de Lérida, y esto ya fija más la cuestión. La única Vilanova que puede ser admitida así, del obispado de Lérida, es la población que existe cerca del Cinca, titulada Vilanova de Sixena (ó de Xixena, antiguamente), la cual

pertenece hoy á la provincia de Huesca, perteneciendo aún al obispado de Lérida, como dice la carta. Y como en dicha Vilanova (hoy Villanueva de Sigena), existe un retablo de una familia Servet, y unas escrituras de un notario Servet, que por su fecha podrían resultar del padre de nuestro héroe, todas las probabilidades, que bien se puede decir que indican certeza, son de que Miguel Servet fuera hijo de este lugar. Y ya volveremos sobre este punto al fijar su raza.

En cuanto á ésta, el obispo Paulmier, ó Paumier, amigo de Servet y Señor del delfinado, le considera como á catalán, y como á tal se sirve de él para tratar con los señores y prelados de Provenza, de Narbona y de Perpiñán: «*Parce qu'il estoit maistre en cette belle langue et la parloit á merveille.*» Y lo mismo sucede con su discípulo Alfonso Ligurio, el cual lo llama *Tarraconensis* (1). Hay escritores franceses que se lo atribuyen

---

(1) Esto era una alusión á la *Hispania-Tarraconensis* de los romanos y tal vez á la patria del padre de Servet, que era hijo de un pueblo no lejano de la hoy provincia de Tarragona, llamado Garsía.

por haber visto su nombre ortografiado en algún documento, de esta manera: *Michel de Villeneufve.* La Fuente, historiador de la Iglesia española, dice que *es más probablemente mallorquín* (1), y Latassa anota la opinión de algunos que le suponen hijo de Tortosa (2).

Volvamos ahora á Villanueva de Sigena para fijar su raza.

Todas las probabilidades están, como hemos dicho, de que nuestro gran genio fuese oriundo ó perteneciese á toda una dinastía de Servets que floreció durante el siglo XVI y XVII en esa región del Cinca, es decir, en los lindes de Cataluña con Aragón, de los cuales citaremos Micer Andreu, ó Andrés Servet Aviñón, catedrático que fué de la Universidad de Zaragoza, después de haber enseñado en Lérida. El Padre Marco Antonio Servet (a) Rebés, abate de Montaragón, el canónigo de Lérida Miguel Servet

---

(1) Tal vez lo deduce de serlo el sabio Juan Quintana, protector de Servet.

(2) El antes indicado pueblo de Garsía, del cual era hijo su padre, está situado en las inmediaciones de Tortosa.

Real Monasterio de Sixena, del cual fué notario
el padre de Miguel Servet

de Aviñón y Rans. Micer Agustín de Aviñón y Servet, jurisperito insigne, y el notario Antón Servet (a) Rebés ó Revés, originarios los unos, habitantes los otros de Villanueva de Sixena, lugar cercano de Sixena y de su famoso monasterio (1). Precisamente en este pueblo es donde se halla un retablo en la Iglesia, hecho por encargo de la familia Servet. En dicho retablo hay la siguiente inscripción, cuya ortografía es catalana, á pesar de estar escrito en castellano:

ESTE RETABLO MANDARON HASER LOS MAGS
SENIORES CATALINA CONESA INFANÇONA VIV-
DA I SV HIJO MOSSEN IVAN SERVETO DE REVES
CVRGO INFANÇON RECTOR DE POLININO ACABOSE A
XXVII DEL MES DE AVGVSTO ANO. MD.XXXXVIII

Esta inscripción, que figura encima de la

(1) Aquí hay que advertir que en estos documentos, la ortografía de los nombres cambia, habiendo en ellos una verdadera confusión con lo de Rebés y Reves, lo de Rans y Ranz; Aviñon, Auiñon y Auñon, y lo de Servet que á veces está escrito en latín: Servetus ó Serveto.

cornisa del retablo, está bastante deteriorada, y gracias á haberse desconchado parte de la pintura, la primera X de la fecha del año está ya casi borrada, lo mismo que alguna letra.

También, según afirma el Dr. Benito R. Barrios, que ha hecho un concienzudo estudio sobre el particular, aún se mantiene de pie la casa en que nació nuestro héroe (1); y se conservan escrituras autorizadas por su padre, ó por el que parece resultarlo, pues dicho notario es Servet Rebés (ó Revés), lo mismo que el ilustre descubridor de la circulación de la sangre.

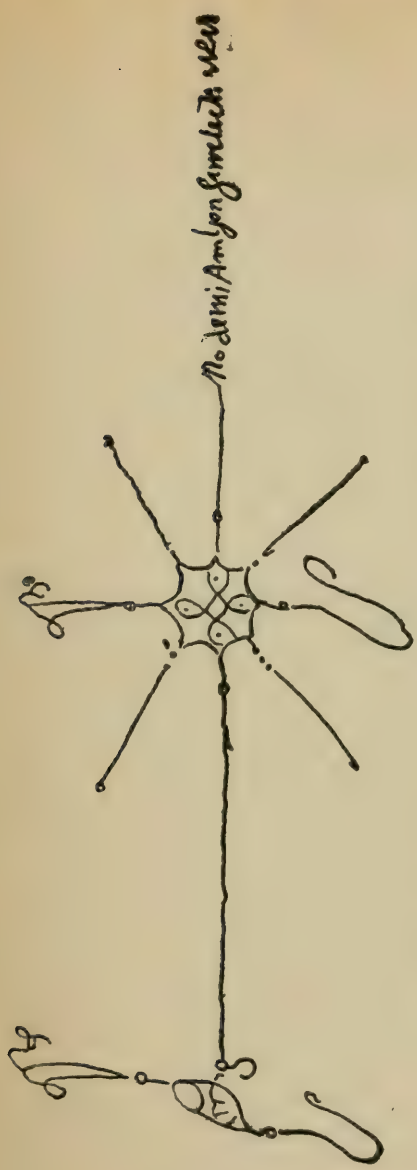
Dichas escrituras datan de varias épocas, según afirma el Dr. R. Barrios, que las ha visto y copiado (2). Un día un señor alemán llegó al pueblo, para estudiar la cuestión (3). Se fué á la iglesia y, encontrándola cerrada, llamó á una casa vecina en la cual vive un señor llamado Pano, que le proporcionó va-

---

(1) Ultimamente en Junio de 1909 la hemos visto.

(2) Véanse los notabilísimos trabajos del doctor R. Barrios en la colección la Revista catalana *Joventud*, año 1903, pág. 776 y 1904, pág. 297.

(3) ¿Sería el Dr. Reuss? ¿Sería Tollin?



FIRMA NOTARIAL DEL PADRE DE MIGUEL SERVET
ANTON SERVET *alias* *REVES*

rios datos y además permiso para estudiar es los archivos del Monasterio de Sixena, donde encontró interesantísimos documentos en pergamino, especialmente las antedichas escrituras.

Una de ellas lleva la data de 19 de Noviembre de 1511 (1), y es una carta de procuración á favor de doña María de Albión, religiosa de Sixena, autorizada por Antón Servet, álias Rebés, habitante en Villanueva de Sixena.

Otra, que merece ser copiada, es la siguiente:

«17 de Abril 1518. *El Esguart*, ab llicencia de *la muyt noble y reverent senyora donya María de Hurrea, priora*, dona a feudo perpetuo varias propietats als vehins del llogaret de Sena, etc., etc..... «*Signum de Mihi Anthon Serveto, álias Revés*, habitant en el *lugar de Vilanova de Sixena, et per Autoritad Real notario público por toda la tierra e senyoria del Serenísimo Senyor Rey de Aragón é Castilla.*»

Con fecha del 31 de Diciembre de 1521

---

(1) El mismo año en que nació Miguel.

hay una escritura entre Isabel de Pano y Antón de Fluxá.

El 5 de Octubre de 1522 hay otra de *donya* Beatriz de Olzinellas, en la cual figura como parte un Juan de Montaner, habitante en Lanoja.

El 9 de Mayo de 1529 hay una escritura *entre Domingo Fontova y Joana Torrents, conyugs vehins del llogaret de Sena, venen al prior...*» etc., etc. El final de esta escritura es en latín.

El 1.º de Julio de 1529 se encuentra la escritura de Pascasio Caxal, é Isabel de Lax..., que acaba en latín.

Hay otras varias, entre ellas una del 8 de Abril de 1538, entre *la cofradía de Sant Joan Baptista, otorgada per Antoni Ripoll y Esperansa de Roda.* Sigue en latín y acaba «*loci Vilanova de Sixena.*»

En 3 de Abril del 1553 firma en latín: *Signum Mehi Antonii Serveto, álias Reves, Infantionis habitantis loci Vilanova de Sixena.*» Esta es la última escritura del padre de Servet.

La siguiente del año 1554 ya la firma otro notario, de *Vilanova de Sixena, En Pere de*

Lax. El notario Servet desaparece. ¿Moriría de pena al saber el fin trágico de su hijo? ¡Quién sabe!

Como se puede ver, en dicho sitio la lengua que servía para las escrituras públicas, era el catalán alternando con el latín, y los nombres y apellidos de las personas que en ellas figuran son nombres catalanes también.

El pueblo era llamado Vilanova de Sixena, ó de Xixena, en catalán.

El monasterio del cual era el notario Servet escribano, es una fundación de doña Petronila y del conde de Barcelona. A más, según un detenido estudio, resulta que las dichas escrituras eran otorgadas de conformidad con el derecho de Cataluña.

La conclusión la da un amigo nuestro, en un artículo suyo: (1) «Ahora bien—dice el erudito escritor Víctor Oliva.—Así como Vilanova y Geltrú, Vilanova de la Barca y Vilanova d'Alpicat, poblaciones bien catalanas por sus habitantes y por sus nombres, se han visto modernamente cambiadas de

---

(1) Victor Oliva.—*La Patria de Servet,* artículo en el periódico *Joventud,* 1903, pág. 989.

nombre y hechas figurar en los documentos oficiales como: *Villanueva y Geltrú, Villanueva de la Barca, Villanueva de Alpicado,* cual si fueran poblaciones del riñón de Castilla, de la misma manera Sijena y Villanueva de Sijena se llamaron antes Xixena y Vilanova de Xixena y fueron poblaciones catalanas, tan catalanas como Miralsol, Vallbarca, Bellver, Sena y Urgellet, que en la misma provincia de Huesca y por aquellos alrededores hoy se encuentran. Xixena y Vilanova de Xixena fueron habitados por gentes que en catalán hablaban, que en catalán redactaban sus principales escrituras (1), y que hoy día aún dependen por todo lo eclesiástico, de la diócesis catalana de Lérida.»

Efectivamente, dichas poblaciones pertenecieron á Cataluña, como consta en los documentos de los archivos de la Diputación Catalana, hasta que, en 1835, al dividirse á España artificialmente en provincias, para borrar el regionalismo natural, imitando lo

---

(1) Consta en la página 55 del libro de José Marín Cuadrado. *Recuerdos y Bellezas de España-Aragón.* Publicado en 1844, con litografías de Parcerissa.

de los departamentos franceses, dichas poblaciones fueron incluídas en la provincia de Huesca, cuya mayor parte de poblaciones fueron fundadas en el reino de Aragón antes de unirse á Cataluña, y, por tanto, aragonesas en el verdadero sentido de la palabra. Así resulta que, oficialmente, si Servet viviera hoy, sería aragonés de la provincia de Huesca, pero en su época fué catalán del principado de Cataluña y del obispado de Lérida. Y catalán no de designación oficial, sino de raza paterna.

Esto es lo que arroja un detenido examen de todos los documentos que de los cuales hemos hecho estudios comparativos, y por tal le tienen los sabios alemanes que han estudiado su origen.

Pero hay más; examinado todo el proceso detenidamente, hallamos que en el primer interrogatorio á que el procurador general de Ginebra le sujetó en la cárcel del obispado, se confirma plenamente el que era hijo de la antes mentada población cercana al Cinca. Las preguntas fueron redactadas el 23 de Agosto de 1553, y las respondió Servet el 24. Así declara en este primer interrogatorio, «*qu'il est de Villeneufve natif, au Ro-*

yalme d'Aragon (1), *et de son nom il s'apelle Servet, aussi Revés; que l'estat de son père estoit notaire...* etc. Y en el tercer interrogatorio se afirma y añade que sus padres y parientes «*sont chrestiens d'ancienare race, et vivants noblement.*»

Y como en ninguna otra población de España hay más familia noble de cristianos viejos (que así se llamaban los que tenían probada y documentada su limpieza de sangre) que entre ellos cuente con un notario que se llame Servet, álias Rebés ó Revés, y cuya fecha de ejercicio de profesión coincida con la infancia, nacimiento y muerte de Servet, que la antecitada, que radica en dicha población del obispado de Lérida, queda terminantemente probado que el Antón Servet (a) Revés, establecido en Vilanova de Sixena, notario de profesión y de familia noble *(vivant noblement)*, era el padre de Miguel Servet, que era de la dicha Vilanova de Sixena, pueblo catalán entonces, y del mismo obispado de Lérida, aun en nuestros días.

---

(1) Ya hemos dicho que esto no implicaba que fuera lo que hoy se entiende por aragonés.

¿Y lo de Tudela?

Ahora vamos á explicarlo.

Como diremos más adelante, la primera persecución que sufrió Servet con encarcelamiento, fué de parte de los católicos en Vienne (1). El fraile Mateo Orry le hizo prender. En el interrogatorio que éste le hizo junto con el vicario general y el lugarteniente de la Veguería del Delfinado, estaba presente el arzobispo de Vienne, Pedro Paulmier, amigo y protector de Servet. El arzobispo, temiéndose ya que á Servet le pasara algo, en aquellos tiempos de fanatismo, sólo le había dado á conocer bajo el nombre de Miguel de Vilanova, médico jurado del palacio episcopal del Delfinado. Y la acusación venía (como explicaremos también más adelante), de parte de Calvino, que hizo mandar al inquisidor de Francia cartas que conservaba de Servet. Si él lograba probar que el Servet á quien acusaba Trye (así firmaba el que mandó las cartas) era otro que el médico Vilanova de nombre, estaba salvado. Así, según el consejo particular de Paulmier,

---

(1) Es la Vienne, antigua capital del Delfinado, en Francia.

en sus respuestas al inquisidor, habló sólo como Miguel de Vilanova, doctor de profesión y nacido en Tudela, para formarse una personalidad diferente de la del Miguel Servet, teólogo, hijo de Vilanova, á quien se acusaba.

El escribano, en dicho proceso, afirma: «nous a dit il a nom, Michel de Villeneuve, docteur en Medècine, agé de quarante deux ans, environ, *natif de Tudela au Royaume de Navarre*, qui est una cité soubs l'obeissance de l'Empereur; a present habitant à Vienne, sont passés douse ans, ou environ.»

¿Cómo podía declarar que era hijo de Vilanova de la corona de Aragón, y no Vilanova de nombre, si equivalía á decir «yo soy Servet el filósofo» y firmar su propia sentencia de muerte en la hoguera?

Pues de esto y no de otra cosa depende el que varios autores le consideren como hijo de Tudela.

*
* *

Escrito este capítulo, volviendo de un viaje á la patria del ilustre descubridor de la circulación de la sangre, y de otro al extranjero, vamos á dar nuevos datos que esclarecen completamente el asunto.

Servet, después de los ataques violentos é incitación á la persecución por parte de los Jefes de la Reforma, se refugió en Lyon, y para despistar y no ser perseguido, determinó cambiar de personalidad. Así se presentó á casa de un librero muy renombrado de Lyon á pedir trabajo como corrector, diciendo que se llamaba «*Michel de Villeneufve étudiant de Navarre a la recherche d'un gagne pain*» (1).

Luego, cuando pasó á París para perfec

(1) Gaspard Trechsel, que con su hermano Melchiors tenían una librería en la cual se editaba obras importantísimas.

cionarse en la Medicina, que había aprendido en Lyon con Sinforiano Champier, también se hizo inscribir en la escuela de Medicina de la capital de Francia, con este nombre, natural de Tudela, en el reino de Navarra. Así esto, unido á sus declaraciones en el proceso de Vienne, son el origen de que varios autores afirmen lo de que Servet era hijo de Tudela.

En cuanto á lo de los nombres de Servet, en la excursión que hemos hecho recientemente á Vilanova de Sixena y al monasterio de Sixena, hemos comprobado que el doctor don Benito R. Barrios ha tenido razón por completo en sus concienzudos estudios, y á más hemos hecho las observaciones siguientes: El notario Antón ó Antonio Servet, firma Antón Servet, álias Rebés, ó Revés, y Servet, en su libro de *Trinitatis erroribus,* como en sus *Diálogos,* firma «*per Michælem Serveto, alias Reves.*

Y como en la familia de Servet lo de Revés, Reves ó Rebés (diferencias debidas sólo á la ortografía) lo hallamos á más en el Reverendo Padre Marco Antonio Servet Rebés y otros, claro está que esta palabra correspondía á un apodo y no al nombre de

familia materno de nuestro héroe, ya que lo usaba su padre y el Padre Marco Antonio y demás (1).

Esto demuestra plenamente que el Servet, Miguel, del cual nos ocupamos, era de la dinastía de los Servets de Vilanova de Sixena, é hijo del notario Antonio, cuyas escrituras ya no firma, á partir del 53, fecha en que fué quemado Miguel, pues á más del nombre y del lugar de nacimiento declarado por él en Ginebra, llevaba el mismo *álias* ó apodo de familia. Además, el retablo que adjunto reproducimos, fué erigido por los Magníficos Señores Catalina Conesa, infanzona viuda, y su hijo Mossén Juan Servet de Revés, clérigo infanzón y rector de Poliñino. Esta señora infanzona viuda, de nombre Conesa, cuyo hijo es Servet (Juan), también Revés, dados estos antecedentes resultan ser la madre y el hermano de Miguel, que algunos años después de su muerte le-

---

(1) En algunas escrituras del siglo XVII, ya figura el apodo de Revés unido al nombre de Servet, ó Serveto, ó solo, como siendo apellido. También hallamos hasta el siglo XVIII reproducirse el nombre de Catalina Conesa.

vantaron dicho altar en expiación de su hijo y hermano respectivo.

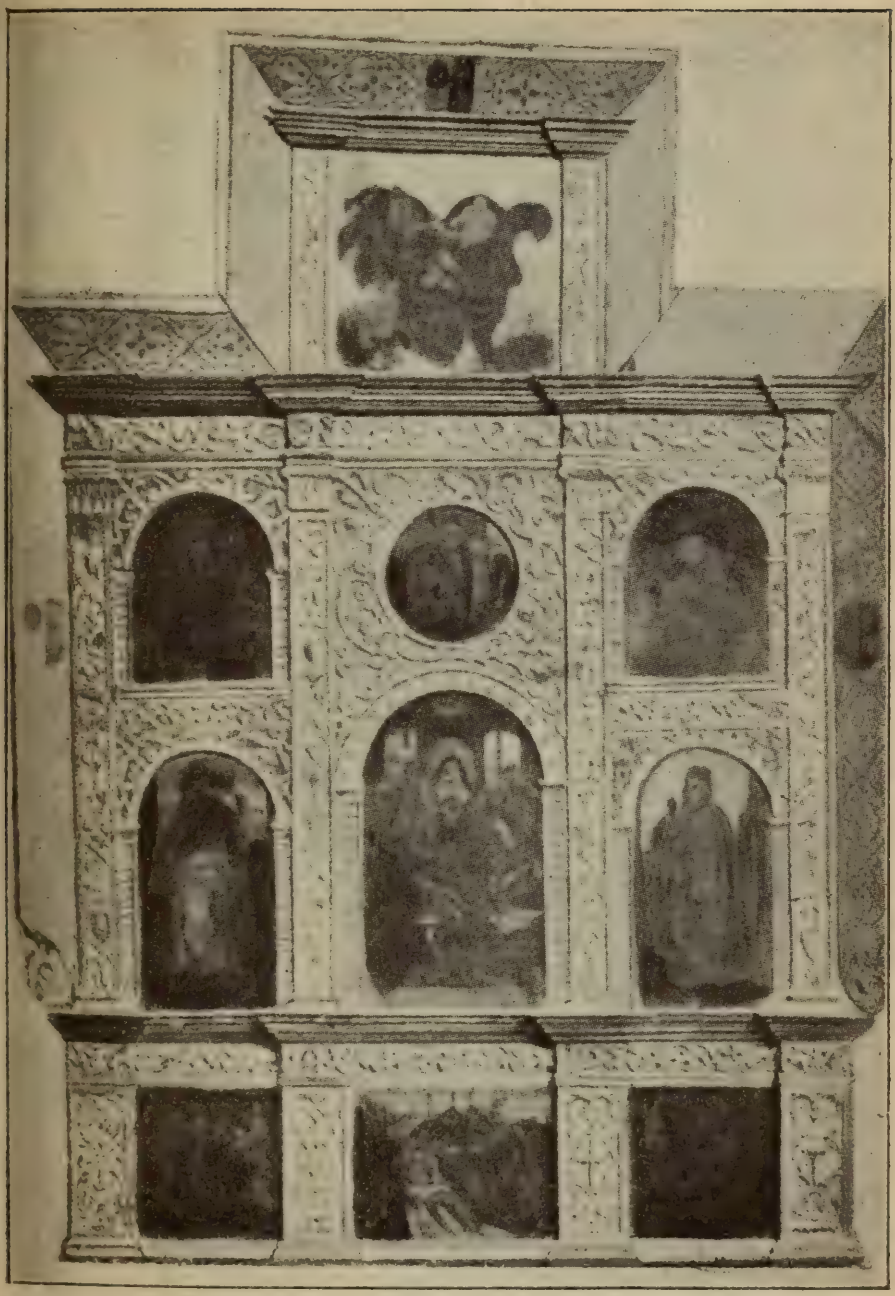
Y como el mismo Servet declara en el proceso de Ginebra que su padre era notario, cual hemos dicho, sería ya imposible que en otra Villanueva existiera otro notario Servet Revés á quien la paternidad pudiera atribuírsele. Y el nombre materno de éste (no siendo Revés, sino un apodo de familia) no podía ser otro que el de *Conesa*, ya que él afirma también en un documento respondiendo á un discípulo suyo que él era de una raza *de infanzones*, título que usan su padre Antonio, Catalina Conesa y Juan Servet, rector de Poliñino.

Por parte de su madre, la familia parece ser aragonesa, hallándose entre sus ascendientes infanzones de Aragón, y los nombres de Conesa y de Auñón ó Aviñón. El Marquesado de Auñón existía aún hace algunos años.

Otra observación; en el pueblo y en los alrededores de Sixena donde las gentes de la comarca hablan aún un catalán algo adulterado, la palabra Revés significa, como antiguamente en Cataluña, *Rebéç*, enrevesado, avieso, contradictor, terco, hombre que sos-

tiene sus convicciones contra todo y contra todos. ¿No es ésta una explicación del carácter de la familia de nuestro héroe? Así el apodo ó álias de Revés, vendría á significar el carácter típico de todo un linaje de gente entera y firme que no retrocedían ante el peligro y que en Francia se les hubiera dado el de *Malgré tout* ó *Quand même.*

Creemos, pues, que queda probada la naturaleza y nombres de Servet.



Retablo del altar de la familia Servet en la iglesia parroquial de Vilanova de Sixena erigido por la madre y el hermano de Miguel en 1558

II

Servet estudiante y teólogo

os Antiguos Reinos de España unidos por el casamiento de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla, vencido el Islamismo en Granada, descubierto el Nuevo Mundo, los Reyes Católicos trataron de unificarla en nombre del Crucificado, segando todo lo que floreciera fuera del campo de la Fe ciega. Un Trono, una Patria, un Dios;

con este lema se expulsaron los judíos, se arrojaron los moriscos, se persiguieron los disidentes, se exterminaron los pensadores, se quemaron, en fin, al por mayor todos los que no se conformaban estrictamente con los dogmas y con las interpretaciones de los teólogos ortodoxos. Hubo años en que entre quemas, emprisionamientos con tortura y destierros, sólo en la región de Andalucía pasaron de quince mil; de 1471 á 1521, veinte mil víctimas murieron en la hoguera, por moriscos, herejes, judaizantes ó relapsos. El Santo Oficio era omnipotente, omnividente y omnipresente. Con sus familiares, alguaciles, corchetes y esbirros, se extendía sobre la península como una infección. No había individuo que no estuviera vigilado ni casa para la Inquisición impenetrable. Entraba hasta por las rendijas como un aire malsano; las puertas se le abrían solas; las paredes eran transparentes y tenían oídos. ¡Ay del que pensara sobre algo que fuera dogmático! ¡desgraciado del que no estuviera sometido en absoluto á la Iglesia! Así iba diezmando la sociedad española, como si fuera una terrible enfermedad endémica. Hacía más, corrompía las conciencias

y anulaba los caracteres. La delación, á más de un deber, había venido á ser una virtud. El ángel exterminador había dado su espada ígnea al gran inquisidor Torquemada. Este mandaba, y los Reyes católicos hacían ejecutivas sus terribles dictados. Y este régimen feroz continúa hasta tal punto, que se llega á torturar y aún á hacer desaparecer personajes reales. No se libraba de él ni el trono. Sólo Carlos V, al llegar á la mayor edad, siendo ya Emperador, lo enfrena.

Y en este momento histórico de trágica grandeza para España, cuando el sol no se ponía en sus dominios, nace Miguel Servet, con una inteligencia genial y un corazón como no haya habido otro.

A los hombres les pasa con la contrariedad lo que con el fuego á los metales: á unos los funde y otros los templa. Ese medio ambiente caldeado por la crueldad inquisitorial, á Servet lo templó para lo que su organización le predestinaba.

Miguel Servet nació en Vilanova de Sixena el año de 1511, de padres cristianos viejos, familia en la cual había abades, doctores y, en general, gentes de toga. En su pueblo, sus padres le procuraron una edu-

cación y una instrucción esmeradísima; desde su niñez ya dió pruebas de una gran comprensión. Siendo casi un niño, avanzó en el estudio de las Matemáticas, de la Geografía y de la Historia y se distinguió en el conocimiento de las lenguas antiguas. A los 14 años, cuenta un biógrafo suyo, ya sabía el latín, el griego, el hebreo y tenía una idea clara ya de los principales sistemas filosóficos y de la teología escolástica. Las terribles y crueles persecuciones de la Inquisición pronto le avivaron sus sentimientos de amor al projimo y le hicieron partidario de la libertad de pensar.

Y en la biblioteca del Real monasterio de Sixena ya discutía é interpretaba de una manera altamente humana, los libros sagrados y los profanos.

Sus padres, sea que temieran por él, sea que quisieran desarrollar su instrucción debidamente, lo enviaron á Zaragoza, según unos, á Barcelona, según otros, para que se instruyera. De los documentos que hemos consultado, resulta ser que estudió en ambas ciudades. En Barcelona conoció al sabio Quintana, que fué consejero después del Emperador Carlos V, y éste le enseñó

á pensar libremente. El ilustre Quintana había sido en su juventud amigo del Rey de Aragón y tenía un gran espíritu de tolerancia y un amor sin cuento al movimiento humanista que empezaba, siendo un verdadero helenizante.

Parece que los padres de Servet temieron por su hijo si continuaba en la península, y lo mandaron á Tolosa en 1528, para que estudiara el Derecho, y á los 17 años ya figura como inscrito en la matrícula de la Universidad de dicha ciudad de Francia.

Allí encuentra estudiantes llegados de todas partes, atraídos por el renombre de su Escuela de Derecho. En Tolosa, entre los escolares, á lo que refieren las crónicas de la época, la libertad era amplia, todo se discutía y todo se comentaba. Las ideas reformadoras del Cristianismo palpitaban en aquella atmósfera intelectual y se comentaban los Evangelios, comparándolos con el antiguo Testamento. Allí fué donde le llegó á las manos por primera vez una Biblia no expurgada y sin notas, traducida por el sabio judío español Cipriano de Valera. También fué en Tolosa donde se procuró los

Loci Teologici de Melancthon, que le confirmaron en su independencia intelectual.

No obstante lo dicho, la Tolosa del Renacimiento ya no era la de los buenos tiempos de los Condes autónomos. Ya había sido dominada, hacía siglos, por las huestes de Montfort, y Domingo de Guzmán había instalado en ella el Santo Oficio para «apagar *el foco* y extinguir *el faro de todos los errores*», como decía el célebre inquisidor español. Y si bien en las aulas se comentaban y aún discutían los textos bíblicos, fuera de la Universidad era muy expuesto el escribir y, sobre todo, el publicar nada que no fuera absolutamente ortodoxo, sobre tales materias. Y precisamente Servet, que había ido á Tolosa á estudiar el Derecho y la Teología, ésta especialmente le apasionó tanto, que se dedicó con ardor á leer los primeros padres del Cristianismo, concibiendo ya la idea de propagar nuevos puntos de vista, esencialmente humanos, sobre los dogmas fundamentales de esta religión. Los doctores de la Iglesia Griega le entusiasmaron. Guiado por ellos, se remontó á Filon, á los Neoplatónicos y luego á toda la Filosofía helénica. Cual quien deshace una madeja tirando de

un cabo, sacó toda la filiación del pensamiento antiguo. A partir de aquí, le invade una fiebre de saber y de viajar extraordinaria. Quiere comprenderlo todo y quiere visitar todos los grandes centros de cultura y difundir sus ideas por todas partes. Como Ulrico de Hutten, como Marsilio Ficino, cual Patrizzi, Giordano Bruno y otros genios del Renacimiento, estudia todo lo estudiable, lo discute todo, y pronto ansía vivir en toda Europa, predicar ó escribir en las grandes ciudades, como si el mundo le perteneciera.

Así, al cabo de unos meses, habiendo encontrado á su primer maestro Juan de Quintana, que ya era en aquel entonces consejero y confesor del Emperador Carlos V, aceptó en seguida la plaza de Secretario particular que le ofreció para incorporarse con él á la Corte Imperial, que á la sazón se hallaba en Italia. Algunos escritores afirman que Quintana fué á Tolosa expresamente á buscar á Servet á instancias de su padre el escribano del Real Monasterio de Sixena, que no lo creía seguro en la capital del Languedoc. Otros suponen que Quintana, siendo un distinguido humanista y teniendo ideas muy amplias acerca del Cristianismo, encon-

trando de nuevo á su antiguo discípulo y concordando con éste en muchos puntos de vista acerca de las nuevas tendencias que tomaban las ideas religiosas, se decidió á llevárselo consigo como á Secretario particular, para darle motivo á que se dedicara á escribir y á pensar según sus tendencias, bajo la protección Imperial, cosa que no podía hacer en Tolosa. Sea del caso lo que fuere, lo cierto es que el joven Servet siguió á su protector á Italia, donde éste lo presentó al propio Emperador Carlos; y tanta simpatía supo inspirar á su Augusto Señor, que éste le hizo asistir, en lugar preferente, á su coronación en Bolonia por el papa Clemente VII. Después estuvo con el séquito imperial en otros sitios de Italia y en especial en los Estados papales durante casi todo un año, de 1529 á 1530. En las ciudades italianas se supone que adquirió los primeros conocimientos de Medicina de los grandes doctores de la época. Pronto esto no le basta, y asiste á los heridos en los combates y pide los cadáveres para estudiar en ellos por propia observación, el organismo humano. ¡Y esto á los 19 años!

También traba relaciones en Padua, en

Mantua y en otras poblaciones con los franciscanos que conservaban viva aún la doctrina del dulce San Francisco y las tendencias del Evangelio Eternal. Allí se impregna de este panteismo místico cristiano que rebosa amor para todo lo creado. Pero este pequeño período de la vida de nuestro héroe, visto á través de crónicas y de descripciones posteriores, conserva una cierta vaguedad, sin que se pueda afirmar nada de concreto más que lo que consignamos sobre sus orígenes de estudios médicos y de inspiraciones franciscanas.

Por fin sale de Italia, siempre agregado á la Corte Imperial, y entrando en Alemania asiste á las controversias teológicas de la Dieta de Augsburgo, la ciudad imperial, por excelencia.

Allí fué donde conoció á Melancthon y á Butzer de Estrasburgo, pastores reformados de gran nombradía.

Aún no tenía 20 años y viajando como un príncipe, junto con el séquito del Emperador Carlos V, recorre varias ciudades de Alemania. En este momento es cuando él empieza ya á darse cuenta de una manera seria del

problema religioso que estaba agitando á toda Europa.

El Catolicismo le parecía un cristianismo cohibido por las trabas de ciertos dogmas promulgados en los Concilios y de la disciplina eclesiástica impuesta por la Iglesia Romana. En cambio, al Protestantismo lo encontraba antihumano é injusto con sus terribles dogmas de la predestinación y la gracia, y lo juzgaba como un retroceso, una vuelta al judaismo mosaico. Como todo gran genio, no cabía en los estrechos límites de ningún molde, y rompió ya con los de la Teología ortodoxa. La disciplina oficial romana le cohibía, pero tampoco cabía en las regimentadas filas de la Reforma, pues su alma no era de las que forman con el común de los fieles. Era un librepensador genial que por su inspiración propia y sus grandes conocimientos adoraba el Cristianismo, por ver en él la Divinización del Hombre, del hombre justo, del ser bueno, del tipo superhumano, y quería remontarse á los orígenes del Cristianismo para hallarlo puro de toda imposición posterior debida á conveniencias de época y de secta, y se atuvo á los Evangelios.

Al estudiar los Evangelios, encontró en el de San Juan el alto ideal humano. Allí no vió ni trinitarismo ni disciplina eclesiástica alguna, y creyó que en el Concilio de Nicea no se había hecho más que falsificar el Cristianismo. Melancthon aceptaba como dogma esencial el de la Trinidad, al igual que la mayoría de los cristianos de la época. Servet no veía en dicho dogma impuesto en Nicea más que un resabio de gnosticismo y de teurgía oriental, contrario á la alta concepción metafísica de la Divinidad. Como humanista y como teólogo pensador, tuvo la desgracia de tener razón contra católicos y protestantes, y para defender su manera de comprender el Cristianismo, al formular sus ideas, se atrajo la animadversión de todos.

A fuer de hombre de buena fe, quiso antes de publicar nada, consultar y aun controvertir con los que en aquel entonces pasaban por ser las lumbreras de la Teología en toda Alemania, ya que una era de libre examen parecía querer inaugurarse. Así se dirigió á Basilea y pidió una audiencia á Ecolampadio, al cual expuso sus ideas; Eco-

lampadio (1) se horrorizó ante sus afirmaciones. Los conceptos geniales del joven sabio español le parecieron blasfemias horribles, y le anatematizó. No podían comprenderse; eran demasiado diferentes. El doctor de Basilea era un eclesiástico de visión estrecha, para el cual la Reforma se resolvía en una simple cuestión práctica: un negocio en que, por su mediación ó la de otros pastores, las almas de los fieles debían salir ganando con la purificación de la moral comprometida por las costumbres de los Papas. Enemigo como era él de especulaciones metafísicas, Servet, con su Teología filosófica, con la negación de la materialidad de tres personas en Dios y con la afirmación de la creación eterna, no podía menos de parecerle un monstruo. Así, le llamó *judío, musulmán, blasfemo poseído del demonio,* y lo echó materialmente de su presencia, diciéndole que merecía el suplicio más tremendo.

Servet no se intimidó y le dirigió una carta en la cual le escribía: «*Es abusivo el condenar*

---

(1) Su nombre era el de Juan Hausschein, el cual firmaba en latín con el seudónimo de *Æcolampadius.*

á muerte á los que se equivoquen en la interpretación de los libros sagrados. Sólo es justo tal castigo para los asesinos» (1).

Bien pronto se convenció nuestro filósofo de que la Protesta era cuestión de temperamento de raza más que de ideas, y esto con un fin puramente material. Los pastores de la Reforma atacaban á Roma, por pura conveniencia propia, de la manera más brutal. Calvino decía de los obispos: «*Les hacemos demasiado honor á estas bestias cornudas de llamarles obispos. El título de papa, no se debe dar á ese bandido* (brigand) *que ocupa la Silla de Dios.*» «*Si yo fuese Emperador*—decía Lutero,—*cogería al papa y á los cardenales, haría con todos un lío y los arrojaría juntos en el pequeño foso de la mar de Toscana.*»

El propio Lutero dice del Papa: «*Está tan lleno de diablos, que los escupe, y le salen por las narices cuando se suena*» y aquí pone una frase más soez. Y todos los grandes doctores de la Reforma tienen igual lenguaje. El Papa para ellos es un *jumentito* (petit anon),

---

(1) Cartas de Miguel Servet á los Reformadores de la Alta Alemania; á Æcolampadius. Véase la traducción alemana de M. Tollín, Strasburg, 1880.

un demonio tricoronado que esconde sus cuernos dentro de la tiara. Y á los cardenales y obispos les aplican los dictados de bestias demoníacas, bestias triunfantes, *satanísimos (satanissimus)* y les desean que se rompan el cuello, que sean chafados bajo una rueda, que se los coman los perros rabiosos, y otras mil barbaridades, formuladas de la manera más repugnante.

Y esto, á Servet, que tenía una educación superior y estaba influído por el dulce misticismo filosófico de los franciscanos de Italia y por el elegante y culto humanismo del Renacimiento clásico, tales groserías le hicieron que se separara ya abiertamente de la Reforma.

En cuanto á ideas, vió que los reformados eran tanto ó más dogmáticos que los católicos, y le pareció que el progreso espiritual no consistía en pasar de un yugo á otro, sino en el libre examen practicado de buena fe y sin ninguna mira sectaria. O el libre examen que se proclamaba no era más que un arma de partido, ó él, con el mismo derecho que Lutero y los demás jefes de la Reforma, podía estudiar las escrituras y deducir de ellas lo que su razón le sugiriera,

formulando el Cristianismo tal como lo sentía.

No habiendo podido entenderse con Ecolampadio, se dirigió á Strasburgo para conferenciar con Butzer y Cápiton. Butzer lo creyó un demoníaco, tratándolo de la manera más soez, y en el púlpito predicó que se le debía arrancar las entrañas y en seguida descuartizarlo. Cápiton fué menos violento. Le escuchó y se limitó á reprobar sus ideas.

Servet, convencido como estaba de que la Trinidad no está mencionada y menos afirmada ni en el Nuevo ni en el Antiguo Testamento, y que si algún versículo había en ciertos documentos primitivos cristianos era interpolado y de fabricación posterior, quiso que sus primeros escritos se basaran en afirmar la unidad divina y, por tanto, la falsedad del dogma trinitario, como una impostura de teólogos estrechos de cerebro. Así escribió su primer libro titulado *De trinitatis erroribus*, remitiéndolo en su primera redacción al librero Conrado Buss, de Basilea. Al saberlo los pastores protestantes suizos, impidieron la impresión del libro, y entonces Servet se marchó á Hagenau, en

Alsacia, y allí trabó relaciones con el librero Juan Setzer, que se lo imprimió á fines de 1531.

Esta obra, apenas publicada, fué ya perseguida y suprimida en Ratisbona, y armó gran polvareda en toda Alemania y en Suiza, siendo anatematizada por los reformados, mientras que en Italia, donde las ideas eran más similares á sus tendencias humanistas, conquistaba ya desde un principio gran número de adeptos.

La tempestad que levantó fué más entre los protestantes que entre los católicos. Lo de que el afirmar la Trinidad es desconocer á Dios, les enfureció. Unos decían que el autor de tal libro era un musulmán llegado de Africa, un discípulo del Koran. Otros, que era un judío que trabajaba en provecho del Gran Turco; en fin, el mejor de los calificativos era el de ser *la abominación de la desolación.* Ecolampadio dió el primero el grito de alarma de que la Cristiandad se hallaba en peligro y que á la Reforma le había salido una *nueva hidra.* «*Precisa que se supriman los escritos de Servet*—escribía á las comuniones reformadas,—*pues si los toleráramos, todas las iglesias nos harían re-*

El emperador Carlos V
de cuyo séquito formó parte
Miguel Servet

sables de tan odiosas blasfemias y nos tendrían horror.»

Al poco tiempo, habiendo fallecido el librero Conrado Buss, de Basilea, á quien Servet remitiera el primitivo manuscrito, se predicó que su muerte había sido un castigo divino, pues Dios no podía dejar de castigar los propagadores de una herejía tan abominable.

Nicolás Gerbel, jefe del partido luterano de Strasburgo, hizo fijar un edicto en que se prohibía la venta de un libro en el cual había estampada la herejía siguiente: «*Que el Cristo no es Dios por naturaleza, sino por emanación ó sea por gracia.*»

Los más comedidos le llamaron arriano orgulloso. Svigle le apostrofó apellidándole *el español malvado y criminal,* cuya doctrina falsa y perversa podía destruir toda la Cristiandad. Y en seguida se pusieron de acuerdo todos para que no se extendiera la horrible doctrina de la Creación eterna, de la divinización del Hombre y de un Dios impersonal. Y empezaron ya á perseguirle abiertamente como judaizante. (!)

Mas Servet estaba en el Imperio y tenía la alta protección del Gran Carlos V, ga-

rantida por el sabio Quintana, y poco pudieron contra él las tentativas de los reformados. Además, Servet era valiente como buen español y no le amedrentaba nada, ni excomuniones, ni insultos, ni dicterios, y les contestó escribiendo otro libro, que no es más que una ratificación del primero, titulado *Diálogos sobre la Trinidad*, con un apéndice, *De la justicia en el reino de Cristo, y de la Caridad.*

En esta obra, que editó el propio Juan Setzer, de Haguenau, en 1532, Servet explaya su imaginación metafísica sobre la concepción de la Divinidad y de sus relaciones con el Hombre y con la Naturaleza. Y en ella ataca á los que afirman la Trinidad, pues Dios, siendo eterno é infinito, dice, no puede estar dividido en tres personas, puesto que la personalidad y la eternidad se excluyen. «*¡ Tres personas eternas !*—exclama, —*afirmar esto no es más que ignorancia, locura ó blasfemia; un Dios tripartido, ¡ es asimilar la divinidad á un cancerbero con tres cabezas !*»

Tal afirmación acabó de enfurecer á los Doctores de la Reforma. En todas las alocuciones á los protestantes, en todos los ser-

mones á los fieles de la nueva Iglesia, se le presentó como el Anticristo, inspirado por Satanás. Y fueron tántas y tales las amenazas de muerte y de tortura y las provocaciones á la persecución y hasta al asesinato que contra él se lanzaron en todos los países germánicos, que se le hizo imposible de todo punto vivir más en ellos, pues ya se le negaba hasta el pan y el agua.

Así, empezó á pensar en dejar aquellas tierras, para él tan inhospitalarias, y le decidió una triste noticia. Un amigo suyo español de los del séquito del Emperador, le escribió que durante su ausencia había muerto el sabio Juan de Quintana, confesor y consejero de Carlos V, que era su protector y su apoyo en la Corte del Emperador, y entonces fué cuando se decidió á marcharse á otros países de raza latina, para no morirse de hambre, y poder continuar tranquilamente sus estudios.

*
* *

En este momento de su vida, Servet, encontrándose con muy poco dinero y no pensando recibir ya nada más de la Corte Imperial, una vez muerto su maestro, para marcharse á un país más propicio, determinó dirigirse á Francia por conocer ya la lengua y el carácter de los franceses y, sobre todo, por ser el país más cercano de los de raza latina á que pudiese ir.

No siendo teólogo profesional, ni intentando hacer de sus creencias una industria, quiso sólo vivir de sus conocimientos útiles, en las lenguas antiguas y modernas y en las ciencias, y pensó que lo mejor era dirigirse á Lyon donde había gran número de imprentas en donde poder emplearse para corregir las grandes ediciones que allí se imprimían. Pero le asaltaba un temor. Si se presentaba con el nombre de Servet, del reino de Aragón, podía ser que ya se le

conociera como un heterodoxo, gracias al gran ruido que habían metido sus libros en Alemania, y aunque la persecución por el momento fuera originada sólo por protestantes, bien podía ser que los católicos franceses, apercibidos de que sus teorías no eran conformes á los dogmas de la Iglesia Romana, intentaran asimismo perseguirle ó al menos se negaran á recibirlo y darle apoyo. Así determinó cambiar de nombre y de naturaleza y emprendió el viaje fingiendo llamarse Miguel de Vilanova (*Michel de Villeneufve,* en francés), estudiante navarro, hijo de Tudela, que iba en busca de trabajo para ganar su subsistencia y poder así continuar sus estudios. Y con tal nombre y de esta manera, pudo llegar á Lyon sin que nadie sospechara que fuese el que tanta polvoreda acababa de armar en Alemania y Suiza.

III

Servet médico

La ciudad de Lyon era notable en esta época por sus libreros-impresores, á los cuales acudían los escritores de todas las naciones de Europa para publicar sus obras y sus traducciones. Los editores de yon rivalizaban con los de Venecia.

Dotados de una gran conciencia en su arte de una instrucción general poco común, nían un gusto exquisito en la presentación e los libros que salían de sus prensas. Toas sus ediciones se hacen admirar aún hoy

día por la perfección de su tipografía, por el buen gusto de su ornamentación, por el ajuste con que están estampadas y por la corrección perfecta que reina en sus páginas. Lyon en esta época presenta un grupo de impresores que luchaban noblemente en su esfera por la difusión de las ideas libres y por la aplicación del arte en el libro. Ahí está el ilustre Sebastián Griphe, impresor perfecto, *calcographus ad unguem consumatumus;* Francisco Juste, el amigo de los sabios y de los poetas; Esteban Dolet, que luego, cual Servet, su amigo, subió á la hoguera por sus atrevimientos en el pensar; Claudio Nourry, el editor del primer libro auténtico de Rabelais; Miguel Sarmentier, aliado con Sinforiano Champier, que fundó en Lyon el primer colegio; Juan Grollier, cuyos libros ostentaban en sus *exlibris* este encantador epígrafe: «*Este libro es mío y de mis amigos.*» Los hermanos Gaspar y Melchor Treschel, que publicaban ediciones lujosísimas de las principales obras del saber antiguo; el delfinés Baltasar Arnoullet, que más tarde, en Vienne, publicó, con peligro de su vida, la gran obra de Servet *Restitucio Christianismi.*

Los que querían aprender el noble arte de la imprenta á Lyon acudían y eran recibidos y enseñados con amor, por tan insignes impresores. A ellos mandaban sus manuscritos los sabios, los filósofos, los poetas, seguros de que en ninguna parte serían ni mejor ni más fielmente publicados. Allí se reunía toda una generación de escritores que, como decía un cronista de la época, tenían *el saber intrépido, el buen sentido irónico y las creencias caballerescas*. Todos aquellos distinguidos obreros del pensamiento, sabios, filósofos, poetas, formaban una aristocracia artística y librepensadora en medio del fanatismo de las multitudes católicas y reformadas, aristocracia que no necesitaba fuerza, ni amenazas, ni excomuniones, para sustentar sus sublimes ideales nuevos. Hombres de genio y de buen genio, todos ellos se reían francamente de todas las supersticiones y de todas las afirmaciones dogmáticas de los religionarios fanáticos. Nada de Sínodos, ni de Concilios, ni de Tribunales de la Fe, que sólo producen condenas, anatemas, castigos, persecuciones y provocación al daño ajeno. Sólo respetaban y adoraban

la Ciencia y la Belleza, que todo lo vivifican y ennoblecen. Lo mismo Dolet, L'Hopital, La Beotie, Champier, que Ruel y Rabelais eran de este temperamento y lo sabían infundir á los demás. Todos ellos defensores de las expansiones vitales, creyentes en la bondad y en la perfectibilidad humana, hacían áticamente la guerra á las teorías fatalistas de católicos y protestantes que bajo pretexto de adoración divina y de que el cielo se gana á fuerza de penitencias, de renunciamiento, de tristeza y de estricta observancia de una disciplina dura, establecían el infierno sobre la tierra. «*Suprimir el goce del vivir (la joie de vivre), no es honrar á Dios, del cual procede la vida*—exclamaba delante de un inquisidor, uno de estos apóstoles de la libertad, del buen humor y de la conformidad con la Naturaleza; «*que nada te sea desconocido sobre la tierra, y por frecuentes anatomías adquiere el perfecto conocimiento de ese otro mundo que es el Hombre*»—aconsejaba otro, en uno de sus escritos. «*Haz tu voluntad*», «*¡Confíate al alma Naturaleza!*»

Y estas ideas vitales eran cultivadas con tal entusiasmo y las letras adquirían á su impulso tal esplendor, que según la gráfica

expresión del propio Esteban Dolet, sólo á Lyon le faltaba una cosa para llegar á la gloria de la antigua Atenas, y era que la libertad estuviese garantida por las leyes.

Y en este momento histórico, Servet entró en Lyon con sólo unos pocos sueldos en la escarcela.

Con el nombre antes indicado de Miguel de Vilanova, dirigióse en busca de trabajo á varios impresores, que no pudieron en aquel momento colocarle, y así anduvo unos días hasta que dió con los hermanos Melchor y Gaspar Trechsel, los cuales editaban obras antiguas. Estos, apiadados de su miseria é interesados por la simpatía que Servet supo inspirarles, gracias á sus muchos conocimientos, especialmente en el latín, el griego y el hebreo, le dieron el cargo de corrector en su imprenta. Al cabo de poco tiempo, viendo que aquel joven estudiante tenía conocimientos mucho más profundos que algunos profesores y que su laboriosidad y su ingenio corrían parejas con su vasta erudición, le entregaron para revisar, corregir y anotar la Geografía de Tolomeo, traducida por Bilibal Pirchemeyer, para hacer de ella una edición monumental. Tan bien la revisó y

la anotó, completándola con atinados comentarios y observaciones personales, que resultó una obra nueva de un valor inestimable, tanto, que aún hoy día es un verdadero libro de consulta. Gracias á sus adiciones, resulta el primer tratado de Geografía comparada, iniciándose en él ya la moderna etnografía.

Esta obra vió la luz en 1553.

La tal publicación, en la que se hacía la historia de todas las ciudades conocidas con sus nombres antiguos y modernos, con cincuenta tablas en las que se describían la naturaleza y las costumbres, lo mismo de los antiguos que de los modernos habitantes de los diversos países, tuvo un éxito colosal. La obra iba acompañada de grabados sobre madera, y como tipografía y presentación era una de las ediciones más artísticas de la época.

En este tiempo conoció á Etienne Dolet, que estaba como él colaborando con otro gran impresor, Sebastián Griphe, y luego tuvo la ocasión de relacionarse con el gran Rabelais, que á la sazón estaba en la misma ciudad preparando la impresión de su primera obra.

A partir de aquí, Servet adquiere un amor

casi exclusivo para la ciencia, y con la libertad que él cree condición indispensable de vida, la iguala á la virtud, ó mejor la declara la primera de las virtudes. Así, renueva los estudios que empezara en Tolosa y que siguiera en Italia, interrumpiéndolos en los países germánicos, por dedicarse allí únicamente á las cuestiones teológicas. Se apasiona por la historia y estudia la antigua civilización védica y la del pueblo del Irán, en los escritos de Zoroastro; luego estudia los filósofos griegos, tanto los cosmólogos como los eleatas, Sócrates, Platón y Aristóteles, los estoicos y los cínicos; por fin se entusiasma con los neoplatónicos de Alejandría, y los profundiza lo mismo que los gnósticos y los padres de la Iglesia Griega. Paralelamente estudia los hebreos en el Antiguo Testamento, en el Talmud, con sus *Targums*, y en la Kábala, y luego toda la filosofía árabe comprendida con el nombre de el Filsafet, y con estos estudios filosóficos y exegéticos, entra en el estudio del Derecho. Acaba de perfeccionarse en la Geografía y en las Matemáticas, y luego, entrando en la astronomía, tanto se apasiona por ella, que su mente se sumerge en las

divagaciones metafísicas de la astrología y de las influencias siderales, donde cree vislumbrar los resplandores de la divinidad. Por fin, y bajo la influencia de un gran sabio de su tiempo (1), baja de las alturas metafísicas á las ciencias naturales, á fin de adquirir un verdadero lastre para sus especulaciones, y se dedica á la observación y la experimentación, y como coronamiento de éstas, á la medicina, cultivándola en todas sus partes. Gracias á esta inmensa sed de saber, su inteligencia vuélvese enciclopédica, apoyándose en ella unos conocimientos con los otros.

En 1534, á Servet, como corrector de estilo de la imprenta de los hermanos Trechsel, le tocó corregir las pruebas de una obra de botánica del gran médico de la Facultad de Lyon, Sinforiano Champier, galenista fogoso y además botánico distinguido y astrónomo. El doctor Champier había sido *Echevin* (2) de Lyon, fundando el Colegio de

---

(1) Sinforiano Champier.

(2) Los en Francia *Echevins*, eran unos consejeros municipales de elección popular, que unidos al Alcalde formaban el gobierno de la ciudad en Tolosa, se les llamaba *Capituls* y en Burdeos *Jurats*.

Medicina, que aún existe en dicha ciudad. Su saber era mucho y además de saber era de aquellos sabios que piensan por cuenta propia, demostrando una gran originalidad en todas sus cosas. Siendo un verdadero librepensador, los clericales enemigos, lo mismo protestantes que católicos fanáticos, le atribuían ese libro extraño titulado de *Tribus impostoribus*, que ya en la Edad Media se había atribuído á Averroes, á Federico Barbarroja y á varios de los que no querían aceptar los dogmas impuestos por la Iglesia.

Gracias á lo bien corregidos que Champier halló sus escritos impresos, pidió á Gaspar Trechsel que se lo presentara, y así ambos entraron en relaciones. Champier quedó prendado del joven corrector á las primeras conversaciones que con él tuvo, y pronto fué tanta su amistad, que le demostró una verdadera afección paternal, correspondiéndole Servet con filial cariño.

Sabiendo Champier, por confesión de Servet, que éste se había ya inclinado á los estudios médicos en Italia, y apreciadas sus grandes aptitudes, Champier le aconsejó que se dedicara seriamente á la medicina y ciru-

jía, en las cuales podía llegar á ser una eminencia. Y así Servet lo hizo, asistiendo asíduamente á las lecciones del gran doctor lyonés, y estudiando el cuerpo humano por sucesivas anatomías. Al cabo de poco tiempo, un profesor alemán de Heidelberg, llamado Leonardo Fuchs, atacó públicamente al gran doctor lyonés, y Servet, como buen discípulo agradecido, publicó un violento opúsculo contra el doctor alemán, defendiendo calurosamente á su maestro. Tenía por título: *Brevissima Apología pro Campeggio in Leonardum Fuchsium*, y fué un verdadero éxito editorial que le dió á conocer como escritor científico.

De 1536 á 1537, por consejo de su ilustre maestro, marchóse á París para perfeccionarse en la Medicina con Silvio, con Farnel y con Vesalio. Bien pronto se perfeccionó, tanto, que el profesor Gunther de Andernach, en un libro publicado en Basilea en 1539 hace de Miguel de Vilanova y de Andrés de Vasalio, un elogio sin restricción alguna, como maestros de Anatomía que habían sido suyos. De nuestro compatricio dice que le asistió personalmente en sus disecciones, y además de ser un

gran anatómico era muy distinguido en todos los géneros de literatura, no aventajándole nadie en el conocimiento de la doctrina de Galeno (1).

El año de 1537, á poco de estar en París, escribió un libro que tuvo un éxito inmenso. Era un tratado de terapéutica, del cual se agotaron cuatro ediciones en poco tiempo, y llevaba el título originalísimo *De Syruporum Universa ratio.*

El libro está escrito para demostrar la supremacía de la medicina griega antigua y la inferioridad, y aun diremos la maldad de la medicina árabe, opinión que él había aprendido de Champier, su maestro.

El origen de tal teoría es el siguiente:

Algunos médicos italianos habían cultivado las ideas médicas vertidas por Avicena, Averroes, Avempace, Alkindi y otros doctores árabes de la Escuela de Córdoba, y esto había producido una reacción. Las escuelas de Lyon y otras, protestan y declaran que por la medicina árabe se va á la muer-

---

(1) Véase el trabajo del doctor Tollín *De cómo Miguel Servet llegó á ser médico,* 1875. *Göschen's-Deutsch Klinik,* pág. 7.

te, mientras que la griega cura y prolonga la vida, é Hipócrates, Galeno, Dioscórides y otros son presentados como autoridades infalibles.

Por lo de no ser Cristiano, á Averroes se le atribuyen teorías crueles. Como médico y filósofo, se le presenta como una especie de Darwin inhumano, un Nietzsche bárbaro exagerado é implacable. Se dice del ilustre doctor árabe español, que proclama el sacrificio del más débil, citándose de él este raciocinio feroz: Así como los leñadores entran todos los años en los bosques para cortar aquello que está seco y sin vida, echando abajo las ramas que son inútiles y que estorban, dejando sólo los árboles robustos y los retoños que ofrecen completa garantía de un buen desarrollo, así debería de hacerse también en las naciones con los hombres. Todos los años tendría que ejercerse una muy rigurosa visita á todos los habitantes de las ciudades populosas y de los grandes centros de población, y matar á todos los que fueran inútiles, viejos, enfermos crónicos ó enclenques; así como á todos los que no tuvieran un oficio, arte ó carrera provechosa para la sociedad. Los caducos, los

vagabundos, los débiles, deberían de ser exterminados. De esta manera se tendría que expurgar las poblaciones, como los bosques, aunque fuera matando cada año un millón de personas, que son como las malas hierbas que privan el desarrollo de los buenos organismos.

Y esta teoría circulaba como auténtica de Averroes. Otros se la atribuían á Avicena. Todos la consideraban como el fundamento de la medicina árabe. Y Servet que, como buen sabio, era crédulo, se dedicó á combatirla. Adviértase que en esa época los libros eran muy raros. A Averroes se le conocía sólo por algún comentarista, y aún éstos eran pocos y escasos. Casi imposible averiguar la verdad de tal aserto. Además, lo aseguraban doctores famosos de la época.

Servet se horrorizó. Estudió este tremendo problema que se decía que había planteado la Escuela de Córdoba, y lo resolvió lleno de amor al prójimo, inspirándose en los grandes médicos griegos y en el estudio de la Naturaleza. Así halló que la tal utopia árabe era fácil de ser contradicha.

El hombre, débil ó enfermo—se dijo,—lo es sólo por accidente, por falta de medios

de vida. Con plenos medios de existencia, el hombre es fuerte y sano. Hay, pues, que reforzarle y curarle, y puede transformársele en hombre sano y provechoso por débil que sea, y por enfermo que esté, acudiendo á tiempo. La decrepitud puede aplazarse mucho y puede hacerse que la vejez sea tranquila y respetable. Hay que enseñar al que no sabe, abrir los ojos á la luz á todos, dar á todos medios de existencia plena y se podrá obtener una Humanidad mejor. *Utile Dulci.* Hay que curar sin hacer sufrir. ¡Urge suprimir el dolor!... Esta es la más noble tarea humana de todo Doctor, vitalizar lo mustio, lo marchito, curar lo enfermo, regenerar lo caduco. Tal es el deber del médico. Tal individuo de cuerpo débil, puede tener un alma, es decir, una organización cerebral muy superior, y hay que reforzar el cuerpo para que el espíritu funcione bien y desahogadamente. *Mens sana in corpore sano.* He aquí toda la teoría que Servet opuso á la supuesta utopia de los árabes, en su *De Syruporum Universa ratio.*

El jarabe medicinal es el prototipo y el símbolo á la vez de la medicina. La sustan

cia curativa debe ser adulzarada, como la instrucción debe de ser agradable.

El refrán de «la letra con sangre entra» es un refrán bárbaro y bárbara también es la medicina que emplea las sangrías. Los derivativos producen la expulsión de los malos humores, desahogando el hígado que purga la sangre de la parte mala, y así no hay que desangrar el cuerpo, con lo cual se le quita fuerza y vida.

Las soluciones de medicamentos endulzados por el azúcar, sostiene que son el prototipo de la terapéutica. Para curar no se ha de hacer sufrir al enfermo con una medicación enojosa y casi siempre contraproducente, por lo repulsiva. El enfermo es un sér delicado al cual hay que tratar con amor y ahorrarle el sufrimiento.

En aquella época, como en la Edad Media, al enfermo se le hacía sufrir cual si fuese un culpable. La enfermedad era considerada como un castigo divino de sus pecados. La terapéutica había llegado á ser casi un sistema de tormento. A ciertos enfermos se les azotaba, á los locos se les chamuscaba; á los que deliraban, según qué

palabras proferían, se les amordazaba; á los pestiferados se les llevaba al cementerio aún en vida; y el gran Servet se opuso á esto y se pronunció violentamente contra la medicación de la época. Reivindica la Medicina Griega, pero combate también el galenismo absoluto, el *magister dixit.*

Esto es lo sustancial de este tratado donde, en latín y en griego, se enseña una terapéutica que bien podría suscribirla cualquier profesor de Medicina de nuestros días haciendo las salvedades de cierto formulismo de la época. Citaremos un ejemplo: El ácido fórmico hoy ha sido preconizado como medicamento energético para todo el sistema muscular. Miguel Servet, ya en aquella época, prescribe el jarabe de licor de hormigas para igual uso, preparado con la maceración é infusión de hormigas en agua, añadiéndole, después de filtrada, el azúcar. La dicha obra lleva este curioso epígrafe en latín *Si quieres conservar tu cuerpo sano, lee este libro.*

Después de publicado dicho tratado de Terapéutica, fué adquiriendo cada día mayor nombre, y pronto obtiene la borla de doctor. Se hace apreciar no sólo del públic

en general, sino de los grandes médicos de la época. Entonces, lleno de actividad, abre un curso de Matemáticas en la propia Escuela de Medicina de París, á la par de un curso de Anatomía general, al cual asisten los primeros médicos de la capital de Francia. Después, abre un curso en la Escuela de los Lombardos, y un cursillo en el que se ocupa de Astronomía y de las influencias siderales sobre el organismo humano, lo cual fué calificado de Astrología judiciaria. Hubo un momento en que Servet llegó á ser el médico de mayor fama, el hombre de moda. Los oyentes esperaban turno para oir al *dulce sabio español,* como se le llamaba, y quedaban admirados ante las teorías de aquel joven doctor tan atrevido como elegante. Entre sus oyentes se contaban no sólo facultativos, sino altos personajes de la Corte, prelados y hasta damas de la aristocracia. En su cátedra conoció, entre sus discípulos, al noble abate Monseñor de Paulmier, literato erudito, viajero apasionado por las exploraciones geográficas, espíritu abierto á todas las especulaciones científicas, uno de esos prelados del Renacimiento que eran tan amigos del Arte y de la Filosofía, que veían

la Belleza y la Inteligencia, al igual que la Virtud, como una emanación divina. Este prelado ilustre fué su gran amigo, que luego tanto le protegiera.

A Servet, en este momento, la fortuna le sonreía. La Corte le consultaba, los grandes sabios tenían á gran honor discutir con él, todos se lo disputaban; no tenía más que dejarse llevar de la suerte para vivir espléndidamente.

Pero su excesiva nombradía llegó un momento en que estuvo á punto de perderle. En unas lecciones dadas en la Escuela de Medicina de París, habló de lo que llaman modernísimamente, hoy día, *Premuniciones* los hombres de ciencia, esto es, de los presentimientos que son como un anticipo del porvenir, y de lo que se siente relativo á lo que pasa á distancia, ó sea de los hoy llamados *fenómenos telepáticos;* y esto agradó tanto en París, especialmente entre las clases elevadas, que su fama le llevó á ser el doctor preferido de todos los grandes personajes y en especial de los primeros señores de la Corte, que iban á su modesto alojamiento para consultar con tan ilustre sabio,

y llegó á tánto la cosa, que hasta se asegura que fué llamado por la Reina á palacio.

Tanta fortuna no tardó en provocar la envidia de algunos colegas suyos, que en cierta ocasión él había calificado de asnos. Este duro calificativo lo aplicó á los que no tienen en cuenta las influencias meteorológicas sobre el organismo humano. Esto les dió pie para que le hicieran acusar de astrología y de magia, al parlamento de Francia, por la propia Facultad de Medicina. En la acusación se pedía la muerte en la hoguera del *extranjero abusivo y engañador*, por haber dado un curso de astrología judiciaria, *ciencia reprimida por las divinas instituciones canónicas y por las civiles.*

Parece resultar que Servet, en este año (1838), á instancias del abate Pedro Paulmier, discípulo y amigo suyo, se decidió á publicar un extracto de sus lecciones con el título de *Apologética disceptacio pro Astrología.* Este opúsculo fué firmado, Michel de Villeneuve, y está formado por un pliego de 16 páginas en 4.º

El tal folleto fué presentado como prueba, y á más, para hacerle aplicar el terrible cas-

tigo de la hoguera, se invocaba el capítulo XLVII de Isaías, en que dice textualmente:

«Los que conocen el cielo
»Los que observan los astros
»Los que anuncian las nuevas lunas
»y lo que éstas producen!
»Son como la paja, que el fuego consume
»Y no salvarán su vida de las llamas!»

Este pasaje de un profeta de Israel, ignorante y malhumorado, presagiaba ya su muerte.

El parlamento de Francia se reunió el 18 de Marzo de 1538 para juzgarlo. Unos pocos dogmáticos, espíritus cerrados á todo progreso, le acusaron. Pero la mayoría del parlamento, después de meditado bien el asunto, le absolvió plenamente, declarando que la materia de que se le acusaba era opinable, y que, por tanto, el doctor Servet, siendo además *maître es arts,* tenía pleno derecho á dedicarse á aquellos estudios y á opinar sobre la materia. Tan sólo se le hicieron unas ligeras observaciones al permitirle «continuar, si bien le parecía, en el estudio de los astros y sus influencias sobre

el tiempo y demás cosas naturales.» Y la Corte ordenó inmediatamente á la Facultad de Medicina de París que tratara *dulce y amigablemente* al doctor vilanovano, tal como deben *de tratar los padres á los hijos.*

*
* *

En París es donde Servet entabló las primeras relaciones con el fanático picardo Calvino.

Allí se vieron ambos por la primera vez, y lo que es más, se detestan cual dos adversarios irreconciliables que se aprestan á un duelo á muerte. Hallábanse frente á frente, los dos polos opuestos de la vida: la Filosofía humanitaria, y el dogmatismo cerrado, la libertad y la represión, la esplendidez caballeresca y la austeridad mezquina, la nobleza leal y la villanía artera, la filantropía y la misantropía, la Ciencia y la Inquisición. Más que dos hombres, eran dos personificaciones, dos ideas diametralmente

opuestas que se habían puesto frente á frente con una energía colosal, y aquello no podía acabar más que con la desaparición ó la muerte de uno de los dos rivales.

La altiva franqueza, la noble gallardía, el atrevimiento racionalista superhumano de Servet, encendieron en el alma estrecha y feroz de Calvino un rencor, un odio, unos celos, que no se extinguieron hasta que logró perderle. Entre los hombres, el talento y la nobleza es causa de mayores celos y de odios más implacables que entre las mujeres la hermosura. Todos los seres viles odian á los que valen más que ellos, en cualquier sentido que esto sea; y se nace vil ó noble como se nace feo ó bello, bajo ó alto, bilioso ó sanguíneo.

Según se deduce del examen minucioso del proceso que á Servet hizo formar Calvino en 1553 y de otros documentos que hemos consultado, el ilustre médico español y el fanático protestante, se habían encontrado en París del 1536 al 1538. Los autores y los documentos no están conformes por lo que toca á la fecha, y sí sólo por lo que se refiere al sitio del acontecimiento, que fué París. Teodoro de Beze, en su *His-*

toria de las Iglesias Reformadas, pág. 14, afirma que fué el año 1534. Calvino, en la visita que hizo á Servet el día antes de llevarlo á la hoguera, estando éste enfermo y herido por las privaciones y tormentos á que se le había sujetado, en medio de mil insultos, le dice en el calabozo en que yacía: «*Deberías acordarte que hace más de 16 años, estando en París, traté de ganarte para la causa de Nuestro Señor...*» De modo, que más de 16 años antes del 1553, era antes del 37. El año 34, que fija De Bèze, era imposible que se vieran, pues en aquella fecha y durante todo el año, Servet estuvo en Lyon, empleado en las ediciones del librero Treschel. Servet, lo más pronto que llegó á París, resulta ser á fines del 1536 (1). Así es que el hecho del encuentro con su futuro adversario debió de verificarse desde esta fecha al 1538, año á fines del cual abandonó París para irse á establecer á Charlieu, pequeña población de las inmediaciones de

(1) Además de que Calvino solo volvió á Francia el 36, teniendo entonces 27 años, y empezando á adherirse á la protesta, después de haber visto *los escándatos de la corte de Ferrara*, como dice un escritor reformado contemporáneo.

Roan. A lo que parece, la cosa debió de haber empezado por un encuentro violento de palabra ó por escrito, provocado por Calvino, en cuya fecha empezaba á éste á acentuársele el fanatismo teológico. A esto siguió un reto en toda regla. El ex beneficiado católico envió un cartel de desafío espiritual al joven médico español, á fin de que compareciese á tener un singular debate con él, á un sitio que él le fijaba, delante de otras personas, ya que sus primeras tentativas de convencerle habían sido inútiles. El escritor protestante, Teodoro de Bèze, afirma que Servet aceptó y que se convino entre los dos *que se encontrarían ambos á una hora determinada en una cierta casa de la calle de San Antonio; á la cual fué Calvino, aunque peligrara su persona, pero el dicho Servet no compareció, aunque se le esperase durante mucho tiempo* (1). Otros autores, y es lo más probable, afirman que Servet no aceptó, después de haberlo reflexionado mucho. Séase de esto lo que fuere, lo cierto es que en París se encontraron, sin poder entenderse, el joven y ya célebre doctor *Michel*

---

(1) Th. de Beze.—*Vie de Calvin*, pág. 18.

de Villeneuve, como allí se le llamaba, y el ex diácono picardo que tenía sólo dos años más que él, y que empezaba á hacer prosé-itos para una reforma esencialmente obser-vante, mucho más austera que la de Lutero. A partir del mentado desafío data la ani-madversión irreconciliable de ambos, que no erminó hasta que el fanático reformador hizo perder la vida en Ginebra al noble fi-ósofo español.

*
* *

Temiendo quedarse en París por más tiem-po Servet se fué á Charlieu. El motivo resulta ser para pasar allí desapercibido y poder continuar estudiando tranquilamente en aque-la población rural. A lo que parece, él co-noció en París, donde accidentalmente se hallaba, un distinguido médico llamado Ri-voire, que en Charlieu vivía con su familia, familia que era considerada como una de las principales de la población. Este doctor, habiendo tenido ocasión de apreciar las al-tas dotes científicas y el buen carácter del

joven médico español, le acogió fraternalmente, haciendo que se instalara en su domicilio, en el cual pasó más de dos años estudiando y ayudando en el tratamiento de sus clientes, á su protector. Dicho doctor Rivoire resulta que estaba en relaciones de amistad con Pedro Paulmier, el abate que tanta afección y aprecio tenía por Servet desde que asistiera en París á sus lecciones.

Al poco tiempo de estar en Charlieu ya fué estimado de todo el mundo, gracias á sus curaciones maravillosas. Además, todos admiraban en él la gran bondad y la filantropía, elevadas á la categoría de deber. Se le conocía por *el amigo de los enfermos y el enemigo de las enfermedades*. Y no solamente curaba, sino que curaba de balde cuando no se le podían pagar sus módicos honorarios, y hasta daba dinero á los que no tenían medios para practicar su tratamiento. Y su tratamiento era, siempre, el de ahorrar el sufrir, desterrar al dolor, confortar el ánimo del paciente y ser la providencia del enfermo. Ni sangraba, ni molestaba con ciertos emplastos, vesicatorios y pócimas repugnantes que más molestan que curan. Los laxantes, algún drástico en píldoras y los

jarabes medicinales, con un método higiénico y alimenticio adecuado, constituían su terapéutica. Sólo en casos graves empleaba algún remedio heroico, y siempre con acierto. Así es que todos se lo disputaban, queriéndole y reverenciándole á la vez, lo que no pasaba con la mayor parte de los doctores de la población. Esto le suscitó la animadversión de algunos de éstos, los cuales resolvieron deshacerse de él, preparándole una emboscada. Así cierta noche, yendo á asistir á un enfermo, fué atacado espada en mano de una manera imprevista por los parientes y favoritos del médico que le tenía más envidia. Pero como él conocía perfectamente el manejo de las armas, defendióse con su espada y su daga con tanto valor y tal destreza, que sólo fué herido ligeramente, hiriendo á varios, de los cuales uno quedó tendido en el campo, huyendo los demás precipitadamente.

IV

Servet librepensador

Qué obligó á nuestro sabio á abandonar Charlier? Servet deseaba vivir con tranquilidad para dedicarse al estudio, y preparar una gran obra que fuera el resumen de todas sus ideas y conocimientos, y después de este lance, viendo que ni en una población subalterna, donde tantos beneficios prodigara, podía librarse de ataques violentos contra su existencia, resol-

vió volverse á Lyon, donde le llamó un alto personaje que estaba enfermo. Además, siendo allí muy querido de los libreros-editores, pensó dedicarse á las letras, como ya había hecho hacía algunos años. En París y en Charlieu había preparado una serie de notas y comentarios para una nueva publicación de la Biblia, traducida al latín directamente del hebreo por el doctor Santos Paganini. Una vez en Lyon, á lo que resulta visitó á su antiguo editor Gaspar Treschel, con el cual convino la publicación de la obra que vió la luz pública en 1542, época en que Servet ya se hallaba en Vienne, capital del Delfinado.

Servet llega á Lyon el 41, y al poco tiempo de estar allí escribe notas, argumentos y comentarios, en español, para la *Suma* de Santo Tomás de Aquino. Mas habiéndosele concluído los recursos, tuvo la gran suerte de encontrarse un día con su buen amigo Paulmier, el cual estaba de paso para Vienne (1), de cuya capital le habían nombrado obispo.

---

(1) Es la Vienne capital del Delfinado, en Francia.

Paulmier era uno de esos prelados erudi-
os del Renacimiento que, creyéndose de
buena fe cristianos, eran adoradores ardien-
es de todos los esplendores de la vida. En
llos el Cristianismo que predominaba era
l helénico de los padres de Alejandría, exal-
ado en su humanismo por el estudio apa-
ionado de la Filosofía Griega y de la Li-
eratura antigua clásica. Con el corazón an-
ho y de altas miras, Paulmier creyó una
elicidad volver á encontrar á Servet, su
migo y maestro, con el cual tanto intimara
lurante su estancia en París. Inmediatamen-
e lo nombró su médico, y le ofreció una
lta posición independiente en Vienne.

Servet aceptó, y Paulmier, verdadero Me-
enas, trató á Servet como se merecía. Lo
lojó en una casa adjunta á su palacio, po-
iendo á su disposición cuanto necesitaba
para sus estudios, incluso la Biblioteca epis-
opal, retribuyéndole magníficamente, ha-
iéndole llevar una vida de príncipe.

Los Condes y Barones del Delfinado y de
odos los países limítrofes, pedían por favor
us consultas, mandándole por ellas rega-
os espléndidos. Sus curas eran maravillosas.
o sangraba nunca, y sin sangrar curaba los

enfermos, lo que parecía casi un milagro. A veces daba conferencias en el palacio episcopal ó en algún castillo de las inmediaciones, y acudían á oirle los caballeros y las damas de todos aquellos entornos. Según dice un cronista contemporáneo suyo, á los 35 años era el caballero más apuesto y gentil de su época.

También parece ser que á más de excursiones á Lyon y á varios puntos de la comarca, en los doce años que permaneció en la capital del Delfinado, hizo algunos viajes á Italia, donde tenía muy buenos amigos, cuyas relaciones cultivaba desde que estuvo allí con el Emperador, especialmente en Porticella, casa central de los franciscanos. Presentado en ella por Quintana, allí fué iniciado en el panteismo místico del dulce San Francisco.

Durante el primer año, á más del ejercicio de su profesión, dedicóse á la corrección de pruebas de la antedicha Biblia, que en Lyon le estaban imprimiendo y cuyas notas y comentarios echan por tierra toda la pretendida ciencia exegética de los teólogos de la Edad Media, y hasta la de los doctores de la Reforma. Sus comentarios tienen el

fulgor de intuiciones geniales, ya traten de Teología, ya de Historia, de Geografía ó de Ciencias Físicas. Servet era tan genial, que allí donde posaba su pluma la luz surgía.

Había llegado la época en que el catolicismo se desmoronaba; los papas, los cardenales y los altos prelados enamorados de la Belleza clásica y del saber antiguo, eran paganos de alma, aunque católicos de rito. Pero éstos y los artistas, literatos y pensadores, eran sólo una aristocracia. Las masas plebeyas, en el Norte, se entregaban á la Reforma, que era su obsesión constante. Servet era cristiano entusiasta, pero para él el Cristo era como el *Xrestos* de los Alejandrinos: El Bien Supremo, el Dios del amor, de la cordialidad, de la expansión del alma. Nada de persecuciones, nada de pecados ni de penitencias y castigos cruentos. Sólo aconsejaba las buenas obras, la caridad, el cariño. La liturgia eclesiástica era para él un formulismo grosero que comprimía la expansión del Santo Espíritu. Así á todos los jefes de la Reforma, que él encontró retrógrados y de visión estrecha, les había pedido

anchura de miras, y que con la Iglesia, sin la Iglesia ó contra la Iglesia, volviesen á la inspiración del Evangelio de San Juan, á lo que fué el Cristianismo helénico, á la dulce inspiración amorosa del sublime San Francisco. Servet es el representante, el que concentra en sí esa evolución del Cristianismo en el Renacimiento, ese Humanismo superior, esa glorificación del hombre, esa adoración de la vida. ¡El amor al hombre! Esto, que es el espíritu del Renacimiento, anima á Servet en todas sus obras y en todos sus actos. Por amor al hombre, para que no sufra, para que viva sano y fuerte, estudia la Medicina y la practica; por el amor inmenso que le tiene, escribe su *Restitutio Cristianismi,* llegando á divinizar el hombre en la persona humana del Cristo. La emanación de la divinidad que estaba precontenida en Dios, poco le importa, hasta que anima al hombre Jesús. Lo que á él le preocupa es el *Cristo histórico,* que que vivió y sufrió pasión y muerte en Galilea, ese superhombre que contuvo la mayor cantidad de divinidad posible y que vino á ser el modelo de perfección de los demás

hombres. Por esto para él la Reforma con la predestinación y la gracia, con su observancia estrecha y la supresión de las imágenes, no era un adelanto, sino un gran retroceso en el camino de lo humano, y se lo demostraba en su sublime libro.

He aquí lo que resulta de los argumentos del *Restitucio Cristianismi.*

Servet y Calvino, como cumpliendo con el reto de París, escribieron cada uno un libro en el cual resumían todas sus teorías, espejo fiel de sus ideas y de sus intenciones. El de Calvino fué la *Institución Cristiana,* y salió antes; el de Servet, la *Restitución del Cristianismo,* obra que no salió hasta 1553, pero que estuvo escrita ya en 1546, y que tituló en esa primera redacción: *Renovación del Cristianismo,* título que luego cambió por el anterior.

Con los grandes medios que el arzobispo Paulmier le proporcionara y con el tiempo que le dejaba libre el ejercicio de la Medicina, Servet tuvo lo necesario para dedicarse al estudio y escribir su libro magno, que al cabo de tres años ya tuvo terminado. Esta obra, que él meditaba ya desde hacía mu-

cho tiempo, era una especie de Enciclopedia en que se hallaban reunidas todas sus ideas, formando serie con las de los grandes filósofos anteriores, sobre la Divinidad, el Cristianismo, la Ciencia y el Hombre. Puede bien decirse de esta obra que es la síntesis del espíritu del Renacimiento. En ella se llega á dignificar y hasta á divinizar al hombre y á agrandar el dominio vital ascendente de la especie humana. Acaricia en ella la idea de la vuelta á un Evangelio puro, todo lleno de amor y vida, como el de San Juan, y con él llegar al establecimiento del superior reinado del Santo Espíritu, el cual se manifiesta sobre la tierra por el amor y la sabiduría. Su libro está lleno de ideas científicas que vienen mezcladas con elucubraciones metafísicas impregnadas de un cierto misticismo panteísta, escritas en un estilo que á veces llega á alcanzar el vigor y la poesía de un canto poemático.

Trataba de desarrollar un vasto sistema sociológico cristiano, emanado del primitivo Evangelio, y consideraba adulteraciones de la verdad evangélica todos los dogmas, definiciones y ritos que empiezan en Nicea y siguen, con los demás Concilios, hasta la

fecha en que escribe. Delante de la estrechez y de la crueldad de ciertos dogmas, exclama que los que los escribieron son nuevos Judas que hacen traición á la sublime doctrina de su Maestro

Su sistema es un eterno llegar á ser: todo se mueve, todo marcha, todo progresa, todo cambia eternamente, pues que Dios es energía permanente, y su creación es continua, siendo persistente su impulso, que es la vida misma; sino, El no sería el Eterno Padre.

Precisamente donde su adivinación científica brilla como un sol en medio de una nebulosa de elucubraciones metafísicas, es en el capítulo V, consagrado al Espíritu Santo, en el cual hace una descripción detallada del cuerpo humano. Y para probar que el Espíritu de Dios es movimiento y vida, desde los mundos que ruedan por los espacios, en formación continua, hasta los seres de la tierra, describe la circulación de la sangre en el Hombre, empezando ya por la del feto en el vientre de la madre, acabando por afirmar que el mayor de todos los milagros de la creación es el cuerpo humano, templo viviente del Santo Espíritu.

Servet (1) tuvo la debilidad de querer consultar ó controvertir las ideas de su libro con varios doctores protestantes, antes de darlo definitivamente á la imprenta. Así se dirigió á Abel Pupin, á Viret y especialmente á su contrincante de París, Calvino.

Calvino, después de haber estado ya una vez en Ginebra, había vuelto á ella, y sus predicaciones adquirían gran boga. Servet incurrió en la inocencia de escribirle á aquella ciudad, consultándole sus ideas vitales, y aun la de mandarle más tarde pruebas de su libro, hasta el índice de materias. Parece ser que J. Frellon, librero de Lyon, servíales de intermediario para mandar la dicha correspondencia, á cuyo librero, Calvino escribía con el seudónimo de *Carlos de Espeville.*

Servet, espíritu leal y franco, como todos los grandes hombres, se espontanea en esas cartas notabilísimas (2) que llegan al nú-

---

(1) Hay que tener en cuenta que desde que entró en Francia, se llamó *Dr. Michel de Villeneuve,* y nadie había sospechado que fuese el antitrinitario Servet, que fué estudiante de teología.

(2) Dichas cartas figuran en una edición anotada de las obras de Servet, hecha en Alemania por el profesor Reuss, el mismo que anotó la Biblia.

mero de treinta, explicándole sus teorías humanitarias.

Calvino se asusta, y al principio no le contesta. Sólo escribe á Frellon, explicando en términos asaz groseros el mal efecto de dichas misivas. Servet, para él destruye los dogmas y sobre todo la autoridad y el dominio eclesiástico. Calvino hacía la guerra al papa por cuestión de dominio más que por cuestión de ideas. Servet abolía los dominios. Y Calvino ve en él su enemigo, enemigo más terrible que el poder de Roma. A más, Servet es simpático, caballero, gallardo, bienquisto de los nobles y de las damas, sabio y filósofo; y Calvino es feo, mezquino, repulsivo é ignorante, en todo lo que á la Naturaleza se refiere. Desde entonces se entabla ya una lucha sorda por parte del sectario de Ginebra contra el Infanzón español, con el fin de perderle.

Además, habiendo salido la obra de Calvino, *Institutio Cristianismi,* Servet se la mandó con notas al margen, haciéndole ver los errores históricos, filosóficos y exegéticos en que incurría, acompañando el impreso con una carta de un estilo altivo, pero digno, en que se mostraba, de mucho, superior á

su contrario. Esto acabó de irritarle; y como era muy perspicaz y desconfiado, temió por su poder. Si se extendían tales tendencias, era Servet quien triunfaba y no él, puesto que él se había impuesto predicando la salvación por la abstinencia, la mortificación, la observancia del dogma y el ascetismo. Además, Servet era partidario ardiente de la libertad humana, y Calvino sólo soñaba en ejercer una tiranía absoluta en nombre del Dios de Israel. Y como era hipócrita y falso, preparóse ya desde el primer momento para perder á su contrincante.

Servet estaba seguro de que con el nombre de Doctor Miguel de Vilanova, natural de Tudela, que usaba en Francia, y bajo el cual le había conocido Calvino en París, no sería descubierto que fuese el Servet aquél que habían condenado los jefes de la Reforma por teólogo antitrinitario.

Mas Calvino era muy sagaz. Al leer sus cartas y examinar sus ideas, vió que eran las mismas del escritor antitrinitario, anatematizado por los jefes de la Reforma alemana hacía ya 20 años. Además, los nombres de pila de uno y otro eran el de Miguel.

Entonces fué cuando Calvino decidió

contestar directamente al doctor español y entablar controversia para cerciorarse más de su personalidad. Llegados los principios del año de 1553, Servet había hecho imprimir ya su libro *Restitución del Cristianismo*, y por precaución y aun tal vez por consejo de su amigo Paulmier, fué impreso sin pie de imprenta, en Vienne, y sin nombre de autor. El impresor fué Baltasar Arnollet, amigo de ambos. Sólo en la última página figuraban sobre la fecha de 1553, las iniciales de su autor, M. S. V., Miguel Servet de Vilanova.

Cinco años antes, ya Servet había enviado copia á Calvino de la obra y del plan, en su primitivo estado. Luego envió otra á Viret. Y al imprimirla definitivamente, mandó á Calvino pruebas de la edición, por demanda del mismo. Entonces éste, reforzado en la convicción de que Servet y Vilanova eran la misma persona, se puso á cavilar cómo podría cogerlo en una trampa para hacerlo quemar vivo.

La lectura de estas pruebas le pusieron furioso.

La sublime belleza de la *Restitución* hacía palidecer su libro *Constitución del Cristianismo*. Si se propagaba, estaba derrotado; era

preciso, pues, acabar con un rival tan temible. Para ello se sirvió de una tercera persona.

El drama cuyo fin trágico debía de tener lugar en Ginebra, empieza en Vienne.

Calvino no podía agredirle directamente en Vienne, que era una ciudad católica. Así hace que le delate una tercera persona, un católico de Lyon, resultando la agresión así más vil y más cobarde. En Ginebra, cuando más tarde lo prendió y juzgó, su conducta podría ser explicada (nunca excusada) por el peligro que corría ante sus adversarios, los ginebrinos de raza, los verdaderos patriotas, que podían destituirlo y aún castigarlo. Así se explica su famosa frase de «el proceso debe determinarse por su muerte ó por la mía.» En Vienne no tiene justificación alguna. El acto de Calvino es de un acanallamiento cual no lo tuvo jamás esbirro alguno. Así se explica que los protestantes que han querido defenderle hayan dejado en la sombra lo que pasó en Vienne.

Calvino, entre los extranjeros que formaban su escolta, contaba con un lyonés, Guillermo de Trye, emigrado por cuestión religiosa y quiebra fraudulenta. Siempre los cri-

minales se han mezclado y encubierto con motivos de ideas en las emigraciones.

Trye tenía un pariente establecido en Lyon llamado Antonio Arneys. El 26 de Febrero de 1553, Trye escribía á Arneys para que denunciara á Servet (1). Esta carta está dictada por Calvino. En cada línea trascienden sus intenciones y su estilo. En esta carta infame, Trye razona en teólogo como Calvino y cita las propias frases de cartas de Servet, que él no ha visto, cartas que Servet sólo á Calvino había dirigido.

Trye cita frases del *Restitucio* que aún no está en circulación. Y dice quién es el autor y cuenta toda su historia. Y además denuncia al impresor, y manda el primer pliego á su pariente Arneys para que lo entregue al inquisidor general de Francia, Fray Mateo Orry, acompañando el índice de la obra. En esta carta le reprocha que toleraran *sin punición* en aquel país, á un heresiarca que merecía tanto la hoguera.

---

(1) Esta carta está copiada en los Archivos del arzobispado de Vienne. La reproduce d'Artigny. Véase este autor, *Nouveaux Memoires d'Histoire et de critique*. T. II. pág. 55 et sig.

En Lyon gobernaba entonces el cardenal de Tournon, hombre de mentalidad estrecha, enemigo implacable de los herejes. Viendo que ni los obispos, ni los señores franceses los perseguían, pues con sus ideas liberales los excusaban y aun apoyaban, pidió á Roma, que en aquella época de Resurrección del Paganismo también se desentendía de tales asuntos, un legado especial, un inquisidor *ad hoc*. Y Roma, no pudiendo excusarse, le mandó, para echárselo de encima, pues les estorbaba con sus intransigencias, un fraile fanático y estúpido llamado Mateo Orry, como *Penitencier du Saint Siege Apostolique et Inquisiteur géneral au Royaume de France et dans toutes les Gaules.*

Precisamente en esto fué cuando De la Trye delató á Servet, mandando los documentos justificativos á su primo, para el cardenal. La misiva hizo su efecto; llegó á manos del cardenal de Tournon, éste dió parte al gran Inquisidor general de Francia, fray Mateo Orry, y éste mandó reunir los jueces en Vienne para que el doctor Vilanova fuera juzgado. Pero los jueces se reunieron en el obispado, con Paulmier; y Servet, instruído por éste, supo probar tan

bien la coartada, que lo absolvieron. El cuñado de Arnollet, en ausencia de éste, escondió los tipos de imprenta con que había sido impreso el libro, y enseñó á los jueces los tipos regulares que él usaba. Esta fué la principal prueba. Por bajo mano, y con la ayuda del buen obispo, fueron llevados á Lyon, á Italia y á otros sitios los ejemplares de la edición. Y Servet fué absuelto y se creyó seguro, ya que ni en su domicilio ni en casa de los libreros se había encontrado ejemplar ni hoja alguna.

Mas el inquisidor Orry vuelve á Lyon y hace que Arneys escriba una segunda carta que él le dicta, á De la Trye, para que mande en seguida todo el volumen de *Restitutio Cristianismi* y demás pruebas que tenga. Y De la Trye, entonces, se va á encontrar á Calvino, y Calvino hace más; le remite las cartas particulares que tenía de Servet, señalándole en especial, de su puño y letra propia, las que contenían las proposiciones teológicas condenables. Así violó hasta el secreto de la correspondencia privada, ese malvado! Una carta inédita de Servet, fechada por aquel entonces, demuestra que éste, á fuer de leal y caballero, no

sospechaba que la delación viniese directamente del otro. Así nuestro sabio pide á Calvino la devolución de sus cartas en cuanto ve la persecución en perspectiva. (1) *Rémitte Igitur scripta mea,* le dice, pero Calvino rehusa la devolución, y ni siquiera le contesta, sino que remite más pruebas del libro con la última página, en donde hay las iniciales M. S. V. Y una carta dictada á De la Trye, en la cual dice que *aunque se haya disfrazado haciéndose llamar Vilanova, su nombre es el de Servet, álias Revés.*

Una vez recibido esto, el Inquisidor general manda orden al *Bibaillif* (2) de Vienne que prenda inmediatamente á Servet, respondiendo él de su captura con la vida. Entonces fué cuando el *Bibaillif* se presentó en casa Monsieur de Maugiron, que Servet cuidaba en su enfermedad, y le dijo: «En el palacio delfinal hay varios enfermos y heridos que reclaman vuestros auxilios; así os

---

(1) Esta carta auténtica, escrita en latín, está en la Biblioteca de Ginebra.

(2) El Bibayllif era un individuo de la municipalidad, encargado de hacer efectivo el cumplimiento de las leyes. Era como el Veguer en Barcelona.

ruego que vengáis conmigo para visitarlos.» A lo cual Servet contestó: «Sé que los hay, y sin contar con que mi profesión me obliga á ello, por mi natural siéntome inclinado á hacer siempre y en toda ocasión tan buenas obras. Id, que ya os sigo.» Así lo llevó á las cárceles reales, y mientras Servet visitaba los presos y los curaba con solicitud verdaderamente fraternal, mandóle á buscar el Vicario general y se le puso preso, en el palacio del Delfinado, interinamente (se le dijo), para responder á ciertos cargos que contra sus creencias se hacían.

Una vez preso, se le hicieron tres interrogatorios. En el primero se le presentaron cartas suyas inofensivas, y él reconoció la letra. Pero al día siguiente se le enseñó casi toda su correspondencia con Calvino, controvirtiendo á propósito del dogma de la Trinidad, de Jesucristo, de la Creación, de la Vida y de su función primordial, la circulación de la sangre.

No obstante, la Inquisición católica de Vienne fué mejor que la protestante de Ginebra. Se le alojó en una buena habitación que tenía adjunta una azotea ó plataforma con un jardín el cual daba al patio del pa-

lacio de Justicia. Se le dejó mandar recados á amigos, especialmente á uno que él dijo le debía trescientos escudos (1). De esta terraza se podía uno deslizar al patio, exponiéndose un poco. Hasta logró que se le dejara salir y aún pasear por esta azotea. Así, el 7 de Abril pasó la noche en vela, y á las cuatro de la madrugada, cubierto con una larga hopalanda que se ponía al levantarse y con el gorro de terciopelo negro que llevaba en el aposento, se fué al carcelero, que en aquel momento salía al campo para ir á trabajar sus viñas, á fin de que le dejara la llave para ir al jardín de la azotea á hacer aguas mayores, y éste se la entregó. Una vez en la azotea, cuando oyó que el carcelero ya se había marchado, Servet dejó su gorro y su abrigo al pie de un árbol, calóse un sombrero que llevaba escondido, subióse por el tronco y por una de sus ramas descolgóse á un alero bajo y por un canalón del ángulo, al cual se cogió, dejóse caer al patio sin daño alguno. Ganó la puerta del puente del Ródano y pasó al Lyonés, según declaró tres días después una campesina que lo vió

(1) El prior de la Costa de San Andrés.

pasar. Allí le esperaba su criado con dos caballos ensillados, una maleta y su espada.

La evasión fué procurada por altos personajes. El primero fué el arzobispo Paulmier. También el prior de la Costa de San Andrés contribuyó á ello. Estos le mandaron dinero y cartas para amigos suyos de Francia y de Saboya.

Aunque el Inquisidor en sus interrogatorios absolviera al carcelero, no obstante consta que una sirvienta suya que escapó sin poder ser habida, dijo ante personas que la oyeron, al criado de Servet, llamado Benito Perrín: «*¡Lacayo! decid á vuestro señor, que se escape por detrás del jardín; hay paso franco.*» El mismo Servet dijo que, á pesar de su condena, en la prisión se le tenía lo mismo que si se quisiera que se salvara.

Una vez se supo su evasión, á las dos horas, se cerraron las puertas de la villa, se hizo un pregón ordenando se le prendiera donde estuviera, se le embargaran sus papeles, sus muebles, sus libros y los valores que tenía en casa, etc., etc.

Pero la opinión de los cronistas contemporáneos es que se obró sólo á instigaciones de Orry, movido por Calvino, y los demás, in-

cluso el conserje de la cárcel, lo prepararon todo para que se fugara. Sólo después de fugado se le condenó á *ser quemado vivo á fuego lento en la plaza de la Charnave,* ó sea el mercado de los cerdos. Pero esto era para disimular mejor la complicidad. Hasta en la condena hay el detalle ridículo de que deberá pagar «*Mil livres tournois envers le roy daulfin.*» Ni el *Bibaillif* ni el procurador del rey que firmaron su sentencia, querían hacerle daño alguno. Y cuentan que una vez Servet se hubo escapado, éste último dijo riendo al otro: «Maitenant il est deja assez loin... que frère Orry l'attrape!»

Al prender á Servet, el *Bibaillif* le trató con la mayor consideración, como si cumpliera sólo con un deber impuesto por el cardenal. Como Servet le había curado su única hija de una enfermedad gravísima, hizo todo lo que pudo para ponerle en condiciones de que pudiera evadirse cuando quisiera.

Siendo protegido y amigo íntimo del obispo, le dió por cárcel una de las mejores habitaciones del antiguo palacio del Delfinado, y recomendóle al alcaide, para que le tratara «cual se merecía un caballero de ta

alta significación.» Así, se le permitía que su criado Benito Perrin continuara sirviéndole, y que además le visitaran las personas más principales de la población. Apenas tres días estuvo recluído, más que preso, mientras se le instruía el sumario, cuando se le hizo escapar, procurándole todos los medios, incluso dinero. La evasión fué preparada y protegida por todos, excepto por fray Mateo Orry y el Vicario general. En suma: dos fanáticos.

Más adelante describiremos minuciosamente lo que le pasó á nuestro sabio desde que salió de Vienne hasta que fué quemado vivo en Champel, por Calvino. Ahora ocupémonos de sus descubrimientos y de sus ideas.

SEGUNDA PARTE

Obras, descubrimientos, tendencias é ideas de Servet

I

Obras de Servet

ntes de entrar á exponer los descubrimientos, las tendencias y las ideas de Miguel Servet, es preciso dar una noticia lo más exacta posible de sus obras, para tener luego á qué referirnos al describir su manera de pensar y de sentir, lo mismo que para comprender las acusaciones que mandó hacer Calvino en su proceso

Importantes y varias son las obras que Servet nos ha dejado y diversos los asuntos de que tratan, aunque informados siempre por un mismo espíritu. A los veinte años produjo la primera, y su aparición conmovió todos los espíritus pensadores de Europa. Esta fué estampada en casa de uno de los más renombrados impresores del Renacimiento.

1519 1535

MARCA DEL IMPRESOR DE LOS DOS PRIMEROS LIBROS DE SERVET, HANS SETZER *(Ceceriu.* EN HAGUENAU (ALSACIA)

De Trinitatis erroribus.—*L. V., 1531. Haguenau. Johaones Cecerius.—(Hans Setzer).* 120 fol. in 8.º menor.

A ésta siguió Dialogorum de Trinitate, libri duo; de Justitia Regni christi et de charitate. Cap. IV, 1532, Haguenau. J. Cecerius, 48 fol. in 8.º menor.

La controversia y el pavor que produjeron estas dos obras en el campo protestante, le obligaron á abandonar los países germánicos y á retirarse á Francia, mudando de nombre para no ser perseguido. Estas dos primeras obras iban firmadas con el nombre de Miguel Servet, *álias Revés, ab aragonia hispanum,* como todos sus otros documentos, cartas, etc., de esta primera época, en que siempre firma *Miguel Servet del Reino de Aragón en España* (1).

Su tercera obra es ya de Francia y fué escrita en Lyon, siendo impresa, según unos, en el mismo Lyon, y según otros en París:

Brevisima Apologia pro Campeggio in Leonardum Fuchsium. 1536.

(1) Esto es lo que ha hecho creer que era de la delimitación actual del Reyno de Aragón, separado de Cataluña.

A partir de esta obra ya firma en lugar de Miguel Servet, Miguel de Vilanova. Luego da á luz otra que le valió la estima de todos los amantes de la Ciencia, y la envidia de los médicos rutinarios.

SYRUPORUM UNIVERSA RATIO *ad Galeni censuram diligenter expolita. Cui post integram de concoctione disceptationem prescriptœ est vera purgandi methodus, cum expositione aforismi: concocta medicari.* Micaele Vilanovano authore, Parisiis, ex officina Simonis Colinœi, 1537.—71 fol. in 8.º y fe de erratas

Esta es la primera edición que armó todo el barullo entre los doctores de la capital de Francia.

Siguen dos de Venecia, en 1545 y en 1548 y dos de Lyon en 1546 y en 1547.

Según resulta de esta obra tan notable él, con su método terapéutico ya preludiaba el de nuestros días. *El Universa ratio Syruporum* está lleno de invectivas contra los médicos que no sabían más que sangrar y hacer sufrir á sus enfermos con sus cataplasmas, vejigatorios y cauterios. El, al contrario, establecía que no se les debía dar más que

las substancias medicinales más apropiadas, y bajo formas farmacológicas que no fueran repugnantes. Así, prescribe el ácido fórmico ya cual hoy (licor destilado de hormigas), para dar energía muscular, en forma de jarabe. Aconseja ser muy parco y atinado en la ordenación de los medicamentos, y contar mucho con las prescripciones higiénicas, y el método de vida. A la sangría prefería el empleo de un purgante drástico (generalmente áloes) que puede derivar las congestiones sin desangrar el cuerpo, al cual no hay que quitar fuerzas, privándole de su primer elemento plasmático.

Este libro alcanzó gran popularidad en poco tiempo entre la clase, principalmente en Francia y en Italia.

Fué lo que le valió la inquina de los médicos rutinarios de la capital de Francia, á los cuales él calificaba de *asnos*, y probablemente la denuncia de que fué objeto al Parlamento de París, por parte de algunos profesores de aquella Facultad.

APOLOGETICA DISCEPTATIO PRO ASTROLOGIA, 1538, París. *Michel de Villeneuve*. Fol. 16.—

Aquí, entre varias divagaciones hipotéticas, demuestra Servet un gran conocimiento de la ciencia astronómica, es decir, de la constitución y movimiento sideral, dando ideas de tener un sistema que preludia al de Galileo. A más, tiene la intuición de las influencias cósmicas sobre los seres humanos, como hoy día se vuelve á afirmar en lo relativo al sistema nervioso y al funcionamiento del corazón (1). También viene preludiada en dicha disertación lo que hoy se conoce con el nombre de telepatía.

BIBLIA SACRA, EX SANTIS PANGANINI traslatione, sed et ad hebráicæ lingua amusim ita recognita et scholisis illustrata ut plane nova editio videri possit. Logduni apud Hugonem á Porta. 1542. Gasp. Treschsel, in-folio.

En esta edición de la Biblia latina, traducida del hebreo por el doctor Sanctis Paganini, Servet pone una porción de comentarios y notas por las cuales se revela ya un exe-

---

(1) Véase como hoy el notable astrónomo francés el abate Moreau, prueba que ciertas alteraciones en los movimientos cardiacos son producidas por la influencia de las variaciones en la fotoesfera solar.

geta de primera fuerza. Así prueba que las profecías mesiánicas deben entenderse que hacen referencia al pueblo hebreo y no á Jesucristo, como se creía en la época. Toda esta obra está llena de geniales observaciones, descubriendo perspectivas nuevas.

GÉOGRAPHIE DE CLAUDE PTOLOMÉE *d'après la traduction de Bilibal Pircheymher, revue sur les premières éditions grecques et augmentée de notes reproduisant les anciens noms des villes, avec leurs nouvelles dénominations, ainsi que cinquante tables qui décrivent les mœurs et les coutumes des anciens et des nouveaux habitants de ces pays.*

Este gran *in folio,* que tanto llamó la atención en su tiempo, fué editado por los hermanos Melchor y Gaspar Trechsel, en Lyon, el año de 1535, y contiene numerosos grabados sobre boj.

Una segunda edición fué hecha en 1541 *Logduni apud Hugonem a Porta,* dice el infolio. Es mucho más extensa en sus notas y en sus comentarios, y aun mejor impresa y ornada que la primera. Esta edición, que bien puede llamarse *Princeps,* es muy rara

de encontrar y casi completamente desconocida de los actuales geógrafos.

En el curso de las notas y comentarios de esta obra, Servet demuestra el gran conocimiento que tenía de los diversos países y pueblos entonces conocidos, dibujándose ya en estos escritos la moderna Geografía comparada y la Etnografía ó estudio antropológico de las razas.

En uno de sus comentarios que á guisa de nota puso en la edición que dirigió de la Geografía de Tolomeo, hablando de España, dice que: «En general la tierra de España es árida y trabajada por sequías. Los habitantes son de buena disposición para las ciencias, pero estudian poco y mal, y cuando son semidoctos se creen ya doctísimos, por lo cual es mucho más fácil encontrar un español sabio fuera de su tierra que en España. Forman grandes proyectos, pero no los realizan, y en la conversación se deleitan en sutilezas y sofisterías. Tienen poco gusto por las letras, imprimen pocos libros, y suelen valerse de los que les vienen de Francia. Las mujeres se pintan la cara con albayalde y minio, y no beben vino. Es gente muy templada y sobria la española, pero la más su-

persticiosa de la Tierra. Son muy valientes en el campo, sufridores de trabajos, y por sus viajes y descubrimientos han extendido su nombre por toda la superficie de la tierra.»

En otro punto dice de los españoles: *Inquietus est et magna moliens hispanorum animus.*

Elíseo Reclús no vacila en decir que fué el verdadero fundador de la Etnografía y de la Geografía comparada.

La obra maestra de Servet y la que le valió el martirio, fué la llamada *Christianismi Restitutio.*

El primer título que Servet pensó dar á este libro, fué el de *Renovatio Christianismi.*

Por fin la obra salió con este otro título:

CHRISTIANISMI RESTITUCIO. *Totius ecclesiæ apostolicæ est ad sua limina vocatio, in integrum restituta cognitione Dei, fidei Christi, justificationis nostræ, regenarationis baptismi et cœnae Domini manducationis. Restituto denique nobis regno cœlesti, Babylonis impiæ cap-*

tivitate soluta et Antichristo cum suis penitus destructo. Es un volumen de 724 páginas en 8.º y tiene al final, en la última página, las iniciales M. S. V., sobre la fecha de 1553.

Esta obra, aunque no lleve pie de imprenta, fué estampada en Vienne (Delfinado) por Baltasar Arnollet, en una prensa que éste tenía en otra casa separada de la suya. La edición fué de mil ejemplares, de los cuales, que se sepa hasta la fecha, sólo existe uno en la Biblioteca Nacional de París. Otro en la Biblioteca Imperial de Viena (Austria). Y por fin otro fué descubierto últimamente por el sabio profesor Turner, y fué llevado á la Biblioteca de la Universidad de Edimburgo, en Inglaterra. Este ejemplar debe de ser el de que hablan algunos historiadores como salvado de las llamas por una mano piadosa, pues le faltan el título y las 16 primeras páginas.

El resto de la edición fué destruída ó quemada por orden de fray Mateo Orry, en la capital del Delfinado, y por mandato de Calvino en Ginebra. Hay que exceptuar los ejemplares que Servet, ayudado del arzobispo Paulmier, hizo llegar á los amigos de

talia y de otros puntos, entre los cuales se contaban los franciscanos de Porticella. Un erudito italiano, signor Mancini, nos indicó, sin asegurarlo, que en el reservado de a Biblioteca Vaticana de Roma debía de haber un ejemplar ó más, si no se habían hecho desaparecer en fecha reciente. Según nos dijo, él los vió en los primeros años del papado de León XIII.

En Nuremberg se publicó, en 1791 (créese como cuestión de lucro) una imitación exacta por Christian Gotlieb von Murr, de la cual se tiraron un cortísimo número de ejemplares que se vendieron á alto precio.

Las dos primeras obras de Servet, como ya hemos dicho, van firmadas Miguel Servet, Ilias Revés. Las otras, desde que entró en Francia, están firmadas Miguel de Vilanova. La última sólo lleva las dichas iniciales M. S. V. y aun muy pequeñas, y al final del libro, sobre la fecha, de modo que casi pasan inadvertidas.

En la Biblioteca Nacional de París y en la sección de Manuscritos, existe una copia ó sea borrador del *Cristianismi Restitutio*, que perteneció á Cecilio Segundo Curione, cuyo nombre lleva en la portada. Dicho ejem-

plar difiere, en muchos casos, del texto impreso, tanto, que da á creer que fué un primer borrador que él sometió á consulta. Esta copia anterior de siete años, según afirman Gordon y Steinthel á la edición de 1553, contiene ya el pasaje en que se describe la circulación de la sangre y su revivificación en los pulmones.

SUMA TEOLÓGICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO, en español, con *Comentarios originales*. Lyon, en casa Juan Frelon, 1546.

Una GRAMÁTICA CASTELLANA, íd.

THESAURUS ANIMÆ CHRISTIANÆ, ó DESIDERIUS PEREGRINUS, libro místico que, según se ve en la *Biblioteca Antitrinitaria* de Sand (página 11), fué traducido al holandés y al latín con el título de DIALOGUS DE EXPEDIT. AD AMOREM DEI VIA. Dorlingen, 1883 y Rotterdam, 1574.

Además, Servet dió un gran número d

conferencias, tuvo infinitas controversias de palabra y por escrito, y mandó gran número de cartas á los principales jefes de la Reforma, á más de las que escribiera á Calvino y del primitivo plan de su obra. Paul Burgensís tiene muchas recogidas, y las ha publicado en un estudio titulado *Recherches scriptuaires* en *Tokler's Beweis des Glaubens.*

Otras cartas de Servet han sido publicadas por el doctor Reuss, y otras por el doctor Tollín, á más de algunas inéditas que están en los archivos de Ginebra.

Según refiere un discípulo directo de Servet llamado Alfonso Ligurio, ó Lincurio, tarraconense (1), Servet tendría empezados ó planeados una serie de temas.

---

(1) El nombre es así en latín; Tollín, Didé otros, lo traducen por Lyucart, pero como ni gurio, ni Lincurio, ni Lyncar son nombres de la gión tarraconense, y como en el Renacimiento desfiguraban los nombres poniéndoles en latín, tal modo que, por ejemplo, de Setzer hacían cerius, y de Saltzinger, Salsingerius, creemos que vez este escritor debió de llamarse Llugari, Lludr ó Llengort, nombres que se encuentran en dia comarca. Según parece, viajó, y se fijó ó vi en Polonia. Da cuenta de él y de sus obras Sand, su biblioteca antitrinitaria.

Dicho escritor tarraconense, de nombre Ligurio ó Lincurio, en el prefacio de una obra suya traducida del latín, dice así: «Miguel Servet ó Reves, después de haber pasado muchos trabajos en Alemania y Francia, pensaba irse á Venecia y publicar allí comentarios al Nuevo Testamento, lo cual hubiera hecho si en Ginebra no le hubieran preso. También pensaba publicar muchos estudios con estos títulos, si mal no recuerdo: *De la verdadera inteligencia de las Escrituras; De la causa de haber faltado la tradición apostólica; Del poder de la verdad; Del verdadero conocimiento de Dios; Del error de la idea de Trinidad; Del Verbo y del Espíritu Santo; De la Exaltación del Hombre Jesús; De la naturaleza y ministerio de los Angeles; Celo y Ciencia; De la eficacia de la Fe; De la fuerza de la Caridad; Cuerpo, alma y espíritu; De los nacidos y regenerados; Vocación y elección; Presciencia y predestinación; De las obras y las ceremonias humanas; Del bautismo de agua y espíritu; Significación de la Cena del Señor; Pecado y satisfacción; De la Justificación; Del temor y del amor de Dios; La verdadera Iglesia; De la cabeza y los miembros; Del sueño de los Santos; De la resurrección de*

los muertos é inmutación de los vivos; Del día del Juicio; De la beatitud de los elegidos.

Tal es la labor intelectual de este gran español que en sí concentró el espíritu del Renacimiento, y que murió mártir á los cuarenta y dos años de edad.

¡Cuán grande no hubiera sido su legado si el vil Calvino no nos arrebata violentamente esa noble existencia! ¡Gloria y honor á la víctima, oprobio eterno al victimario!

II

La circulación de la sangre

ervet era uno de esos grandes genios de la Humanidad que do quiera que sea que apliquen su alta inteligencia, crean ó descubren siempre algo nuevo, algo extraordinario.

Su principal descubrimiento es colosal: la circulación de la sangre. Se ha discutido mucho si lo que descubrió fué solamente lo que se llama en Medicina la *pequeña circulación* ó sea la *circulación pulmonar;* pero

ahora, después de investigar sus escritos, á ningún médico verdaderamente sabio le es permitido dudar. Las primeras eminencias científicas hoy han sentado ya que el primero en hacer constar este fenómeno primordial de la vida, es decir, la circulación de la sangre por las venas y por las arterias, fué Servet, encontrando además el por qué de la circulación, esto es, de la renovación de la sangre, y con ella de los tejidos de todo el organismo. Y esto, que es lo más difícil, lo describió detalladamente de una manera tal, que hoy día admira, pues el fenómeno de la combustión en los pulmones con la oxidación de la sangre, sólo se diferencia de su explicación actual en alguno de los términos empleados, como haremos ver más adelante. Así lo de que el describir la pequeña circulación hacía suponer que no conocía la grande, no es así, como probaremos luego.

Creíase antes que las arterias estaban llenas de aire. Harvey, á quien se atribuye el descubrimiento de la circulación general por haberlo descrito mejor, nació en Folkestone en 1578, esto es, veintitrés años después del suplicio de Miguel Servet en Ginebra.

El doctor Aquiles Chereau, en su *Memoria* leída en el acto de la inauguración de las sesiones de la Academia de Medicina de París, en 1879, con el título de *Historia de un libro: Miguel Servet y la circulación pulmonar,* disputa á nuestro sabio hasta el honor de haber descubierto la pequeña circulación para concedérselo á Realdo Colombo de Cremona, pero hay que observar que el doctor Chereau es un calvinista observante, y con esto está todo explicado.

Después de éste, hay que citar, en honor suyo, dos protestantes liberales que defienden á Servet: Mr. Dardier en Francia y el doctor Willis en Inglaterra, que publicó una entusiasta historia de nuestro mártir, ayudado también de M. Alexander Gordón, en la *Theological Review,* de Londres, poniendo las cosas en su lugar debido. ¡Dos escritores ingleses y un francés tuvieron que defender al inventor español sin que la pluma de ninguna de nuestras eminencias le dedicara dos líneas, en aquella época!

Dardier, insertaba en la *Revue historique,* en 1879, un notabilísimo trabajo titulado: «*Miguel Servet según sus más recientes biógrafos*».

El autor, entusiasta de Servet, adoptaba á propósito de éste la tendencia del sabio protestante, pastor, doctor en Medicina de Magdeburgo, M. Tollín. Ve en nuestro compatriota un gran genio desconocido de su tiempo ó calumniado, lo mismo como sabio que como filósofo, y como buen cristiano se cree en el deber moral de reivindicarlo, haciéndole la justicia que le es debida. Y después de este trabajo notable insiste Dardier y publica su respuesta al doctor Chereau (1). En este trabajo reivindica el honor del descubrimiento de toda la circulación de la sangre para nuestro compatriota, y en especial el de la pequeña circulación, como fenómeno fundamental de la vida, gracias á la oxidación que se produce, con una erudición y una dialéctica admirables. Lo mismo Mr. Dardier que Mr. Tollin, debemos hacer constar en su honor que son dos pastores protestantes liberales, de los que predican un cristianismo enteramente vital y racional que, cual el de Servet, no se

---

(1) Esta figura como apéndice á la obra de monsieur Tollin *Portrait-caractere de Servet*, en la traducción francesa de Madame Picheral-Dardier.

opone á ningún adelanto científico. Dardier es pastor de Nimes, y Tollin lo era de Magdeburgo, pues desgraciadamente falleció el año pasado.

Precisamente á los argumentos de Dardier se unieron los de un sabio profesor de Medicina de la Facultad de París, de universal fama, como es el Dr. Charles Richet (1). No hay más que leer su erudito artículo de la Revista de Ambos Mundos, del cual no podemos abstenernos de transcribir el siguiente párrafo:

«Servet sentó, el primero, contrariamente »á lo que habían afirmado Aristóteles y Ga»leno, que el tabique del corazón no estaba »perforado. Flourens cree que Vesalio fué »el que descubrió la no perforación del ta»bique interventricular, pero Mr. Tollin ha »demostrado perfectamente que en la pri»mera edición de Vesalio, el pasaje en que »trata de la imperforación del tabique car»díaco, no existe. Sólo comparece esta teo»ría en ediciones posteriormente datadas, la »más lejana de las cuales es del año 1555,

(1) *Rev. des deux Mondes. La decouverte da la circulation du sang.* Junio 1879.

»dos años después de la infortunada muerte »de Servet y de la publicación de su *Cristia»nismi Restitucio.* Tan sólo entonces Vesalio »se atreve á decir que el tabique no está »perforado. Así, veíase derribado el aserto »de Galeno, relativo á la comunicación de »los dos ventrículos, y esto no por Vesalio »sino por Servet.»

«Y si Vesalio no habla de Servet, es que »en esos tiempos de universal intolerancia el »sostener las doctrinas de un gran heresiar»ca era un verdadero peligro mortal...

»Algunos años después de la muerte de »Miguel Servet, Realdo Colombo describió »con gran exactitud la circulación pulmonar. »Pero sus expresiones son las mismas de »Servet... Lo repito; es evidente que Colom»bo copió á Servet, lo cual nada de extraño »tiene, puesto que los amigos y los discípu»los del infortunado sabio se refugiaron en »Italia, especialmente en Padua y en Ve»necia.

»He aquí, pues, el segundo error de Ga»leno, ó más bien de Aristóteles aceptado »por Galeno, definitivamente echado abajo »por Servet.»

*
* *

Precisa ahora que hagamos algunas disquisiciones históricas para dejar bien probado nuestro aserto—y que describamos los antecedentes de tan importante descubrimiento, ya que ninguno se verifica de repente, y todos tienen sus antecedentes y sus consiguientes, sus colaboradores en el tiempo, los cuales van preparando el camino al genio descubridor, ó que le continúan y perfeccionan luego.

En el antiguo Oriente, que se sepa, nada existe que demuestre ni tan sólo conatos de explicación de este fenómeno fundamental de la vida. Ni en los geroglíficos egipcios, ni en la esritura cuneiforme de Nínive y Babilonia, ni en los cantos védicos, ni en los escritos chinos, nada se halla relativo al asunto.

Tan sólo en un canto de Zendo, atribuído á Zarathustra (Zoroastro), se prohibe el ver-

ter la sangre humana en holocausto á Ahura Mazda (Ormuzd), pues no le place el que se derrame el *líquido vital* del hombre, que da fuerza y anima al corazón.

En la Grecia antigua ya encontramos más, aunque ni Hipócrates, ni Galeno, ni Asclepiades, supusieran, en manera alguna, que la sangre circulaba por el cuerpo. El gran respeto religioso que tenían al cuerpo humano, como escultura viviente creada por los dioses, les impedía el conocer bien la estructura de sus órganos y sus funciones, por no atreverse á practicar la disección de sus diversas partes.

Aristóteles establece que las venas no nacen de la cabeza sino del corazón. Los discípulos de la Escuela de Alejandría se fijaron en el fenómeno del *pulso;* hacen constar el isocronismo de los latidos del corazón con los de las arterias; llaman *vena arteriosa* á la que va desde el ventrículo derecho á los pulmones; *arteria venosa* á la que en nuestros días se llama vena pulmonar; hablan de las válvulas del corazón, pero creen que sólo las venas contienen sangre, y que las arterias están destinadas á llevar aire, y que todo el funcionalismo del corazón y de

las venas consiste en un pequeño vaivén que se verifica en el corazón mismo.

Galeno fué el primero en descubrir que las arterias contenían también sangre y que tenían comunicación con las venas; y creyó que la pared media del corazón estaba perforada y que por esta perforación se verificaba una especie de vaivén de un ventrículo á otro, existiendo allí, naturalmente, la sangre arterial, de una manera fija, sin provenir de otra parte del cuerpo.

Durante la Edad Media, ni las escuelas cristianas, ni las árabes de Damasco, Bagdad, Córdoba y Salerno hacen adelantar tan sólo un paso estos conocimientos relativos á la circulación de la sangre. Sólo al llegar el Renacimiento y en la primera mitad del siglo XVI, empieza á estudiarse dicho fenómeno.

Una vez ya en el Renacimiento, parece ser que en España, á últimos del siglo XV y á principios del XVI, algunos doctores sabios ya tuvieron como la intuición de esta función tan importante, y de ahí tal vez el que Servet, una vez agregado, á los 18 años, al séquito imperial en Italia y Alemania, se dedicara al estudio del corazón y de las ar-

terias, sobre los cadáveres después de las batallas. Esto lo probaría que, según el sabio doctor Tollin, de Magdeburgo, Servet en 1531, y á los 20 años de edad, en la redacción primitiva de su libro *De Trinitatis erroribus*, ya habla de la circulación general de la sangre como de una cosa que ya la tenía por natural y por cierta, tanto, que no le da importancia alguna. Mas donde la describe de una manera asaz clara (la pequeña y la grande), es en su obra maestra *Cristianismi Restitucio*, que le valió morir en la hoguera. En ella, y en el capítulo V, del Santo Espíritu, y al definir á Dios como energía permanente y movimiento eterno, asentar que el gran milagro de la creación en el cuerpo humano, describe la circulación explicando que el corazón no está perforado por la pared media y que la sangre circula vivificada en el pulmón por el aire que de venosa la vuelve arterial.

Mas como después hablaremos extensamente y transcribiremos los principales párrafos del *Restitutio cristianismo* en que se habla de la circulación de la sangre y del corazón, vamos á citar ahora á autores coetáneos ó posteriores de muy poco á Servet

los cuales tenían ideas análogas, sin que para nada pudieran sospechar que su compatriota había hecho el descubrimiento completo. Hacemos constar esto en honor de la Medicina española (1) y en especial de la catalana, por ser donde estas ideas científicas radicaban mucho antes de que en el resto de Europa tuvieran curso.

El profesor Bernardino Montaña de Monserrat, natural de Barcelona y catedrático de Anatomía de la Universidad de Valladolid, publicó en 1551 una obra de Anatomía: *Libro de la Anathomia del hombre, nuevamente compuesto por el doctor Bernardino Montaña de Monserrate, médico de Su Majestad. Impreso en Valladolid en casa de Sebastián Martínez, año de 1551.*»—El que hemos tenido en las manos, está en la Biblioteca Balaguer, de Villanueva y Geltrú (2), de donde hace años extractamos estos párrafos:

«El ventrículo derecho sirve de recibir la

---

(1) Chinchilla y otros escritores españoles ya han sostenido que el descubrimiento de la circulación de la sangre era originario de España.

(2) Villanueva y Geltrú, población de la costa, provincia de Barcelona.

sangre que viene del hígado á primera estancia para cocerla y aparejarla al ventrículo izquierdo.

»El ventrículo izquierdo sirve para depurar la dicha sangre que viene del ventrículo derecho y adelgazarla y hacer de ella sangre arterial, de la cual, como adelante veremos, se mantienen los miembros sólidos del cuerpo, y asimismo se engendran en el dicho ventrículo los espíritus vitales de la sangre arterial, y de allí se reparten con la sangre á todo el cuerpo.

»El camino por donde pasa esta sangre del un ventrículo al otro, es la misma substancia del corazón, la cual, mediante sus poros, da lugar al dicho paso.

»En cada uno de estos ventrículos hay dos agujeros: por el un agujero del ventrículo derecho entra la sangre que viene del hígado al dicho ventrículo mediante la vena cava, la cual se junta con el corazón en el dicho agujero; y del otro agujero sale una vena del corazón, que llamamos vena arterial, porque es quieta como vena y tiene dos cubiertas como arteria, la cual vena va á los livianos y se esparce por su sustancia para que la parte carnosa de dichos liviano

e mantenga de aquella sangre que la envía l corazón por la dicha vena.

»En el ventrículo izquierdo entra por un gujero la arteria venal, por la cual entra al orazón el aire fresco del pulmón para re-escar el corazón, el cual corazón también nvía por la dicha arteria sangre arterial y spíritus vitales para mantenimiento de las artes sólidas del pulmón, y del otro agu-ro sale del corazón la arteria grande, que amamos adorti, la cual lleva la sangre del-ada y espíritus vitales á todo el cuerpo.»

Hállanse, á continuación, en dicha obra, ete párrafos en los cuales se trata de los gujeros del corazón y luego continúa:

«Para entendimiento de lo cual, es de sa-r, que cuando el corazón se aprieta, echan sí los ventrículos toda la cantidad de ngre que tienen dentro, y á vueltas de los los espíritus vitales, y poca ó ninguna ngre queda en los dichos ventrículos.

»También es de considerar que para con-rvación de la vida es cosa necesaria que ya siempre en el corazón cierta cantidad sangre, así arterial como venal, sin la al no se podría conservar el calor natural

del corazón, y por consiguiente perecería la vida de todo el cuerpo.

»Pues digo, que las dichas orejas princi palmente sirven de tener cada una de ellas guardada la sangre que ha menester el co razón para el un ventrículo y para otro, de suerte que aunque el corazón se apriete y eche la sangre que está en los ventrículos quede todavía en las orejas la cantidad de sangre que ha menester el corazón, y este es beneficio muy notorio, porque por expe riencia vemos que las dichas orejas amba se hinchan de sangre cuando el corazón se aprieta, y cuando el corazón se ensanch vuelven las orejas la dicha sangre á los ver trículos: de lo cual parece claramente qu son las dichas orejas medida de la sangr que ha menester el corazón en cada uno d sus ventrículos, etc.

»La utilidad del corazón, como habemo dicho, principalmente es para que de la sar gre que le va del hígado se engendre en é la sangre arterial, y de la sangre arterial s engendren también en él espíritus vitales Y por esta razón tuvo necesidad de los d chos ventrículos, el derecho, para que re cibiese la sangre del hígado mediante l

vena cava, y el izquierdo, para que hiciese en él la sangre arterial y de la sangre arterial los espíritus vitales.

»Asimismo sirve el corazón para enviar la sangre arterial y los espíritus vitales á todas las partes del cuerpo para conservación de su calor natural de cada una, que se hace mediante los espíritus vitales y para mantenimiento de los miembros sólidos que se mantienen de la sangre arterial, para el cual oficio hubo necesidad de arteria grande, por la cual arteria mediante sus ramas distribuye cuasi á todo el cuerpo la sangre arterial espíritus que le conviene.»

Luis Lovera de Avila, en su Tratado de anatomía, escrito en 1544, dice: «La sustancia del corazón es muy dura; tiene á cada lado un ventrículo, derecho é izquierdo; cada uno de éstos tiene dos orificios; por el lado derecho entra un ramo de la vena ascendente y conductora de la sangre, y del mismo sale una vena llamada arterial, la cual va á nutrir el pulmón y lo restante de ella, ascendiendo más arriba, se ramifica por muchas partes. Del lado izquierdo sale la vena pulsátil, de la cual un ramo va al pulmón y se llama arteria venal; el otro se

ramifica en las partes superiores é inferiores del cuerpo. Sobre estos dos orificios hay tres películas ó membranillas que se abren y cierran, y al lado de ellas dos aurículas por las cuales entra y sale la sangre preparada por el pulmón, y los sobredichos vasos se dividen y ramifican en el pulmón hasta lo más íntimo de su sustancia.»

Pedro Gimeno, en sus Diálogos *De re anatómica,* obra impresa en Valencia en 1549, dice lo siguiente: «El pulso viene de la dilatación de las arterias cuando se contrae el corazón, por más que parezca lo contrario á la razón, pues lo he visto muchas veces en las disecciones vivas que hemos hecho. Dilatado el corazón, absorbe el aire del pulmón; en seguida se contrae, y por medio de este impulso lo arroja juntamente con la sangre por medio de la grande arteria á todo el cuerpo. «Quem concomitatem sanguine per magnam arteriam universo corpori distribuit.»

En 1546 Servet había ya descrito la circulación de la sangre en su RENOVATIO CRISTIANISMI, primera forma de su obra *Restitutio Cristianismi,* que salió en 1553.

Los que hablan de dicho descubrimiento

se refieren á la página 170 del RESTITUTIO, libro V.

He aquí los principales pasajes:

A propósito de la descripción de la constitución física del cuerpo humano, que él califica de «*el mayor milagro de todos*», y para probar el movimiento y cambio eterno que en todo existe, ya que *Dios es energía permanente,* en el capítulo destinado al Santo Espíritu, Servet, sin dar á ello la importancia que el descubrimiento se merecía, describe el funcionalismo de la *circulación de la sangre.*

«*El espíritu vital* — dice, aludiendo á la sangre arterial—*empieza á encontrarse en el ventrículo izquierdo del corazón, gracias sobre todo á los pulmones que lo producen. Es un espíritu ligero elaborado en la fuerza del gran calor de la sangre, de color vivo y de una gran potencia ígnea* (parece entrever ya el oxígeno); *es como si dijéramos un vapor lúcido, proveniente de una sangre más pura* (la arterial), *conteniendo en sí los elementos del aire, del agua y del fuego.* Este espíritu vital *proviene de una mezcla operada en los pulmones del aire aspirado con la sangre sutil elaborada que el ventrículo derecho del corazón comunica al*

izquierdo. MAS ESTA COMUNICACIÓN NO SE HACE EN MODO ALGUNO POR LA PARED MEDIA QUE SEPARA EL CORAZÓN, COMO VULGARMENTE SE CREE, SINO CON UN MAGNO ARTIFICIO, POR EL VENTRÍCULO DERECHO DEL CORAZÓN DESPUÉS QUE LA SANGRE SUTIL HA SIDO PUESTA EN MOVIMIENTO MEDIANTE UN LARGO CIRCUÍTO Á TRAVÉS DE LOS PULMONES. LOS PULMONES LA PREPARAN (oxidan) VOLVIÉNDOLA BRILLANTE Y VIVA, Y DE LA VENA ARTERIOSA (hoy arteria pulmonar) ES VERTIDA Á LA ARTERIA VENOSA (vena pulmonar). EN SEGUIDA EN ESTA MISMA ARTERIA VENOSA, LA SANGRE ES MEZCLADA AL AIRE ASPIRADO, Y ASÍ QUEDA PURGADA DE TODA SU FULIGINOSIDAD (quemadas sus materias carbonosas)...

. . . . . .

«*La prueba de que la comunicación y la preparación se ha efectuado á través de los pulmones, está en la aproximación varia y la comunicación de la vena arteriosa con la arteria venosa en los pulmones...*

. . . . . .

. . . . . .

«*Así, pues, sin duda alguna la mezcla se hace en los pulmones. Este color brillante es dado á la sangre espiritual* (arterial), *no por*

l corazón, SINO POR LOS PULMONES. EN EL VENTRÍCULO IZQUIERDO NO HAY LUGAR SUFICIENTE PARA TAN GRANDE Y ABUNDANTE MEZCLA, NI PARA LA ELABORACIÓN DE UN COLOR TAN BRILLANTE. *En fin, la pared media que o tiene ni vasos ni medio alguno, no es propia tal elaboración, aun cuando se abriera una rieta en ella, ó se filtrara por sus poros. Con análogo arte que en el hígado la transfusión de la sangre se hace de la vena aorta á a vena cava* (sangre venosa) (1), *igualmente e hace en el pulmón la transfusión del espíritu e la vena arteriosa á la arteria venosa...* ESTE SPÍRITU VITAL QUE CONTIENE LA SANGRE, ES ERTIDO DEL VENTRÍCULO IZQUIERDO DEL COAZÓN Á TODAS LAS ARTERIAS DEL CUERPO.

El pasaje que primero llamó la atención e los sabios, ya habla de la circulación eneral, tratando de la pequeña, y dice así extualmente en latín: «A DEXTRO VENTRÍCUO, LONGO PER PULMONES DACTU AGITATUR ANGUIS A POLACONIBUS PREPARATUR, FLAVUS FICITUR ET A VENA ARTERIOSA IN ARTERIAM

---

(1) Y véase cómo conocía la circulación general, ues aquí habla de la del hígado, y luego bien aro lo indica el resto.

VENOSAM TRANSFUNDITUR. ILLE ITAQUE SPIR TUS VITALIS A SINISTRO CORDIS VENTRÍCUL IN ARTERIAS TOTIAS CORPORIS DEINDE TRANS FUNDITUR.

No queda, pues, duda alguna de que ha bía descubierto, no sólo la pequeña circula ción, sino el secreto de la grande, el cóm de la vida!

El doctor Charles Richet, de París, en s ya mencionado estudio sobre *El descubrimien to de la circulación de la sangre,* dice, despué de haber citado este párrafo: «¡Qué impo tancia histórica la suya! ¡Setenta años ante que Harvey, la circulación es formalmente in dicada, y, no obstante, aún se niega la glori de su descubrimiento á Miguel Servet! E preciso hacer constar hasta qué punto est disfavor es injustificado. La cuestión pued resumirse en estos términos: ¿Ha tenido descubrimiento de Servet influencia sobre l obra de Harvey? La respuesta no ofrece dud alguna. ¡Sí! El libro de Servet fué el qu inspiró á Vesalio, á Colombo, á Cesalpin y á Harvey.»

En Padua, los anatómicos y los fisiólogo durante más de medio siglo hacen una ser de descubrimientos precontenidos é indic

dos ya en este famoso libro. Y podemos decirlo muy alto: Tales descubrimientos, sin los escritos de Servet no se hubieran hecho. Lo que hay es que Servet no insiste en apoyar lo que le inspiró la observación en nuevos experimentos que lo rectifiquen. Esto pasa sólo á partir de Cesalpini, entrando ya á apoyarse plenamente en la experimentación en Harvey, inspirado por el *Novum Organum* de Bacon.

M. Tollin, en su trabajo concienzudo, da aún otras razones al apoyo.

Vesalio, que trabajó con Servet, no habla de la circulación de la sangre sino después de la muerte de éste, en una edición de 1555, como ya hemos indicado.

Realdo Colombo, de Cremona, discípulo de nuestro héroe, describe la pequeña circulación algunos años después; pero es reproduciendo exactamente lo escrito por su maestro.

Ya hemos dicho que no hay que hablar de Harvey, que viene un siglo más tarde y que no hace más que confirmar por medio de experimentos las aserciones de Servet.

No cabe duda alguna de que Servet, aunque no hable de ello, había abierto cadáve-

res y había disecado corazones para fijarse en el mecanismo de la circulación; pues él, el primero, da cuenta de que no existe la perforación en el tabique de los ventrículos, como gratuitamente había afirmado Galeno, y sobre su fe, todos los que le sucedieron. El propio Vesalio, como hemos hecho constar, en su libro célebre de «*Humani corporis fabrica*», nada dice de la no existencia de dicho orificio fantástico, ni explica el mecanismo de la circulación. Sólo habla de ello después de muerto Servet y de conocida su obra *Christianismi Restitutio.*

Mondini, antes que Servet, admite, *que la pared interventricular tiene poros.* Berangei de Carpi, es el primero que confiesa que los tales poros no son bien visibles en el hombre; pero se limita á esto.

En cambio, desde que aparece el libro de Servet en Padua y otros puntos de Italia los anatomistas y fisiólogos hacen una serie de descubrimientos y de comentarios relativos á esto, durante medio siglo.

Cesalpino, en Pisa, sin hablar de Serve para nada, afirma después de él, que las venas devuelven la sangre ya gastada al corazón. Y por esto y sus experimentos, es

acusado de ateísmo, salvándose sólo por ser médico y protegido del papa Clemente VIII. Se comprende, pues, que nadie confesara haberse inspirado en Servet, pues se exponían á la persecución del Santo Oficio. El mismo Realdo Colombo, de Cremona, años después, en Padua, habla de la circulación, afirmando que es el primero en hablar de ella para que no se le impute el propagar las ideas de un gran heresiarca.

Y para cerciorarse de que la había estudiado en tal maestro y en tal libro, véase cómo en *De Re anatómica* trata del asunto en términos análogos á los de Servet.

Jerónimo Fabricio d'Acquapendente, más tarde hace un descubrimiento que concuerda con la teoría de Cesalpino, y es el de que las venas tienen válvulas dirigidas hacia el corazón que facilitan el curso de la sangre en este sentido.

El padre Sarpi habla de un gran secreto relativo á la circulación, *que no se debe revelar á nadie,* y el motivo parece ser que es un descubrimiento hecho con la ayuda del diablo por un gran heresiarca (Servet).

En cuanto á los médicos de Padua, Mater, Ribaldi, Gorgio Balandrata y Curione, no

queda duda alguna que recibieron el libr de Servet, *Restitutio,* que éste les mand por ser amigo de todos ellos. Véase el cu rioso estudio de Charles Dardier sobre *Mi guel de Villanueva y la circulación pulmonar* lo mismo que el concienzudo trabajo del doc tor Tollin.

La obra de Servet fué escrita en su pri mera forma en 1545, y es justo hacer ob servar que en dicha fecha misma, Carlo Etienne, el hermano del librero lionés Ro berto Etienne, amigo de Servet, y en 154 cuando éste estaba en Lyon, describe la válvulas de las venas, aunque sin hablar d la circulación, ni grande ni pequeña.

Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿D qué le ocurriría á éste describir las válv las de las arterias si no se lo hubiese ens ñado su amigo, y de seguro maestro, qu conociera en Lyon de vuelta de Charlieu Para corroborar nuestro aserto, aquí tran cribiremos un pasaje de la obra de Serv en que se describe el papel que las válvula desempeñan en la circulación de la sang en el feto humano. Dice así:

Quomodo esse anima in corde, si cor n diastolem habet nec systolem? Nec cor ne

pulmo ibi movetur? (en la matriz), VALVULE CORDIS, *seu membranæ illae* AD ORIFICIA VASORUM, *donec nascitur homo* (1). Esto no deja lugar á duda alguna de que Servet conociera la existencia y funcionamiento de las válvulas, sólo que él no le daba importancia en una obra que no era de Fisiología.

Mucho más tarde, el veterinario Carlos Ruoisi, de Bolonia (1598), en su *Tratado de la anatomía del caballo*, habla de la circulación pulmonar, y el profesor de Padua, Eusaquio Rudio, en 1600, da lecciones sobre este tema, apoyándose en lo que dijo Juan Valvedère en su *Anatomía corporis humano*, publicada en 1556, y llena toda ella de pasajes que son, evidentemente, tomados de la obra del doctor español, como indica la redacción.

Luego, y ya en el siglo XVII, Harvey fué á estudiar durante seis años á Padua, y allí es donde, inculcado en las ideas tomadas á Servet, se inspiró para perfeccionar, mediante experimentos propios, la teoría de la circulación de la sangre, y pudo escribir su

---

(1) *Christianismi restitutio*. Lib. V., pág. 259.

libro *De circulatione sanguinis, et motu cordis* (1).

Tal es la teoría de los intermediarios transmisores del descubrimiento de Servet, á Harvey; haciendo constar, como lo hacemos, que algunos han añadido algo de propia experiencia. Pero de todos modos el mérito del descubrimiento de la gran circulación y de de la pequeña corresponde á Miguel Servet.

(1) El libro de Harvey publicóse en 1628.

III

ARÁCTER, TENDENCIAS Y ESTILO DE SERVET

IENDO Servet uno de esos hombres que representan el alma de su época, donde concentró toda su fuerza, donde resumió todas sus ideas, fué en su obra magna, teológico-filosó-ca, que le valió la muerte, *Christianismi estitucio.* En esta obra aparece Servet no de una noble audacia, de un de-o violento de agitar el mundo y devol-rlo al espíritu cristiano en toda su pureza.

Para él el Cristianismo, tal como lo hallaba practicado por la Iglesia, no era lo que debía de ser. Las decisiones de los concilios, la liturgia y la disciplina eclesiástica lo habían muerto. El sentido de lo que significaba EL CRISTO no era comprendido. Había, pues, que hacérselo comprender á la Humanidad para su bien. Pero, ¿de cuál Cristianismo y de cuál idea del Cristo se trataba? Esto es lo que diremos luego, después de un meditado estudio de su obra maestra.

Al publicar esta obra, que debía de chocar, por su altitud de miras con el Catolicismo ortodoxo y más con el Protestantismo observante, antes que todo no podemos menos de admirar en Servet al combatiente heroico que ataca sin mirar el número de los adversarios ni calcular las consecuencias del combate, sólo persuadido de la justicia de la causa que él defiende. Tiene en esto algo de lo más noble del Quijote, así como tiene también algo de lo profundo del Fausto, por sus descubrimientos científicos que rayan en lo maravilloso.

Servet se nos presenta en la historia de la Humanidad como un tipo original, el más original del Renacimiento, que él sintetiza.

Nace en España, y con su fiebre de saber y de propagar la verdad, recorre lo principal de Europa en medio de aquella sociedad agitada, á cuya agitación contribuye, hasta que al fin pára en aquella ciudad, corazón de las luchas, en Ginebra, que está entre los países latinos y los germánicos, entre el catolicismo y el protestantismo, entre el Renacimiento y la Reforma, y levanta partidos, inspirando simpatías profundas, enalteciendo sentimientos, haciendo que se manifestaran justos patriotismos, provocando reyertas, concitando odios y terrores, sin hacer más que haber vertido sus ideas en la estampa, sin casi ni siquiera propagarlas de palabra.

Y al sembrar sus ideas, ni tiempo tiene más que para ser la víctima de los odios crueles, de las enemistades feroces, siendo llorado por las simpatías entusiastas y apasionadas que inspirara, mientras otros pagaban con la vida ó el destierro el haber simpatizado con sus tendencias.

Como todos los grandes genios, tenía ideas de tal fuerza, que reducían á cenizas, á humo, las contrarias. Así, se le aplicó la pena de los incendiarios; ¡y fué á desaparecer

allí en medio de las llamas, para que sus ideas arraigaran y se extendieran sobre toda la tierra!

*
* *

Si fuéramos á creer á ciertos cronistas é historiadores protestantes que de él se ocupan, Servet, como teólogo y como filósofo, sería, según unos, discípulo de Zoroastro y de Manés; según otros, de Arrio y de Sabelíius; según algunos pocos, habría sido un *prisciliano* inspirado en Entichés. Su Filosofía habría sido una filosofía extraña, á la vez cristiana y panteísta, fanática y librepensadora, mística y atea. Y en todo esto hay un fondo de verdad, descontando las exageraciones infamantes que se encubren bajo esos dicterios de sus enemigos.

El pensamiento de este genio ardiente es á un tiempo libre y fuerte, á la vez que sutil y perplejo ante su propia profundidad. A veces en sus párrafos hay algo como soñado, algo de lo que los antiguos llamaba

el estupor divino. Sin cesar remueve en sus escritos un número de ideas dominantes á las cuales su espíritu se aferra con una obstinación apasionada y una energía de convicción indomable, y afirma más que demuestra; repite sus conceptos más que los desarrolla, y abunda y se exalta en sus propias ideas más que trata de imbuirlas á los demás. Es un filósofo de una gran visión clara, superhumana, genial, pero desordenado. Sus perspectivas están iluminadas por relámpagos, son fulgurescentes, no necesitan demostración alguna, por ellas solas se imponen; basta con enunciarlas. Tiene algo de Nietszche, pero como es latino es más elegante y más artista, y, sobre todo, más humanitario. Para él el amor al Hombre es lo principal. Por él escribió su *Cristianismi Restitucio.* Adora el Cristo histórico, pues es el Hombre Dios; y lo admira en el Evangelio de San Juan, pues, según este evangelista, es *el hijo del Hombre.*

Como Vanini, como Hutten, como Campanella, como Giordano Bruno, carece de órden. Hablamos de ese orden regular, práctico, metódico, de los pequeños talentos, de los espíritus críticos, de los no creadores.

Pero tiene el entusiasmo y el atrevimiento justo de los grandes genios que inventan y que hacen de él un clarividente, un profeta.

Literariamente, la ideación le domina. El lenguaje está subordinado en él siempre á la idea. Siéntese estrecho dentro del latín. Aquella lengua sabia, pero muerta, le cohibe y él la doblega á sus nuevas ideas con nuevos giros no castizos. ¿Qué importa? Así su latinidad se ennoblece. Aunque incorrecta y casi bárbara, resulta más clara, más bella y más humana. Su frase, casi siempre, se desarrolla fuera de las reglas clásicas Según los casos, á veces se complica y llega á tener nudosidades y repliegues. Otras veces se repite, vuelve sobre sí mismo, tanto que parece perdido y como si quisiera encontrarse á sí propio en el dédalo de su pensamiento, á la vez sutil y profundo. Y no obstante este estilo, que se separa de lo clásico, llega al *summum* de energía. ¡Sí Este espíritu al parecer confuso estalla en rayos luminosos que nos aclaran muy lejanas perspectivas. Este escritor árido no alienta con su imaginación, nos produce una meditación obstinada y fecunda, y nos reconforta haciéndonos vivir con nueva vida

al calor del fuego sagrado intenso que á él le consume. Bajo su lenguaje poco castizo, á través de sus afirmaciones obstinadas y de sus divagaciones panteísticas, en los circunloquios de su composición á la vez firme y exuberante, uno siente vivir y palpitar un alma inmensa y elevadísima y germinar un pensamiento libre, fuerte, sublime, penetrante, hallándose seducido involuntariamente por esa mezcla superior y extraordinaria de exaltación y de serenidad, de buena fe creyente y de orgullo heroico, de candor inocente y de dignidad inflexible, de lógica fría y de ardor creador apasionado. A la dureza del bronce une el esplendor del oro. ¡Tanto brilla, que hay momentos en que sus frases parecen las lenguas de fuego del Santo Espíritu!

IV

Servet entre Renacimiento y Reforma

ara llegar á comprender las teorías de Miguel Servet, su originalidad, la influencia que ejerció en los diversos países que él recorriera ó en los que leyeran sus escritos, y, sobre todo, los violentos esfuerzos que sus adversarios hicieron para ahogarlos en germen, hay que considerar el medio ambiente moral é intelectual del siglo XVI, en su primera mitad, pues lo de Servet es sólo el resultado de ello.

El Hombre es el producto del medio ambiente, así en lo físico como en lo intelectual. Y Servet no se sustrajo á esta ley. Aunque sus teorías fueran asaz originales, si analizamos atentamente el estado del espíritu humano en el siglo XVI, encontraremos sus causas inmediatas. Luego veremos las lejanas, ó sea la filiación de sus ideas en la historia del pensamiento humano.

Su libro fundamental en que se hallan sintetizadas todas las teorías de Servet, es el *Restitucio Cristianismi*, y éste, en verdad, no es el fruto de un espíritu solitario, la producción aislada de un genio extravagante, no es un sueño estéril de un hombre que viviera apartado de su época y de sus contemporáneos. Muy al contrario, es el resultado lógico, en una mente privilegiada, de la terrible batalla que estaban librando dos razas y dos principios opuestos, al terminar la Edad Media. Y Servet lo formuló costándole la vida.

La tempestad se formó á causa de dos corrientes enteramente opuestas. El Hombre, cansado de abstinencias, de mortificaciones, de penitencia, de sumisión, del *non sum dignus*, quiso glorificarse, y volvió la vista á

la antigüedad clásica, admirando el hermoso tipo humano que en ella floreciera. Por todas partes se manifiesta la misma tendencia, especialmente en los países mediterráneos. A ello contribuyó, no poco, la caída de Constantinopla y el desparramamiento por Europa de los tesoros del saber antiguo con la emigración de los Bizantinos. Así, en Italia, la pintura glorifica y perpetúa ya al hombre bajo formas esplendentes en el cuadro y especialmente en el retrato, poniéndole al mismo nivel del Dios ó del Santo. En la poesía el Héroe viene á ser el protagonista. El teatro se marcha de la iglesia, y no se cura de la vida y los martirios de los Santos, sino que en él se presentan de nuevo las humanas pasiones. La Filosofía helénica resurge renovada. Se ponen en boga los autores latinos y griegos, surge el Humanismo, posesionándose de las inteligencias más preclaras, y Platón vuelve á ser admirado, y la Eneida y la Iliada eclipsan á la Biblia.

La raza latina, enamorada de la vida y de sus espléndidas manifestaciones, transformaba ya su Catolicismo en Paganismo, y proclamaba como divinas todas las magnificencias de la forma, y aplaudía todos los

atrevimientos de las ideas libres. Las estatuas desnudas de Grecia y Roma ocupaban las capillas de los Santos y eran paseadas bajo palio, como obras que demostraban tanto como las Escrituras, la influencia de la Divinidad sobre la Tierra. Hasta los Santos, para ser adorados, toman prestadas á los dioses antiguos sus bellas formas, que cubren de hermosas y ricas telas bordadas de oro, enjoyándose con perlas y pedrería

De otra parte, de los países germánicos surge un movimiento de escándalo por parte de los que ven los dogmas amenazados, la severidad de las costumbres comprometida el cristianismo peligrando en lo que tenía de austero y el papado tomando parte en favor de lo primero y en contra de lo segundo, como si se hubiese convertido al paganismo. La raza germánica, preocupada de la cuestión de conciencia más que de la cuestión de vida, se declara en contra de Roma, que vuelve á las vitales tradiciones de la Belleza y del Saber antiguo. Y Lutero viene á representar este movimiento antirromano, que luego impulsan y extreman Knox en Inglaterra, y Calvino en Francia y Suiza

Pero la Reforma, esencialmente germán

ca, sólo proclama el cambio de forma del cristianismo para hacerlo más austero y más dogmático, más observante y más rígido, en oposición á los latinos, que iban más al fondo, pues querían volverlo al punto de donde había salido en su parte esencialmente humana y vital, es decir, al Humanismo y á la Filosofía griega. De la severidad del dogma, de la acción arbitraria de Dios, poco se preocupaban; para ellos el todo era la divinidad en el Hombre ó del Hombre.

Integrando en el Cristianismo, el Helenismo del Dios de vida, el Verbo, el Logos de Filón y de Platón, con la filantropía, esto es, la humanidad del Dios y la divinización del Hombre; y el Judaismo jehovista, ó sea la mortificación, el castigo, la omnipotencia y la arbitrariedad divina; los latinos quisieron hacer preponderar la primera parte sobre la segunda, y los germanos la segunda sobre la primera. Así surgió esta terrible lucha de la Reforma contra el Humanismo del Renacimiento; y Servet, con su genio inmenso y con su gran corazón, concibió un libro que no fué más que la cristalización del estado mental de la época, la personificación del alma mediterránea. Y entre cató-

licos observantes y protestantes puritanos, él opinó, y opinó lo contrario que ambos bandos.

Lutero fué un carácter lleno de osadía y de valor, pero no en los principios fundamentales, sino en los detalles, en la conducta. Y todos los adalides de la Reforma son lo mismo á poca diferencia. Swiglio, Knox, Calvino, Ecolampadio, Melancthon, no son más que unos rudos luchadores, seres tristes que no sienten el goce de vivir, tímidos en el pensar en cuanto del dogma se trata. Ninguno de ellos llega á Sozzini, ni de lejos, ni á un Vives, ni mucho menos á Servet. Erasmo de Rotterdam y Ulrico de Utten, son filósofos que, apasionados por el Humanismo, van en contra de la Reforma. Los protestantes tienen ideas pequeñas y se refieren únicamente á la economía eclesiástica de los dogmas y de la disciplina, pero son los más escrupulosos observantes de la fe antigua, tanto, que se remontan al Antiguo Testamento, y su dios es más bien el irascible Jehovah, señor dios de los ejércitos, que el Xrestos, dios helénico del Evangelio de San Juan, todo amor y todo vida.

Y esta supremacía absoluta de Dios sobre

el hombre, la formularon de una manera exclusiva y antihumana. A fuerza de meditar sobre el dolor en el mundo, convinieron en que el hombre era culpable y criminal de origen, por el pecado de nuestros primeros padres y, por tanto, en la necesidad y aun en la fatalidad del pecado en nosotros, y de ahí la santidad del castigo y del sufrimiento. San Agustín y el pseudo San Pablo les sirvieron de norma. Y sin el contrapeso de la vitalidad de las teorías de amor de los padres griegos, y de las del esfuerzo salvador de la voluntad y de la libertad de Pelagio, los protestantes perdieron el equilibrio y cayeron del lado de la muerte y del sufrimiento; y la audacia ruda de su carácter bárbaro, el ardor de sus almas de neófitos ignorantes, el vigor de su lógica sencilla, la dureza de su temperamento sobrio y absolutista, los llevaron á una doctrina extrema, terrible, la de la gracia gratuíta, de la predestinación por que sí y la del valor nulo de las obras delante de la terrible majestad de Dios omnipotente.

Feroz teoría que viene reasumida en este terrible dístico del *dies Iræ:*

«Rex tremenda magestatis
»qui salvando salvas gratis.»

Expuesto esto, se comprenderá que *la Protesta* lo fué sólo contra la tendencia humana y vital que en el Renacimiento se presentaba. La Reforma lo es sólo de detalles; no crea nada nuevo, al contrario, en el fondo defiende lo antiguo medioeval y aun lo judaico jehovista.

Ved lo que Lutero reforma: la misa se transforma en cena colectiva; el culto de los santos (los superhombres del cristianismo) es abolido; las imágenes (el arte en la antropomorfización de las ideas) son proscriptas; los sacramentos (ó sea la consagración de los principales actos de la vida) son suprimidos; las indulgencias (ó sea la caridad instituída en emanación de la divinidad) son rehusadas. Todo esto, que parece y pareció cambio fundamental, para nada toca el fondo dogmático del cristianismo medioeval. Al contrario, todo está hecho para acentuar la importancia arbitraria del dios de Israel y aminorar la del hombre, no sublimando ni su personalidad ni sus actos por medio de la consagración.

Todo el esfuerzo de la Reforma tendió no crear una moral nueva, más humana, sino hacer observar la antigua moral de una manera más observante y más severa, tal ual se desprendió de la constitución del ristianismo constituído en Nicea con estos uatro dogmas fundamentales: la Trinidad, Creación, la Encarnación y la Redención. todo su esfuerzo se dirigió á preservarlos el peligro con que los amenazaba el Renaimiento y purificarlos de los símbolos que, mbellecidos por el Arte, á sus ojos constiían una idolatría. En el fondo del Protesntismo sólo se divisa un odio á la vida, n rebajamiento del hombre en pro del Dios osoluto separado de la Naturaleza.

El dogma de la Redención, base del prostantismo, fué desarrollado de una manera clusiva. A fuerza de apoyarse en San Pao y en San Agustín, con la gracia por guía, yeron en la terrible doctrina fatalista de predestinación, haciendo que la gracia era completamente arbitraria y que las oras nada significaran. La arbitrariedad de gracia y la predestinación arbitraria; ¡paglorificar á Dios, le negaban la justicia! Servet, al contrario, significa la idea de

justicia y de amor al Hombre, todo el espí-
ritu de Filosofía y de Belleza de los medi-
terráneos, levantándose como una antipro
testa, empezando por interpretar libremente
la Trinidad, determinar conforme á la cien
cia la Creación, definir idealmente la Encar
nación, ó sea la presencia de la Divinidad en
el Hombre, y glorificar la Redención humana
por las obras, esto es, por el trabajo y la
producción. En suma, divinizar la acción

De estos dogmas, base del cristianismo
los tres primeros se remontan á una altura
metafísica en la cual las dificultades se des
vanecen ante la profundidad mística de las
ideas. La imaginación campea libre, la men
te se sumerge en el misterio y la inteligencia
se siente poseída de una embriaguez sagrada
que la mantiene flotante en un estado de
beatitud, al entregarse á su consideración
En cambio, el último, la Redención del pe
cado original, como lo resolvía la Reforma
sume en la desesperación y anonada al Hom
bre, pues se trata nada menos que del prin
cipal objeto de su vida, de su salvación.

El Cristianismo le había predicado como
de fe, el que era criminal de origen, que
había pecado ya en sus primeros padres, a

es de existir, por el sólo hecho de descender e ellos, y á esto los protestantes añadían ue era inútil todo cuanto se hiciera, estableiendo el monstruoso principio de la inaniad de las obras.

El perfeccionamiento individual nada sigificaba; sólo el Hombre podía salvarse por n acto arbitrario de la divina gracia; y ios ya tenía marcados de toda la eternidad los que debían de perderse y los que dean de salvarse. Y para esto el Cristo había ijado á la Tierra, había muerto en cruz, bía derramado su sangre, y este sacrificio vino se repetía en todo el mundo cristiano, da día en cien mil altares, para borrar la minalidad nativa de los hombres, y para e al fin y al cabo el propio Dios escogiera o unos pocos de una manera arbitraria, que les valieran á los demás sus buenos os! Este dogma inmoral y cruel que amiaba á los pobres de espíritu y á los ignotes, á una alta inteligencia llena del sentiento de justicia, como era la de Servet, pudo menos que sublevarla.

Servet se pronunció en contra de este ma con toda la fuerza de su alma de

hombre justo y con toda la tenacidad y energía de catalán y aragonés que era. Dotado de una gran facultad de imaginación, buscó el por qué y el cómo de este terrible problema, y creyó encontrarlo en un falseamiento del Cristianismo, ocurrido en el período eclesiástico romano, post-evangélico. Estudió á fondo los Evangelios, y el más sublime, el más puro, el más humano le pareció el de San Juan, y lo tomó como guía.

«*In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum* (1).

»*Oc erat in principio apud Deum.*

»*Omnia per ipsum facta sunt: et sine ips factum est nihil quod factum est.*

»*In ipso vita erat, et vita erat lux hominun*

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»*Et Verbum caro factum est et habitabit nobis.*

---

(1) Consúltese el Evangelio de San Juan en traducción del sabio judío español Cipriano de V lera, que está hecha directamente del griego, y r visado comparativamente con diversas traduccion del hebreo. En este versículo dice: «*En el prin pio ya era el Verbo*»... *Y el Verbo era Dios.*

En griego, donde dice *Verbum*, está escrito LOGOS, y en este pasaje dice como en latín IN IMIN, *en nosotros*.

En esto estriba todo el fundamento de la teoría de Servet.

«¡Sí! el Verbo se encarnó, se dijo, y habitó ó se alojó en nosotros, no entre nosotros. *In nobis*, IN IMIN y no *inter nos*, como traducen algunos.» He aquí la teoría del Cristo, ó de a presencia de la Divinidad sobre la Tierra resuelta en sentido humano, divinizando al Hombre. ¿Y en qué momento? «Siempre que l Hombre ha estado inspirado y en especial uando fué necesario para librarle del pe- ado. Antes, las emisiones del Verbo habían ido parciales en todos los hombres de genio todos los buenos que esparcían luz, que s el Cristo, el Verbo, el Logos sobre la Tie- a. Pero en Jesucristo fué total é irradió á dos de una manera clara y patente y, por nto, se han de salvar todos los que le si- an, todos los que sepan recibir la emana- ón divina y cultivarla, por sus actos de mprensión espiritual y por sus actos de nor y de caridad especialmente, actos que eden efectuar hasta los pobres de intelec- . *Las obras salvan, y únicamente las obras,*

y todos pueden salvarse por ellas. Al nacer y al morir Jesucristo, el pecado original desapareció del mundo totalmente. Sólo puede perpetuarlo otro pecado, que es el mal obrar.» Y en el Evangelio de San Juan se fija en que el Cristo, ó sea el *Logos* de Dios, es como El luz y vida, y es llamado *el hijo del Hombre,* es decir, la producción superior ó divina de éste, lo que hoy llamaríamos el superhombre.

Así, Servet hace un esfuerzo supremo para hallar ese cristianismo esencialmente humano á través de las estratificaciones eclesiásticas que lo cubren y lo desnaturalizan, y las va echando de lado, cual uno que hace excavaciones para encontrar un tesoro de arte y de belleza, una sublime escultura antigua, que va rompiendo y desechando todo lo que halla en las capas superpuestas que lo sepultan. Ved aquí el origen del *Restitucio Cristianismi.*

Y lo mismo que hizo por lo que toca á la *Encarnación* y á la *Redención,* hizo por lo que toca á la explicación de la esencia divina, de la Trinidad y de la Creación.

En la Trinidad sólo vió tres aspectos de la Divinidad, y en la Creación la omnipre

sencia activa, eterna é infinita de la divinidad, cuya esencia en lo que podemos conocer es energía manifestada por el movimiento permanente de la vida que de él emana. «*Homnia per ipsum facta sunt*, dice el Evangelio, *son hechas*, y no *fueron*. Es decir, son en todos los tiempos, ó sea siempre. Decir *hizo* sería negarle la Eternidad de su acción. Podría ser Dios eterno pero no Eterno Padre.

La injusticia y la crueldad de la *predestinación* y la *gracia*, tal como las proclamaban los reformados, debían de sublevar el alma noble de un pensador profundo como era Servet, en aquel tiempo. Servet, enamorado de la vida, viéndola por todas partes no podía convenir en que Dios fuera ese tirano omnipotente, arbitrario, maléfico, injusto, que resultaba de los dogmas de la Reforma, y exclama en un rasgo de indignación sublime: «¿Es decir, que somos culpables antes de haber hecho nada? ¿Culpables? ¿y por qué? ¿Porque otro infringió un precepto? Apenas existo, y no conozco ni el nombre de Adán, ni el mal, ni lo que es Dios, ni lo que soy yo mismo, y ya estoy condenado por toda la eternidad por una culpa de la

cual ni conciencia tengo? ¿Y por qué? ¿porque vivo? ¿Es decir, que la culpa es la vida misma? Entonces maldecid la Creación, ¡imbéciles! maldecid el Eterno padre y su Hijo que es la propia vida sobre la Tierra...»

. . . . . .

«¿Puede existir, decid, un dogma que condena la casi totalidad del género humano, de toda una eternidad, á expiar sin fin ni tregua en torturas inauditas, el crimen de un solo primer padre, causa primera y causa prevista por Dios de todos los crímenes? ¿Hay, decidme, un dogma más repulsivo á la conciencia de todo hombre justo? ¡Jamás! no, jamás la razón humana podrá aceptar vuestros malos dogmas, en armonía con vuestras almas feroces.»

He aquí el grito de indignación de Servet que se escapa de toda su obra. He aquí lo que produjo su *Restitución del Cristianismo* en contra de la *Institución* de su enemigo *Calvino*.

Miguel Servet resulta el gran genio en el cual la Reforma, al remover los dogmas de la iglesia católica, determinó por oposición esta nueva concepción del problema religio-

so, resolviéndolo en el sentido que hoy podríamos llamar vital y superhumano.

Con una lealtad y una energía dignas de un héroe, proclamó, á la faz del mundo, que el cristianismo todo entero estaba adulterado y había que restituirlo á su primitivo origen, anterior á Papas, á la Iglesia, al Clero y á Sínodos y Concilios.

¡O el cristianismo significaba la salvación, ó sea la compenetración de la Divinidad y del Hombre, ó no era nada!

Algunos le han comparado á Sozzini. Nada más inexacto. Sozzini quería desembarazar el cristianismo de toda metafísica. Servet, diferentemente de éste, era un teólogo filósofo con metafísica propia; y de lo alto de su sistema superfísico intentaba resolver en un sentido racional y humano todos los dogmas, y quintaesenciar el espíritu del cristianismo, que se le resuelve en un panteismo en cuanto de Dios y la Creación se trata, y en un alto humanismo en cuanto se trata del Hombre. Y decimos un sistema superfísico, porque en su sistema se eleva de las manifestaciones físicas á la divinidad, en la cual les busca el origen.

¿Es suyo este sistema? ¿Qué de original

tiene? Este sistema, en el fondo, es sólo el resultado, un reflejo del medio ambiente latino intelectual de su tiempo, en un sabio fisiólogo y astrónomo como él, que estaba dotado de una gran imaginación. El panteismo y la reivindicación del Hombre, o sea el Humanismo, palpitaban en la atmósfera durante toda esta época. Servet sólo le dió el carácter y le imprimió originalidad con sus observaciones y sus conceptos de Universo, con sus estudios de Astronomía, de Física, de Fisiología y de Medicina.

Servet difiere de su tiempo en que el Renacimiento empezó por pedir las concepciones científicas al saber antiguo y no á la observación. Servet, al contrario de la mayoría de los sabios contemporáneos suyos, cual Vesalio y cual Copérnico lo buscó y cual Paracelso en el estudio y en la observación del Hombre y del Universo.

Se habían resucitado, con la Belleza antigua, las escuelas de Grecia. Se había evocado, sobre todo, el genio de Platón, mano del Platón del *Phedon* y del *Banquete*, padre de ese idealismo artístico que en sus elucubraciones más atrevidas sabe conservar siempre la proporción, y cual los subli

nes artistas de la Grecia en sus creaciones iempre corresponde en la medida de la forna á la grandeza del asunto.

El Platón que se populariza en el Renaimiento no es ese; el Platón de Nicolás de Cuss, de Marsilio Ficino, de Patrizzi y de Giordano Bruno, es un Platon alterado, es l Platón egipciaco de Alejandría, un Plaón perturbado por las elucubraciones paneistas de Porfirio, de Proclo, de Jamblico de Parménides.

Además, toda una serie de ideas que haían estado en boga en el período de comenetración del Oriente con el Occidente, últimos del paganismo, época en que l Cristianismo hizo su aparición, volvieron presentarse de nuevo en el Renacimiento. Cual si el Cristianismo sufriera una conmoión que le hiciera salir á la superficie, el ajo fondo del cual surgiera, presentáronse speculaciones extrañas que habían alcanzao gran boga en el Imperio de los Toloneos, invadiendo hasta la Judea, sometida al mperio romano.

La Kábala, el Hermetismo ó Hermenéuca y el Mazdeismo, pero no el Iranio, sino n mazdeismo apócrifo que casi no tenía

de tal más que el atribuírselo á Zoroastro, volvieron á surgir en el Renacimiento. Esa idea, de una filosofía profunda y misteriosa, oculta bajo todas las fórmulas y todos los símbolos, de la cual los cultos y las ciencias no eran más que representaciones groseras y materiales del conocimiento de la Divinidad y de su acción en el mundo, esa tendencia teosofista ú ocultista cuyo saber superior era atribuído á Egipto, á Persia, á Babilonia, al gran Hermes Trimegisto, á Zoroastro y á los Teósofos Caldeos, esa idea que tanto preponderara en la Alejandría del Imperio griego, volvió á seducir las imaginaciones de una manera poderosa durante el siglo XVI, poniéndose en boga libros atribuídos á tales orígenes.

El célebre *Pimander*, los *Oráculos de los Magos*, el *Manual de Zoroastro* fueron tenidos por verdaderas fuentes de la sabiduría antigua, y tanta boga alcanzaron, que las ideas panteistas de que estaban llenos sedujeron muchas inteligencias y se infiltraron poco á poco en el Cristianismo. Así, los Evangelios, las cartas de los Apóstoles y hasta el Antiguo Testamento, eran explicados y aun descifrados con este criterio, de-

ido á la especulación oriental mística. Has-
ı, al resucitar la Antigüedad y con ella
. Filosofía griega, la escuela peripatética ya
ɔ nos comparece con su pureza original,
no animada de un espíritu plenamente pan-
:ista que rivaliza con el del Neoplatonismo.
Miguel Servet, en este medio ambiente y
studiando todo lo que en la época se pro-
ucía, con un candor propio sólo de los
randes sabios, se penetró de estas tenden-
as, y éstas le modificaron el Cristianismo
ue tan arraigado tenía en su alma, sin que
mismo se diera la menor cuenta de ello.
en su obra fué más allá que los protes-
ntes, sin intentar destruir nada, como aqué-
os, y sí sólo sintiendo profundamente y
ueriendo explicar lo que sentía y lo que
ensaba.
La Reforma fué, como hemos dicho, el
esultado en la mentalidad del Norte de Eu-
ɔpa, del espíritu judeo-cristiano, rechazan-
o todo lo que era pagano, ó sea greco-la-
no. Servet, al contrario. En el fondo es un
nóstico alejandrino, pues cual ellos se ca-
ıcteriza por apartarse de la teogonía ju-
aica, aunque inconscientemente. Al enamo-
ırse del Evangelio de San Juan, como aún

no existía la sabia exégesis de nuestros día poco sabía él que se acogía á la especulació griega del Imperio de los Tolomeos. As al corroborar su cristianismo por todas l fuentes del Saber antiguo, intuitivamente pr fiere las de origen griego, cual Parménide Proclo, ó Plotino, y rechaza lo antihumano; lo que rechaza es precisamente todo lo qu es de origen judeo-cristiano, aunque él n lo supiera.

Engolfado en esa atmósfera panteista re nante, Zoroastro y los libros atribuídos Hermes son citados en sus escritos para e plicar ciertos pasajes de las Santas Escritu ras, y para él Zoroastro tiene tanta ó má autoridad que Moisés, y Filón de Alejandrí que San Pablo.

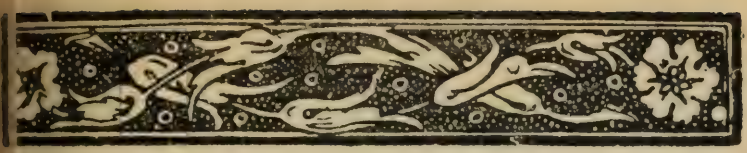
Hay momentos en que se embriaga d panteismo y, cosa extraña, cuanto más pan teista es, más cristiano se siente, llegando y á veces á un Cristo ideal que se confund con el Alma del mundo. El Cristo de Serve parece el *Verbo* de Filon de Alejandría, e *Logos* de Platón, el *Nous* de Basilides qu se une al hombre Jesús, el *Protoantropos* d los Ofitas, el *Xrestos* de Saturnino y todo los gnósticos. Su filosofía neoplatónica n

tenta, como en Sozzini y otros italianos, primir los dogmas; sólo los explica de una anera mística y natural á la vez, sin ad-rtir que al explicar los dogmas, los desva-ce, al interpretar los misterios, sin darse enta, los anula.

Al *Restituir el Cristianismo*, á su origen eco-alejandrino, no advierte que sólo le ieda en pie el Hombre divinizado, el hijo l Hombre, como dice San Juan, ó sea el oderno superhombre, y no el Dios hijo. Al vinizar al Hombre, dios se le ha fundido la Naturaleza, de la cual viene á ser el ma.

Esta tendencia, que procede de Grecia pa-ndo por Alejandría, no es que hubiese su-do un eclipse total en la Edad Media. esde los primeros siglos de soberanía ecle-ística, la vemos aparecer, á pesar de ser atematizada por la Iglesia, y levantar tre-endas herejías. Sabellius, Entichés, Scott igenes, Amaury de Chartres, David de nani, el llamado Eon de la Estrella en andes, el mismo Abelardo, los Hermanos l Evangelio eternal y el propio San Fran-sco de Asís, desde el fondo de la antigüe-d conducen directamente al Servetismo.

Y después de Servet, su filosofía la continúa Spinoza, Hegel, Schleiermacher, Strauss Renan hasta nuestros días.



V

Filosofía de Servet

L sistema filosófico de Servet es el de su tiempo: el panteismo naturalista.

El Renacimiento, cansado ya de la escolástica, volvió los ojos á la antigüedad, y cual la amó la Naturaleza. Y en su último período, en la primera mitad del siglo XVI mientras s espíritus religiosos, los místicos, los que se ontentaban con fórmulas, extremábanse en is teorías del pecado y de la culpa y ardían n deseos de anularse por un dios de muer-

te; los espíritus vitales se dedicaban á la verdadera comprensión de la vida en el universo, y de ello inducían su teoría de lo divino, no separando á Dios de la Creación, sino viéndole inmanente en ella. Los primeros fueron fabricantes de mártires; su lema fué penitencia, mortificación, sufrimiento. Estos últimos fueron esencialmente reparadores de la vida humana, admiradores de la Naturaleza, estudiosos de sus energías, entusiastas de sus bellezas.

El Cristianismo preludiaba su última época, como preludió la primera; volvía al panteismo metafísico, del cual había salido. En Italia y en varios puntos se reproducían las teorías de Alejandría como hemos dicho.

Pero lo más importante es que la salvación de la Humanidad, los latinos no la consideran obra de los moralistas, de los religionarios, sino de los sabios naturalistas, de los médicos; así veneran y siguen á éstos más que á aquéllos; hasta los que pertenecen al sacerdocio, cual Rabelais y otros. Varios genios científicos vienen á dar razón á esta tendencia: un eslavo, el polonés Copérnico, observando el cielo obtiene la revelación del verdadero estado de la Tierra

n el Universo, y se viene abajo el error
eocéntrico proclamado por todas las reli-
iones. Antiguamente ya descollaron algu-
os espíritus esclarecidos que habían sos-
echado y aun afirmado el verdadero lugar
e la Tierra en el sistema solar al cual per-
necemos. Pero no fueron escuchados. Sólo
gún espíritu curioso les hacía caso. Fué
ecesario el hermoso Renacimiento para que
sabio fuera más venerado que el sacer-
ote, para que pudiera ser considerado en
osesión de lo que antes se llamaban secre-
s divinos.

Ya en el año 520 antes de Jesucristo, Pi-
goras enseña que la Tierra se aguanta en
aire y que no está sostenida por nada.
s esférica, dice, y está aislada.» Pero na-
e le cree. Al poco tiempo, en 430 antes de
sucristo, Filolaus, contemporáneo de Só-
ates, explica que el globo terrestre gira
bre sí mismo en 24 horas, y que esto es
que produce el día y la noche; y toman
l aserto como una extravagancia original.
os Pitagóricos, Hícetos y Ecfantus procla-
an después el movimiento diurno. Y sólo
conforman con ellos sus discípulos. En

280 antes de J. C., Aristarco de Samos, cor temporáneo y amigo de Arquímedes, añad á la hipótesis del movimiento diurno la de movimiento anual, alrededor del sol, y ex plica públicamente la teoría completa qu más tarde Copérnico formulara en el Ren cimiento, colocando el Sol al centro de la órbitas de los planetas conocidos, formand ya así un verdadero sistema planetario. la Tierra es descrita en una época que dist de la nuestra dos mil doscientos años, co la misma órbita que hoy día le asignan lo astrónomos modernos. Pero todos estos gra des sabios no influyen ó influyen muy po en el espíritu de su época. Los dioses, luego Dios, son tenidos como los únicos r veladores del Universo, y estas revelacion sólo se las confían á los sacerdotes ó á l espíritus piadosos.

Copérnico nació en una época en que Dios hablaba á los sabios. Y Copérnico creído, hasta por los mismos religiosos, c mo lo es Servet en sus conferencias astron micas, que mandó publicar Paulmier, al dignatario de la Iglesia, como lo es G lileo, por más que el Santo Oficio le man negar su aserto.

Copérnico descubrió la tierra en la Crea-
ón; otros genios científicos van más allá;
escubren el Hombre, y su verdadera estruc-
ıra y funcionalismo. Vesalio encuentra su
ganización interna. Servet el origen de la
da, que halla debido á un fenómeno pri-
ordial análogo al de los universos. La cir-
ılación de la sangre es, en el cuerpo hu-
ano, lo que en el universo el eterno rodar
e la materia cósmica, que de nebulosa llega
ser astros y de astros mundos. Tal es el
jo líquido humano interno que se solidi-
fica en tejidos, todo por la esencia divina,
ıe es energía y creación permanente. He
quí que á Servet la Divinidad se le revela
e una manera más exacta y más espléndida
ıe á Moisés.

Y viene Paracelso, un celtolatino nacido
ı lo alto de la Suiza, y después de mil
bservaciones y de concentraciones profun-
ıs, la divinidad por medio de la Natura-
za le habla y le revela la comunidad, la
entidad del Hombre con ésta. «No creé
ı ser aislado sobre la Tierra—le dice el Eter-
o Padre,—mi Creación es continua y el
ombre es sólo lo mejor de la Naturaleza.»

Para descubrir este parentesco, esta comu-

nidad, era preciso un hombre que hubiera vivido en contacto con la gran Naturaleza de los bosques, de las montañas, de los valles, de los lagos. Paracelso había nacido y crecido en ese hermoso país de las montañas de los altos Alpes. A los treinta y cuatro años baja á Basilea, promulga lo que ningún Concilio jamás promulgara, lo que jamás Concilio alguno ya destruir podrá: una ley que, destronando el error antropocéntrico, destronaba al par que los tiranos religiosos, los tiranos de la Ciencia, en especial los de la Medicina, los griegos y los árabes, lo mismo Hipócrates y Galeno que Razés y Avicena. «Sabían lo que ellos podían saber en su tiempo—dice,—pero nosotros podemos saber más. Bastante hemos aprendido ya de ellos. Aprendamos, de hoy en adelante, de la Naturaleza, directamente.»

Paracelso escruta la Tierra, interroga las fuentes, conversa con las plantas, estudia los animales, busca la vida en todo lo que se mueve, en todo lo animado. Parece un amigo íntimo de los Alpes, un confidente de los Cárpatos, un amante de los valles del Tirol, un enamorado de los grandes lagos. Y en estas confidencias, estos amores, la Divina

lad hace que le revelen el gran secreto de prolongar la vida, de aliviar y aun de curar las dolencias; y la humanidad doliente le escucha y le sigue; y las desiertas selvas se llenan de pobladores, á su ejemplo.

Como Copérnico, fué un observador penetrante y dominó la observación, rectificándola y dirigiéndola, con la comparación por guía. Habiendo destruído la autoridad absoluta de los libros, puso en cuarentena otra, no menos engañosa muchas veces, la de las apariencias, la de los sentidos, y sentó que debía de rectificarse por impresiones sucesivas, dirigidas racionalmente. Fundó la serie.

Además, profetizó lo que ha demostrado la moderna Química, lo que después dijo Lavoisier, otro celtolatino, y es, que el Hombre es un vapor condensado que vuelve á su estado gaseoso. ¡Es un momento concreto en medio de una serie fluida!

Desde este momento, ¡qué nuevo aspecto en la comprensión del Hombre y de la Naturaleza! Ella y él, son sólo química, fuerzas, energías que se combinan! Entre el Hombre y la Naturaleza, la barrera ya está rota, y al romperse ésta, se rompe otra barrera, la

de los intermediarios entre el Hombre y la Divinidad. La medicina es química, y la vida que ella repara no es más que un movimiento químico también!

Desde este sublime instante del Renacimiento, ya se acabaron los milagros y las intervenciones sobrenaturales. El Hombre viene á ser omnipotente, pero por medio de la Naturaleza y en la Naturaleza. Dios aislado ya no es comprendido. Dios es ya inmanente en el Universo. El único milagro que todos reconocen y admiran es el eterno milagro de la Creación permanente, ¡el del Dios Padre eterno!

Paracelso comparece así como un Reformador infinitamente más grande que Lutero, cual Servet resulta colosal al lado de Calvino. En lugar del dogma de *la gracia* *la permanente energía vital* de la Naturaleza ella y el Hombre son consubstanciales; ambos son de una misma esencia; éste no es más que la mejor de las formas de aquélla.

¡Qué páginas las de Paracelso! Basta con leer lo que dice sobre la mujer. ¡Parece que el Padre eterno le inspirara!

«*La mujer es diferente del hombre; es un sér aparte. Así sus enfermedades son especiales*

les. Toda ella está bajo la soberana influencia de un solo órgano. «FONS VIVENTIAM», *la fuente sagrada de donde emana el torrente de la vida. ¡Es un mundo que precontiene un mundo!*»

El Hombre dignificado, levantado de la condena que la religión con su teoría del pecado original le había echado encima, ennoblecido por la pintura en el retrato y por la escultura en la estatua, al reproducir con dignidad su imagen, lo que antes no se hacía más que con las de los santos, el hombre es estudiado en lo íntimo. La anatomía y la cirugía surgen y son enseñadas públicamente. El centro docente fué la ciudad de París. Los dos héroes que tuvieron el valor de escrutar los divinos designios de la vida, fueron también dos celto-latinos: un catalán y un brabanzón: Servet y Vesalio.

El cuerpo humano, que durante tantos y tantos años había sido enterrado con el secreto misterioso de la vitalidad, con el mecanismo de su movimiento, fué abierto y mostró en sus entrañas el cómo de sus sublimes funciones. Las descripciones de Vesalio y de Servet y las planchas de Ticiano, nos revelan los secretos del Creador. Pero Servet va más allá; penetrado de la unidad

de la Naturaleza y del Hombre, descrita por el gran Paracelso, viendo los celestes movimientos interpretados por Copérnico, ve en el hombre un paralelo de las celestes esferas, un microcosmos del Macrocosmos, y le concibe según la misma ley, y cree que en el hombre todo se mueve, que su sustancia circula, como en los cielos los astros y la materia cósmica, y que en la circulación, en el movimiento estriba la vida. «¡La muerte es sólo un paro!»—exclama.

La sangre, una vez solidificada, hecha tejidos, es la carne, pero ésta es nutrida por la sangre líquida que toma un espíritu vital purificador, de la atmósfera. La sangre es sólo la sustancia del hombre, fluida, vivificada por el aire. Las formas figuradas del organismo nada serían sin esta fluidez, que permite su renovación continua y la expulsión de las partes gastadas, quemadas, fuliginosas. ¿Cómo circula la sangre, esta sustancia humana líquida vivificada? ¿Cómo se vivifica? A ello se dedica nuestro héroe, hasta que lo encuentra, destruyendo los errores antiguos.

Servet y Silvio en París y luego Acquapendente en Padua, describen ya las vál-

vulas del corazón, cuando Vesalio y Falopio aún las desconocen y nada saben de sus funciones. Y el gran Servet demuestra para qué sirven, é imprime su demostración en su gran libro, en el cual solemnemente afirma que la masa de la sangre sale del corazón para atravesar los pulmones, recibir allí su purificación por el aire, y libre de sus humores groseros, de sus materias fuliginosas, vuelve por la atracción al corazón mismo.

Un horror sagrado se escapó de los fanáticos que no sabían ver á Dios en la Naturaleza. El Hombre, debiendo la vida á la sangre y al aire, para ellos era negársela á Dios, al dios tripersonal de los espíritus dogmáticos. ¡Querer sorprender á Dios en su creación incesante del milagro interno mayor que el de la armonía de las celestes esferas! Qué heregía para los espíritus estrechos! Y estos fueron los protestantes!

Así, el siglo XVI resulta el descubridor del árbol de la vida, un siglo vidente del mecanismo vital, unificador de la Naturaleza. Desde este momento histórico sublime, el universo ya se sostiene para siempre sobre sus tres titanes, ¡Copérnico, Paracelso y

Servet! ¡Gloria á ellos! Ante tamaña concepción dinámica universal, un grito de admiración se escapa de la pluma de Rabelais, que exclama (1): «Los dioses tienen miedo.»

Con esta concepción monista y dinámica del universo, al querer buscar su gran concepción teológica y moral, ¿qué podía ser Servet más que panteista?

En aquel siglo en que se resucitaban las escuelas de la antigua Grecia y en especial á Platón y á los Neoplatónicos de Alejandría, Nicolás de Cuss como Marsilio Ficino, Patrizzi como Giordano Bruno, todos están influídos inconscientemente por ese panteismo platónico al igual de Servet.

Además, una serie de libros, apócrifos ó de dudoso origen, como el famoso *Pœmander* del Hermes Trimegisto, los *Oráculos de los Magos*, el *Manual de Zoroastro*, etc., circulan y se esparraman, son leídos con avidez y comentados con inocencia y entusiasmo, y merced á ellos las ideas panteistas de que están llenos estos libros se infiltran en lo

(1) Pantagruel.

espíritus, como hemos indicado en el otro capítulo.

Al mismo tiempo la Kábala reverdece con Pico de la Mirandola y Reuchlin, y como en tiempo de Akiba, mezcla á la interpretación de la Biblia especulaciones místicas y panteísticas que concurren á la obra de disolución general de las creencias antiguas. Hasta de una derivación de la escolástica surge el panteismo con Cesalpini, en Italia. Estaba en la atmósfera. Y Servet, con su concepción activa de la Naturaleza, no podía concebir la divinidad de otra manera.

En Servet hay dos corrientes que explican su sistema. La naturalista unitaria dinámica de la cual él fué uno de los tres colosos, y la moral humana. Enamorado del Cristo, ó sea del *Xrestos* griego (1), del Cristo del Evangelio de San Juan, todo amor y vida, no del Jesús judaico del Evangelio de San Mateo, menos del Jesucristo martirizado, té-

---

(1) En una carta á Calvino—archivo de Ginebra, sección de manuscritos, «Dios, dice Servet, *no sería Dios si no estuviera en contacto con todas las cosas. En cuanto al Espíritu Santo obra en nosotros es la divinidad que nos toca*» y adviértese que dice: *agit en nous*, en nosotros, y no sobre nosotros.

trico, de los siglos medios, concibe al hijo de dios, tan sólo como la emanación vital del dios Eterno Padre, sobre la Tierra. Ayudan á hermanarle estas dos corrientes en su espíritu, las lecturas de Parménides, de Plotino y de Proclo. Los libros de Hermes se las corroboran. Zoroastro vence á Moisés en su espíritu. Filón á San Pablo; Numenius se une á Orígenes en su mente; Porfirio á San Clemente de Alejandría.

Así, Servet es panteista y cristiano sincero; y la ciencia, la filosofía, no la aplica á destruir el Cristianismo sino á explicarlo en un sentido que lleve la vida, el bien y el amor al paroxismo. Quiere regenerar el Cristianismo moral, por el panteismo científico. Y á esto es á lo que él llama *restituirlo*. En el fondo es el continuador de la tradición cristiana de Sabellio, de Eutichés, de Scott Erigènes, de Amaury de Chartres, de David de Dinan, de los Hermanos del Evangelio Eternal de San Francisco de Asís, los cuales vienen á formarle una serie continua de predecesores. Y él es, á su vez, el antecesor de Spinoza, de Schelling, de Hegel, de Strauss y de Renán, como ya hemos indicado.

La idea fundamental del Cristianismo, que es esencialmente greco-egipcia, hay que decirlo muy alto, para los que no se obstinan en la tradición dura judaica, de ver en la divina tragedia un ejemplo de mortificación, de renunciación, de sufrimiento, los que tengan un espíritu vital y una mente libre, será siempre ocasionado á la interpretación leal y noble que Servet le diera. Su idea fundamental, la del Hombre Dios, ó del Dios en el Hombre, la Naturaleza Divina unida á la Humana en el Cristo, siempre darán lugar á interpretaciones de ese género. ¿Quién era el Cristo? Dios descendiendo de sus infinitas alturas, emanándose por un milagro del amor inmenso que forma su propia esencia; de esas alturas de la vida absoluta y del Bien absoluto; (*Agathos*, como decían los griegos) baja á la Tierra para llegar á ser Hombre y darnos el tipo de la perfección ideal, todo amor, el *Xrestos*.

Desde este momento, el hombre, siguiendo el divino ejemplo, es capaz de elevarse, del abismo en que le retiene sumergido su debilidad, y alcanzar las alturas sublimes del amor infinito. Tal es la teoría del Evange-

lio de San Juan, tal es la que informó todos los escritos primitivos de San Pablo.

Pero la mente humana ansía descifrar los enigmas, quiere penetrar los misterios. El Cristo es dios y hombre, todo á la vez. Hijo del hombre, ha sufrido pasión y muerte; hijo de Dios, ha vuelto á las celestes esferas á reunirse con el Eterno Padre.

Pero ¿cómo puede ser hijo de Dios é hijo del hombre á un tiempo? ¿Es hijo de dios tal cual lo son todas las demás criaturas de la Creación? ¿Es el propio dios hecho presente sobre la tierra bajo forma humana? ¿O es distinto del Eterno Padre que lo engendrara con una emanación de su Santo Espíritu en el seno de una mujer, María? ¿Preexistía ya en la Eternidad, ó existía de toda eternidad? O bien es que el hijo es distinto del Padre, al cual es inferior, formando el intermedio entre Dios y el hombre?

Además, el cuerpo del Cristo ¿era humano, como el de los demás hombres, ó era una divina apariencia antropomórfica? ¿La Naturaleza divina se unió á la naturaleza humana por completo ó bien fué sólo una parte del Dios eterno lo que entró en el cuerpo

de Jesucristo? Y estas dos naturalezas, ¿son distintas ó no después de su unión? ¿Hay dos personas en el Cristo, ó una sola? Si hay dos personas ó hipostasis, entonces no se fundieron las dos naturalezas. Si existieron las dos naturalezas, ¿cómo no reconocer en el Cristo dos personalidades, la Divina y la Humana?

Hay aún otro punto de vista. El Cristo, ¿vino á salvar al Hombre, tan sólo, ó al mundo? Para el Hombre bajó una sola vez, mas ¿para el mundo, para la Naturaleza, no baja periódicamente, cuando ésta recobra la vida en la primavera, y no se retira cuando se muere en el invierno? Las tinieblas de su muerte, ¿no quieren decir algo de esto? Estas cuestiones, que hoy harían sonreir á los espíritus científicos positivos modernos, por lo sutiles, en aquellas épocas en que la ciencia aún no había formado cuerpos de doctrina, apasionaban á los espíritus que se preocupaban de la explicación de la vida en el Universo. El misterio de la Creación, el de la renovación de la vida sobre la Tierra, eran considerados como problemas pertenecientes á la Filosofía, y aún más que á ésta

á la Teología ó sea á la Ciencia que trataba de las cosas divinas.

Estas cuestiones, aún engendrando lo que la Iglesia llamaba *terribles heregías*, eran las que daban vida y desarrollo al Cristianismo. En todo gran movimiento de las ideas humanas pasa lo mismo. Lo que da fe de su plenitud son las disidencias, las sectas, las maneras de ver diferentes. En cuanto se fija, se para, es que ya está muerto.

Y luego venía lo de ¿dónde hallar la respuesta á tales preguntas? ¿Dónde la solución de tales problemas? ¿En los Evangelios? ¡Inútil! Sólo en el de San Juan hay aquello de «En el principio de todo, *ya* era el Verbo y éste estaba con Dios, y el Verbo era Dios y se hizo carne, y habitó en nosotros.»

Luego el Verbo es eterno, y sólo es Cristo en cuanto desciende para hacerse carne! En los cuatro Evangelios simétricos, se respira la creencia de la divinidad de Jesucristo pero no hay más distinciones sobre su esencia, ni más definiciones que la indicada ¿Hay que buscarla en los Apóstoles? ¿En las Cartas de San Pablo? ¿En San Clemente de Roma? ¿en San Hermas? ¿en Sa

eneo? En éstos las indicaciones ya son ás precisas, pero no están del todo confor- es. En los padres griegos, las teorías son ás explícitas y concretas aún, mas en cam- o resultan mucho más discordantes. No hay ás que comparar las opiniones de San Her- as y de San Ireneo con las de Orígenes, s de San Justino, las de Tertuliano y las San Clemente de Alejandría. Cada cual ina diferentemente.

Sólo en Nicea se dió un poco de cohesión asunto, decretándose la humanidad cor- ral del Cristo.

En los primeros siglos, cada cual tiene su istología particular. Y los más santos no n los que después resultaron los más orto- xos. Y si no, véanse esos Concilios en que ís de cien obispos dan la razón á Arius, bien se reunen trescientos para condenar Atanasio las conclusiones de Nicea en lo e de más esencial tenían. El mismo San rónimo dice que el mundo entero se había elto Ariano. Y esto sin contar con las iniciones francamente panteísticas de la osis. Hasta se puede decir, en tesis gene- , que todos los que se han preocupado de

este asunto con una inteligencia vasta y pr
funda y con un sentimiento de amor unive
sal, le han dado una solución panteista.

Así, véase la idea que Servet tiene d
Cristo en sus libros: «*Cristo* es *el alma d
Mundo, más que el alma,* pues que él e
causa de nuestra vida.» Y esta idea, como e
el Evangelio de San Juan, se presenta co
frecuencia en sus escritos, «*Dios es la vid
la vida en el mundo es Cristo.*»

Continuemos extractando:

«*El Cristo no se personaliza más que en
momento de su encarnación terrestre.*» *El p
dre celeste ha puesto en su soplo su palabr
Llegó á ser el salvador verdadero, encarnaci
del Eternal divino Dios para nosotros, pe
no Dios en sí;* THEOS, *mas no* O THEOS.»

«*Dios quiso tomar en el mundo fisonom
visible.*» Y aquí, como San Pablo, cree q
«*vivimos en Dios, en El somos, y en El n
movemos.*» »*El verbo eternal es en Dios. Cuan
se manifiesta como Jesucristo sobre la Tier
es Verbo eternal que ha tomado forma visi
Cristo histórico al cual Dios mandó su San
Espíritu en el momento del bautismo. Y despu
de su vuelta á Dios, es Verbo eternal, en
Y no concibe que en Dios pueda haber p-

sonas, ó mejor dicho, que sea uno y trino. Por esto niega la trinidad, pues que las personalidades no son eternas ni infinitas, sino limitadas y perecederas por sus atributos inherentes.

No queremos molestar á nuestros lectores dando una extensión demasiado grande y sin gran importancia, hoy día, á esta cuestión teológica. Sólo á breves rasgos trataremos de dar una idea de la metafísica de Miguel Servet, desarrollada en sus obras, especialmente en el *De los errores de la Trinidad,* en los *Diálogos* y en el *Christianismi Restitucio,* para que se entiendan estas teorías sobre Dios, el Cristo y el Hombre.

Servet parte de que Dios, considerado en las profundidades de su esencia increada, es absolutamente indivisible. Es, para el hombre, incomprensible é inimaginable. Así lo afirma en su primer libro *De los errores de la Trinidad.* «*Invisible Dios, el cual fué antes de la creación del Mundo y es para nosotros ininteligible é inimaginable.*» Y en los *Diálogos,* repite: «*Dios en sí mismo ininteligible es.*» Y en su *Restitución del Cristianismo:* «*La mente que intente comprender á Dios, se equivoca, porque es incomprensible.*» Su Dios

tiene algo del de Numenius y de Plotino, y aun diremos de Zoroastro. No es el Dios impasible de ciertos gnósticos, sino un Dios vivo que obra y crea por las necesidades de su esencia, siendo todo energía y vida.

Se manifiesta en la Naturaleza, y es la Naturaleza misma, pues produce todas sus formas y monta y desciende con ella, llenando todos sus grados y sus aspectos. A los mortales, sólo se nos manifiesta bajo la condición del Espacio, del Tiempo y del Movimiento. Pero, tomado en sí, es la Unidad absoluta, el Sér puro, la substancia absolutamente indivisible é incomprensible; es el desconocido, el inefable, el infinito, y se parece al *Abismo* de los Caldeos, al *Uno* de Plotino.

Su Dios hemos dicho que era esencialmente activo, vivo y hasta podemos decir que es la Vida misma. Leed todas sus obras y encontraréis en varios de sus párrafos que la Creación es su substancia, substancia ilimitada, de la cual no se concibe ni el principio ni el fin, ni en lo infinitamente grande ni en lo infinitamente pequeño, especie de Océano inmenso, sin ningún límite en ningún sentido, del cual continuamente emergen y

en el cual continuamente se transforman las criaturas, manifestaciones pasajeras del Sér en sí, omnipotente, eternamente vivo y eternamente activo.

Las radiaciones divinas en su más alta acepción son luminosas, son las ideas nuevas, las concepciones geniales. «La luz emanada de Dios es más que un fluido, más que una fuerza—dice;—es el principio formal de las cosas, dotado de una virtud propia que comunica á la materia inerte, la que á su vez no es más que luz condensada», como si dijéramos energía solidificada; y «la luz es la que pone el infinito en relación con lo finito, lo divino con lo humano.» En su panteismo místico llega á decir que Dios es luz, y que la luz es la vida y hasta que la materia no es más que la luz condensada, idea genial que preludia la de los científicos modernos que afirman que la materia, el átomo, es sólo concebible como un centro de fuerzas ó de energía. El decía luz, y la luz para él era Dios, y Dios energía. La vida es Dios en los seres, y la muerte es su negación; pero ésta en sí no existe, pues la vida existe siempre, y Dios lo llena siempre todo, y sólo cambia de forma aumentando ó

disminuyendo en intensidad. Por esto considera el contrariar, el menguar la vida, la mortificación, como el más grande de los sacrilegios. El dolor no es más que el grito que lanza lo creado al sentirse disminuir la vida, ó sea la impulsión divina.

En el sistema metafísico de Servet, Dios está encima de todo, en todo y por todas partes; luego, como ya hemos indicado, vienen sus emanaciones las ideas; después, los seres; y estas tres realidades marchan siempre hacia la Unidad universal.

El Dios en sí, no es Inteligencia, ni Amor, ni Espíritu. Y es todo esto en cuanto se manifiesta en la Creación. ¿Y cómo? Por medio de las ideas, que son el tipo preexistente de las cosas. Y ya estamos en los arquetipos de la Escuela de Alejandría.

Dios es la unidad absoluta que todo lo unifica, la esencia pura que todo lo esencia ó que á todo da el Sér *(essentia essentians)* La esencia, la unidad, descienden de Dios á las ideas y de las ideas á todo lo restante. Es un Océano eternal de existencia del cual las ideas son las corrientes, y las cosas las oleadas (1).

(1) *De Trinit.* IV, p. 125.

Hay tres mundos á la vez distintos y unidos: en la cúspide está Dios en sí mismo, absolutamente simple, inefable; en medio, la eterna é invisible luz de las ideas; abajo de esta escala infinita, se agitan los seres. Los seres están precontenidos en las ideas, las ideas en Dios. *Dios es todo, todo es Dios* (1). Todo se une, todo se penetra, y la ley suprema de la existencia es la unidad universal.

La unidad, la armonía, la consubstancialidad de todos los seres, he aquí el principio que sienta Servet, el mismo de las Escuelas Filosóficas de Jonia y de Elea, el mismo que inspiró más de una vez á Platón, el que embriagó á Plotino y á los Alejandrinos, el que informó á Sabellins y á Eutichés, el que llevó á la hoguera á Giordano Bruno, el que hizo escribir á Spinoza y á Schelling.

Según Servet, «todo es uno»; he aquí el misterio de los misterios, la llave de todos los símbolos, la última palabra de la Ciencia divina y de la sabiduría humana. El Evan-

---

(1) *De Trinit.*, diálogo A, pág. 184 de Mead.

gelio ha venido á dar á esta comprensió suprema el sello de la consagración. «*Quie me ve*—dice Jesucristo,—*ve mi padre.*—*M padre y yo no somos más que uno*—dice Sa Juan.—*Nos ha hecho participantes de su Es píritu.*

Así, los Evangelios como la Ciencia, l Razón y la Fe, las observaciones de los sa bios y los símbolos de los Santuarios, tod conviene en la proclamación de la consubs tancialidad universal de todos los seres (1)

Y Servet estaba tan convencido de est doctrina, que aun ante la muerte, delant de sus jueces, delante del feroz Calvino, tuv la entereza de confesarlo. En el tribunal d Ginebra, el cruel reformador le dirige est pregunta, como una suprema acusación:

«¿Sostienes tú que nuestras almas surjan ó sean una derivación de la substancia divina, y que, por tanto, haya en todos los seres una deidad substancial?»

—«*Lo sostengo*»—respondió Servet á Calvino.

—«*¿Es decir, ¡miserable!*—repuso éste fu-

---

(1) Estúdiese *Crist. Restitución*, lib. IV, ad calcem.

rioso, repiqueteando con los piés el suelo,—*es decir, que este pavés, que yo estoy hollando, es Dios?*» «*¿Es Dios lo que yo estoy pateando?*»

—«*Sin duda alguna*»—respondióle nuestro héroe, impávido.

—«*Así, pues*—continuó Calvino, irónico,—*¿hasta los diablos contienen á Dios, ó provienen de El?*»

—«*¿Lo dudas?*—repúsole Servet en tono indomable.—*Los diablos nacieron ángeles, hijos de Dios. Mira la Biblia en hebreo, y si sabes leer verás que les llama Beni Eloim.*»

El Hombre es el resumen del Universo, lo más perfecto de la creación conocida, un microcosmos penetrado por la energía divina, y ésta llega á él en forma de espíritu, por emanación.

La más completa y la más perfecta de estas proyecciones de *El Infinito*, es el Cristo, que sobre la Tierra es el hombre Jesús y se manifiesta como palabra divina de Verdad, pasando de la categoría Metafísica de hipostasis divina á ser Divinidad en este mundo. En este momento histórico todas sus deas son de Dios, como sus actos, y representa el tipo ideal de la Humanidad.

«Hasta el presente—dice el ilustre teólogo,—cuando se habla de Cristo, se le toma en el primer día de la creación del Mundo; pero yo empiezo á estudiarlo en el Hombre Jesús, el cual fué azotado y ultrajado por los Judíos bajo el dominio de Poncio Pilatos. Jesucristo es Dios, no por naturaleza, sino por el privilegio de la gracia. El Padre lo santificó, lo ungió y lo glorificó.»

Completamente al revés de muchos teólogos que han tendido á la antropomortización de Dios, Servet diviniza al Hombre, especialmente en Jesús de Galilea, luego en todos los genios que la Humanidad produce y va produciendo. Así, insiste siempre en la idea del Dios impersonal, que se objetiva sobre la Tierra en el Hombre, y así se pone al alcance de nuestros sentidos, á fin de ser el guía para que, comprendiéndole, podamos llegar á adquirir con El la mayor semejanza y á obtener la divinidad del espíritu. Impulsado por tal concepción, da una gran importancia á las obras, y llega á decir que sin el bien obrar la fe sería sólo como un címbalo que únicamente esparce sonido. La fe tiene que mostrarse de una manera positiva, haciendo el bien á todos los seres y en es-

pecial á nuestros semejantes. Niega la predestinación. Dios no predestina, pues en El, el pasado, el presente y el futuro coexisten en un mismo plano, es decir, son en El y no existen como á tales. Y en cuanto al Hombre, son los actos y el uso que hace de su libertad, de su energía, lo que determina su porvenir, es decir, lo que los teólogos llaman predestinación. Esta no es más que una manera estrecha de ver de éstos.

La Fe puramente mental que reclama Calvino, él la rechaza. La Fe, para Servet, se demuestra en los actos, como la libertad es sólo una condición de la energía individual.

Partiendo de tales ideas, se comprende su antitrinitarismo. Así exclama: «Los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo, no hay duda que se encuentran en las Escrituras; pero es sólo para designar el mismo Dios, bajo los diversos modos de su acción sobre el Universo.» «Y en lugar del Dios Unico, nos presentáis—dice, dirigiéndose á los trinitaristas,—tres hipostasis divinas. ¿Son éstas, tres substancias ó tres esencias? En todo caso, resultan tres Dioses. Respondéis que son tres personas; pero la personalidad no

se puede dividir, ó es una ó no es. En esto no caben medias tintas: ó no hay en Dios más que una substancia, una esencia, ó hay tres Dioses. ¡Qué absurdo más grande que ese triteismo, y qué abismo de contradicciones!»

Y en otro lugar añade: «Extraño Dios, el vuestro, compuesto de tres Dioses por adición, Dios tripartido, hecho pedazos.»

Como hemos dicho, más que el Dios incomprensible, lo que le preocupa es su realización, su humanización sobre la Tierra: el Cristo, que es la propia substancia del Padre hecha visible.

Y se apoya en el pasaje del Evangelio de San Juan, en que Jesús termina: «*Mi padre y yo no somos más que uno.*»

¡Con qué entusiasmo habla de ese Jesucristo que él concibe á la vez místico y real! Sus palabras adquieren el acento del canto de un poeta épico (1).

---

(1) En todos los escritos de Servet se ve como si estuviera poseído de una embriaguez divina. Las ideas de luz, de energía y de vida, en él son sinónimas de divinidad, y en su mente lo iluminan todo. Hablando de la divinidad se entusiasma y siente en Dios el infinito increado y eterno que comprende todas las cosas conocidas y por conocer, y aun lo que ni siquiera soñar podemos.

«...Lo mismo que la luz del Universo está condensada en el Sol, y de él se esparce para disipar las tinieblas, así esa luz primordial y substancial de Dios, es en Jesús, y nos inunda con sus rayos.» Más cristiano que todos para creer y amar, no necesita más que de la presencia ideal del Cristo, del Cristo histórico, humano; que resucita, cura y perdona, que alimenta y reconforta. El es todo el Evangelio, en él está la verdadera Iglesia, sin dogmas, ni liturgia, ni teologías sectarias; sin Papa, ni obispos, ni sacerdotes, ni sínodos, ni concilios! «¿Quiénes son los hombres que pueden representar, imponer y declararse intermediarios de El, del Señor, del hermano, del amigo y del consolador que nos ha amado tanto, que para inspirarnos ofreció gozoso su vida?»—exclama enfrente de los protestantes y los católicos.

Antes de todo, hemos de hacer observar que Servet era un filósofo de buena fe que, enamorado del tipo de Jesucristo que se presenta en el Evangelio de San Juan, había concebido un cristianismo primitivo, todo amor y todo vida. Las opiniones que sobre él expone, forman lo que hoy podría lla-

marse una Cristología filosófica. Sostiene la eternidad de la Creación, aunque no la eternidad de la Tierra, y el Cristo es para él la presencia de Dios en ella.

Así, en su *Christianismi Restitucio* predica teorías de amor, de caridad, de organización vital, de entusiasmo espontáneo, que son la negación de la liturgia, del símbolo tomado como cosa existente, de la teocracia y hasta diremos del sacerdocio como clase organizada.

Resumiendo las ideas de Servet, sentaremos que son un compuesto de panteismo y de misticismo cristiano. Su característica es la de haber sido influído por el movimiento filosófico del Renacimiento y por el movimiento religioso de la época, que buscaba una forma diferente de la que representaba la Iglesia. Y con la tendencia á la reivindicación del hombre, que se declara al final de la Edad Media, él hace concurrir los dos movimientos en uno solo, que es el que viene condensado en su libro *Restitución del Cristianismo,* que le valió morir devorado por las llamas.

La *Restitución del Cristianismo* nos parece, y así lo han juzgado los protestantes

liberales y antitrinitarios, una obra firme y sincera, de alta piedad y de generosidad altruista; de gran ciencia y de una filosofía sublime. No importa que en ella puedan encontrarse extraños sueños de terapeuta, estravagancias ideales, sutilidades metafísicas; pero para el que sepa abstraer el espíritu y las ideas y desechar la escoria de los escritos, la *Restitución* se le presentará siempre como una obra genial de verdadera purificación religiosa y de elevación humana, sólo velada por las preocupaciones ó resabios del siglo, que son como ligeras sombras sobre su fondo esplendoroso. En ella se hallan, á más de los más altos conceptos, todas las tendencias teóricas y prácticas destinadas á substituir los groseros errores de la Iglesia romana y de los doctores de la tan decantada Reforma; y lo que vale tanto ó más que todo, la descripción de la circulación de la sangre y el mecanismo de la vida.

El proyecto grandioso de una purificación del Cristianismo, libre de todo lastre dogmático, litúrgico y disciplinario eclesiástico, no pudo triunfar, porque las ideas de Servet eran demasiado filosóficas para entusiasmar á las masas. Era demasiado ideal, dema-

siado divino, para penetrar en la gran bestia humana que palpita en la plebe creyente. Esta, en todo caso, sólo podía comprender un cambio de Forma, y á los que estaban descontentos de Roma, les bastó con una protesta.

TERCERA PARTE

El martirio de Servet

I

Exodo de Servet

amos á seguir á Servet escapado de la Inquisición de Vienne, para no dejarlo ya hasta después de haber muerto mártir en Champel, mandado condenar por Calvino á la hoguera. Al fugarse de la cárcel de Vienne, según resulta de todos los documentos que hemos consultado, anduvo errante divagando durante algún tiempo. Parece ser que se refugió en Anglás en un castillo de un

noble amigo de Paulmier, y también en algunas abadías cuyos abades eran amigos del citado arzobispo y del prior del convento de la costa de San Andrés. Según una declaración suya, en el proceso, hubo un momento en que pensó en marcharse á España y hasta emprendió el camino, dirigiéndose á su patria; pero pronto volvió grupas, porque temió que allí, sabiéndose la sentencia de la Inquisición del Delfinado, los hombres armados de la *Santa Hermandad*, lo prendieran y lo pusieran á disposición del Santo Oficio, y cuando el Emperador se enterase ya fuera tarde.

Así anduvo unos cuatro meses, escondiéndose en castillos y presbiterios amigos, tratando, al fin, de aproximarse á la frontera italiana. En Italia tenía entusiastas y de seguro hallaría protección. Pero era difícil entrar en ella por la Provenza y la costa. En Provenza, en aquel momento, los hugonotes abundaban, y los católicos estaban continuamente alerta. Unos ú otros que lo cogieran estaba perdido, pues allí no tenía ningún obispo amigo. Por tanto, había de entrar por los Alpes, por uno de los dos caminos practicables que entonces existían: el d

lago Leman ó el del Piamonte. Este último, no estando practicable hasta ya entrado el verano, tal vez no le pareció á propósito. Lo cierto es que, según confiesa en su proceso, después de haber renunciado á entrar en España, determinó pasar de incógnito por Ginebra y Alemania para entrar en terreno llano, dando un rodeo á los Alpes y poder marchar así fácilmente hacia Italia, en dirección «*á Nápoles, donde abundan los españoles, y vivir allí tranquilamente con los de su arte medical.*»

*
* *

El 14 de Junio del año 1553, cerca del medio día, llegaba un viajero misterioso á un lugar de la Saboya llamado *L'Eluiset*, situado al sudoeste de Ginebra y no lejos de esta ciudad.

En este lugar había la Abadía de Bellevive, de la cual dependía. Su traje de gamuza

gris y su *chapeau monté* con plumas, lo mismo que su espada, sus joyas y su buen porte, todo indicaba en él un verdadero gentilhombre. Un escudero de rostro tostado y enjuto que tenía los andares de un ex soldado, le acompañaba. Al entrar en la aldea, preguntó por la Abadía de Bellevive, y se la indicaron, pagando la indicación con un ducado de oro. Todo el mundo se inclinó á su paso.

La Abadía, ó convento de Bellevive, era de la Orden del Cister, y la abadesa era una alta dama de gran hermosura y de mayor talento, que pertenecía á la noble familia de los Viry. Isabel de Salenove, que así se llamaba la abadesa, era, á lo que dicen las crónicas, una mujer notable por su bondad, por su inteligencia, por su erudición y por su hermosa figura. Su trato y su bondad seducían aún más que su saber y su presencia majestuosa.

El viajero y su escudero, que no eran otros que Miguel Servet y su escudero Benito, se apearon delante de la verja de la Abadía, tiraron de una cuerda que pendía al lado de la cancela, sonó una campana y salió una religiosa á recibirles, la cual, vista una carta que le enseñó el caballero, los hizo

entrar, cerrando inmediatamente la cancela con los cerrojos.

*
* *

Servet y su criado fueron alojados en la Abadía, tal como correspondía á cada uno. La carta de recomendación que él presentara, era afectuosísima y venía de Monseñor Paulmier, arzobispo de Vienne, en el Delfinado, uno de los amigos de la ilustre abadesa. Así, Servet fué atendido como un príncipe. Parece ser que Isabel de Salenove era una de esas mujeres del Renacimiento, de temperamento artístico, que participaba, cual el arzobispo amigo de Servet, de la corriente humanista de la época. Dedicada al estudio de los clásicos, estaba enamorada de la Belleza antigua, y cual ciertos papas y muchos cardenales, veía en el Arte una de las mayores manifestaciones de la Divinidad, considerándolo con la Ciencia, al nivel de la Virtud. En ella el Cristianismo

venía confundido, ó mejor fundido con e paganismo. Y definía á Dios con cierto teólogos de la época, diciendo que era *amo* y *sabiduría*. Servet quedóse en la Abadía, lo que resulta, retenido por los encantos d la abadesa Isabel. Iba allí recomendado ella por Paulmier, sólo para que le procu rara el paso, de una manera segura, po Ginebra, á fin de llegar á Italia, pues s dirigía á Porticella, la casa paterna de lo Franciscanos, en la cual tenía ya amigo por haber estado en ella hacía años con s maestro Quintana. Recomendado por Pau mier y en los estados del Emperador, al hubiera podido permanecer tranquilo, eje ciendo la Medicina. A más, iba con el nom bre de Vilanova, que Isabel parece haberl aconsejado que cambiara por el de Villa monte, médico del gran duque de Milán con el cual tenía gran parecido. No se sab lo que en la Abadía pasaría entre Servet Isabel, sólo consta que permaneció allí desd el 17 de Junio en que llegó, hasta el 11 el 12 de Agosto. Algunos suponen que l abadesa se enamoró del sabio, cuyos libro la habían conquistado ya antes de conocerl personalmente. Otros niegan esto y supone

sólo que la comunidad de ideas y el común odio á Calvino los tuvo juntos todo este tiempo. Y á esto añaden, que la abadesa, que algunas crónicas suponen joven, era ya de alguna edad en aquella fecha. Del proceso y de ciertos documentos contemporáneos, se desprende que una gran amistad debió de unir á ambos personajes, por lo menos.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que todo aquel tiempo Servet permaneció en la Abadía, magníficamente alojado, hasta pasada la primera semana del mes de Agosto. Durante este tiempo, curó á varias religiosas que sufrían dolencias reputadas como incurables. Habiendo esto trascendido fuera del convento, de aquellos alrededores acudían las gentes á pedir por el amor de Dios á la abadesa que les prestara su médico para curarles individuos de su familia que habían sido desahuciados por los doctores del país. Pronto corrió la voz de que en la Abadía se hallaba uno de los primeros sabios de los Estados cristianos; y tanto corrió la voz, que Servet creyó que al fin y al cabo podría averiguarse quién era. Y como había sido condenado por la Inquisición, en el Delfi-

nado, y era el blanco de las iras de Calvino, viendo que allí se hallaba entre dos fuegos, determinó partir de la Abadía. A más, podía comprometer gravemente á su ilustre amiga y protectora, sin que esto pudiera á él salvarle en manera alguna.

En Vienne, la Inquisición le había condenado, el 7 de Abril de 1553, como reo de lesa majestad divina á «*estre bruslé à petit feu*», es decir, á ser quemado á fuego lento, en medio de la plaza de la Charnave, esto es, en el mercado de los cerdos. Ayudado por sus buenos amigos y por el alcaide, á lo que parece, como hemos indicado, logró escaparse de las prisiones del Santo Oficio. Su escudero, la víspera, había ido á ponerse de acuerdo con el prior de *La Côte Saint André*, íntimo amigo de su amo, y éste le entregó la suma de *trescientos escudos soles, de oro,* para que los entregara al doctor una vez evadido. Un escudo sol de oro valía lo que hoy valen 56 francos 66 céntimos de moneda actual francesa, suiza ó italiana. Así los trescientos escudos representaban 16,999 francos 98 céntimos; pongamos 17,000. El valor de todo en la vida ha cuadruplicado desde el Renacimiento, y, por tanto, el de

a moneda, que es su símbolo, hay que multiplicarlo por 4. Así hoy representaría que dicho buen prior le había hecho entrega de 58,000 francos en especie. Además, Servet llevaba encima por más de 12,000 francos en joyas (el toisón, las sortijas, la espada, etcétera, etc.), lo que le constituía ya una fortuna móvil de 82,000 francos actuales. El obispo Paulmier, que fué el que preparó su evasión, se dice que aún aumentó esta suma.

Hacemos constar esto para que se vea cómo una de las causas que perdieron á Servet fué, á no dudarlo, la codicia de los esbirros de Calvino, que husmearon la fortuna del doctor ilustre, en un tiempo en que los bienes movibles eran del que hacía la aprehensión.

Cuando se decidió á partir de la Abadía de Bellevive, con gran sentimiento de la abadesa y de toda la comunidad, entre Isabel y él combinaron el plan siguiente: Partiría por la mañana temprano dirigiéndose á Ginebra, donde se presentaría en la hostería de la Rosa con el nombre de Micaele Vilamonti, médico italiano. Allí comería y pernoctaría encargando una barca para el día siguiente á punta de día, la cual debía

conducirle al otro extremo del lago. De allí se dirigiría á Zurich, y en Zurich en casa de un amigo, para el cual ella le dió una recomendación calurosa, combinarían el medio de dirigirse, rodeando los Alpes, á Italia. Una vez en Italia, nada peligraba. Allí no había, á la sazón, reformados fanáticos y casi ni católicos intolerantes. Al contrario el Catolicismo se estaba descomponiendo, los papas juraban por don Júpiter del Capitolio los Franciscanos profesaban públicamente las teorías panteístas de su fundador, y la tolerancia era omnímoda (1). Allí, en Ferrara y en Venecia, se refugiaron varios discípulos de Servet que profesaban libremente sus teorías, los cuales, en Alemania, hubieran sido exterminados, lo mismo por los hugonotes que por los católicos.

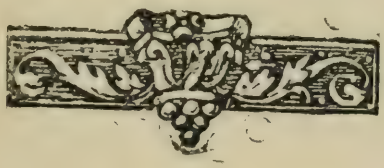
Así se dispuso que Servet saliera solo de convento y sin su escudero, el cual más tarde iría á reunírsele á Porticella. Y despidiéndose de su amiga, que le prometió entre lágrimas ir á verle á Italia, Miguel Ser

(1) La intolerancia en Italia vino después como una reacción provocada por los ataques del protestantismo.

et partió para Ginebra, despidiéndole toda a comunidad en el atrio de la Abadía. Su scudero lo vió partir, y después de salularle desde una altura, se echó á llorar omo un niño.

—¿Por qué lloras?—le preguntó la hernana portera. Y él respondióle contristado:

—¡Ay! ¡el corazón me dice que no lo voleré á ver más en la vida!



II

El gran enemigo

onocido ya Miguel Servet á fondo, como médico, como filósofo y como teólogo, con los principales accidentes de su vida, ahora vamos á verle entrar en Ginebra, donde empieza la tragedia con que termina su existencia. Mas para que se comprenda bien lo que allí pasó y su trascendencia, antes describiremos el medio ambiente en el cual se halló Servet al penetrar en ella. Y en este

medio, veremos la execrable figura de su enemigo Calvino, que transformara dicho medio ambiente, antes tan vital y alegre, en otro tristemente antihumano.

*
* *

¡Ginebra! Hermosa ciudad comercial, á principios del siglo XVI (1), altamente influída por el Renacimiento, la que á pesar de haber sufrido mucho, nada había perdido por eso de la alegría de la Naturaleza, en la cual parece estar inmergida. Su situación encantadora, llena de aire y de vida, á orillas de un lago, rodeada de bosques y sobremontada por el Montblanc de las nieves perpetuas, Ginebra, con su Ródano y su Arve, era el centro de la encrucijada de cuatro grandes vías de Europa. Allí confluían las corrientes de Francia, de Italia, de Alemania y de

(1) En 1535 había conquistado su libertad emancipándose de los duques de Saboya, y echando al obispo, se constituyó en República, sobre la cual se arrojaron pronto cual cuervos carniceros los hugonotes arrojados de Francia.

Hungría. Allí, en aquella época, había una circulación constante de mercaderes y de ricos viajeros, á la cual llevaban todas las expansiones de las ideas de Europa. Era una población franca, abierta al que llegaba. Su gente era ligera de palabra y de vida, pero de esa ligereza vital que vale más que mil profundidades tristes. Los habitantes acomodados tenían costumbres de comerciantes ricos y de grandes señores. Hospitalarios por naturaleza, recibían fastuosamente á los huéspedes extranjeros que allí llegaban con frecuencia. Canónigos y prelados, caballeros y príncipes, cuando querían descansar de sus fatigas de la Iglesia, del Estado ó de la guerra, todos iban á gozar de la vida á Ginebra. Era una ciudad de bebedores francos y de comedores refinados. Allí reinaban todos los *sports* de la época, desde la esgrima de espada y daga á la de espadón de dos manos, y de ésta al tiro de ballesta y de arcabuz. La caza, la pesca, la equitación, eran entretenimiento frecuente de sus patricios, los cuales llamaban á ello á sus amigos de otros países, invitándoles á grandes fiestas campestres ó sobre el lago. Gi-

nebra recibía contenta á los extranjeros, con una placidez y una jovialidad extremas, como si le hicieran un singular placer con lo de venir á compartir con ella sus más altas expansiones.

Su villa rival era Lyon, en el comercio mas por eso Ginebra no se preocupaba. Era heroìca en lo del saber vivir. Su gran cronista Bonnivand, á pesar de haber estado diez años encerrado en los calabozos subterráneos del Castillo de Chillón, no dejó luego de tener siempre esa intrépida alegría que le caracteriza en todos sus escritos.

En esa ciudad alegre y vital, la resurrección de la antigüedad clásica con su arte y su literatura había sido acogida de una manera franca y abierta. En completa consonancia con su carácter, imperaba allí una verdadera pléyade italiana, importadora de Renacimiento: los sieneses Lelio y Fausto Socini, el sardo Nicolás Gallo, el piamontés Juan Pablo Alciat, el napolitano Valentín Gentilis, Jorge Balandrata, Hipólito de Garignano, Gribaldi, Caroli y otros que luego persiguió y expulsó Calvino, literatos, artistas, comentaristas, pensadores, espíritus fuertes y libres, que sólo tenían por guía la

azón y por fuente de inspiración la Natura-
eza. Y éstos tenían grandes simpatías en la
iudad, en la cual habían influído altamente
racias á su saber y erudición y al tempera-
nento vital y humano de sus habitantes.

Júzguese, pues, de la impresión que debía
e producir sobre los buenos patricios de
Ginebra la llegada de Calvino, ese reforma-
or sombrío, malhumorado y misántropo, con
l carácter agrio y violento, con el corazón
eno de venganzas á lo israelita, sugeridas
or la lectura del Antiguo Testamento y su
dio feroz contra Roma y contra el Renaci-
miento, porque apoyaba la resurrección de
a Naturaleza esplendorosa, deslumbrante,
mbriagadora, llevando al paroxismo la vida.

Un historiador contemporáneo dice que,
l llegar Calvino á Ginebra, aquel paisaje
ital, fresco, esplendente, le chocó. Aquella
randiosidad de los bosques, aquella hermo-
ura de los jardines, aquella placidez de las
guas y aquella soberbia cadena de monta-
as dominadas por la nitidez altiva de las
isadas neveras del Montblanc, se le apare-
ó como una tentación, como una conspira-
ón de la Naturaleza en contra la austeridad
l Espíritu. Y como él odiaba la Naturaleza

porque ella no había sido espléndida con él, buscó para aposentarse la calle más negra más oscura, más sombría, desde la cual no se viera ni el bosque, ni el lago, ni los Alpes una calle que estuviera á la sombra húmeda y musgosa de los elevados muros de San Pedro.

Pero no fué sólo la Naturaleza lo que detestó en Ginebra Calvino. Más que á ella detestó á los hombres, porque éstos la adoraban. Antihumano y raquítico, tal como se alojó en la calle más húmeda y más lóbrega procuró rodearse de extranjeros tristes, poco avenidos como él á la vida de esa ciudad cuyos patricios eran alegres partidarios del goce del vivir. Desde que entró, aborreció casi tanto á sus amigos como á sus enemigos. Así, pensó en crearse un medio ambiente á propósito en armonía con su carácter agrio y sombrío.

*
* *

Calvino llegó á Ginebra cuando más de ciento cincuenta familias expulsadas de Francia, y al poco tiempo una turba de mil cuatrocientos dispersos, todos ellos protestantes

fugitivos de su país, buscando hacerse con una patria nueva en consonancia con sus ideales, cayeron encima de aquella buena ciudad que entonces apenas contaba con trece mil habitantes del país. Estos tristes emigrados llegaron á ella con el intento de hacerla su Ciudad Santa. Juntos formaban un total de más de cinco mil franceses hugonotes, avezados á la lucha, mártires muchos de ellos, que habían vertido su sangre y sufrido persecución, sedientos de venganzas bíblicas; y trataron de imponerse para realizar su austera institución de Reforma Cristiana, so pretexto de salvación del alma.

Al llegar los emigrados franceses, los ginebrinos, compasivos y hospitalarios, los admitieron y aun les dieron derechos de ciudadanía, sin ninguna prevención, pero ellos no tardaron en pagar la hospitalidad franca, con denuestos y actos de agresión, conduciéndose como en país conquistado. Los predicadores recién llegados empezaron por vituperar y anatematizar las costumbres propias del país helvético, calificándolas de malas costumbres, de impiedades y aun de crímenes horrendos. La escoria fanática de que se purgó Francia, no tardó en querer matar la flor

del Renacimiento que había arraigado en el partido de los antiguos patricios, que ellos llamaron indignos y *libertinos*. El protestantismo observante dirigió sus tiros contra el Humanismo, entablándose ya en seguida la hostilidad de la Reforma contra el Renacimiento.

Así la piedad se les volvió furor, y en cuanto contaron con algunos prosélitos del país, la mayor parte en las clases inferiores, empezaron á predicar la persecución y á perseguir, todo por la gracia divina y en contra del libre arbitrio. Su tendencia era agrandar el poder de Dios y empequeñecer el del Hombre, enfrente á los patricios humanistas que enaltecían al Hombre para librarlo de la fatalidad divina, por la libertad del pensar y la conformidad con los esplendores de la Naturaleza. Los partidarios de la Vida Eterna, como ellos se llamaban, se disponían á sembrar la muerte sobre la Tierra. Y el caudillo supremo de estas tristes huestes fanáticas vino á ser Calvino.

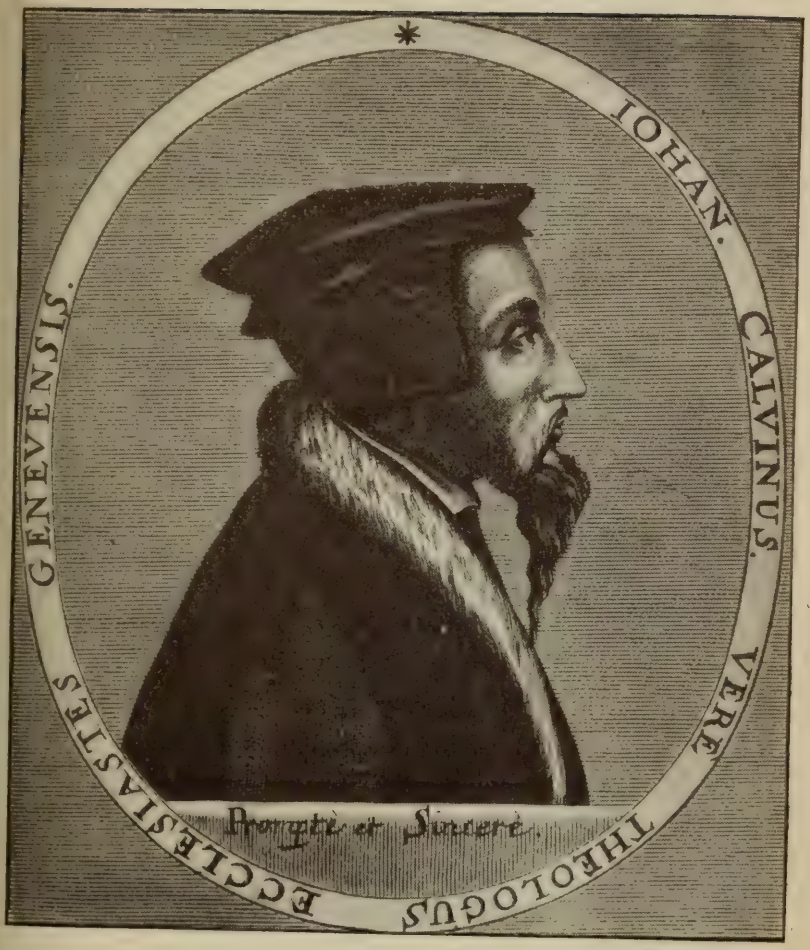
Farel, Viret, Froment, oscuros pastores protestantes, empezaron la propaganda en las masas, con tanta habilidad, que al cabo de pocos años lograron ya tener mayoría en

el Municipio. Dos causas influyeron en que los patricios ginebrinos no se opusieran á la Reforma.

La primera fué que todo el mundo sentía la necesidad de emanciparse de la ortodoxia romana y de su imperio eclesiástico. La segunda, fué una causa local, esencialmente de utilidad política para los ginebrinos. Y es que, rompiendo con el poder papal romano, se cortaba el último ligamento que podía aún unirlos á la dominación de Saboya; y por ende, afirmaban sus lazos de Federación con Berna y la mayor parte de los cantones suizos, fortificando y consagrando así su emancipación. Pero los patricios ginebrinos no contaban con que aquello provocaba aún más la invasión de emigrados, con ideas de una austeridad y una tiranía espiritual que ellos no conocían. Poco les importaba la purificación de la Fe, lo principal para ellos era la Libertad; y como dice un cronista contemporáneo, eran más devotos de la Patria que del Evangelio. Creyeron que con el libre examen aún serían más libres en sus costumbres y en sus ideas, y la esperanza de una mayor expansión les atrajo, sin sospechar que sólo se les invi-

taba á cambiar los moldes de Roma por otros mucho más estrechos.

En 1536, cuando vino á ponerse al frente del movimiento el austero é inflexible Calvino, con su observancia absoluta de una religión sombría, que tenía á sus adeptos en una dependencia y un terror continuo, con ese culto severo, imperioso en sus prescripciones y pobre en sus ceremonias, con una moral feroz que hacía de la expansión un crimen y del placer un ultraje á Dios, con la reglamentación minuciosa de las costumbres; todas esas tendencias observantes y depresivas no conocidas antes, sublevaron el ánimo de los antiguos ginebrinos bien nacidos, que las consideraron como antipatrióticas y antihumanas. El Estado, con los emigrados, se hallaba amenazado de volverse una Iglesia, el gobierno una teocracia, y los ciudadanos de Ginebra, los esclavos de un pequeño número de pastores reformados, que á su vez recibían las órdenes imperativas de Calvino, el cual, apoyado cada día por mayor número de refugiados que caían como moscas sobre lo que ellos llamaban la Ciudad Santa, amenazaba dominar los tres Consejos, el del Consistorio, el de los Doscien-



JUAN CALVINO

El gran enemigo de Miguel Servet
Nació en Noyon (Francia) en 1509
y murió en Ginebra en 1564

tos y el Consejo general. Un reformador francés, apoyado sobre los reformados de su nación, que cada día él naturalizaba en mayor número, llevaba trazas de convertirse en Rey y Papa de la libre ciudad de Ginebra, al segundo año de haber proclamado su independencia de Saboya y del Obispo.

El peligro de esa tiranía material y moral, fué lo que provocó la formación del partido de los antiguos ginebrinos, llamado por sus enemigos *Libertinos y Bebedores francos*. Al frente se pusieron los patricios más ilustres, los que habían conquistado no hacía mucho tiempo la libertad de la patria, los que profesaban el humanismo en la más alta acepción de la palabra. Sus primeros jefes eran d'Amied Perrin y Berthelier, y formaba en él todo lo más distinguido por el talento, por las armas y por el linaje.

Desde el primer momento, y al primer ataque, ganaron la partida; en 1538 expulsaron á Calvino y á Farel, pero su bondad les perdió, pues tuvieron compasión de los demás y los dejaron; y éstos, trabajando secretamente, fueron llamando á otros, y por fin, al cabo de unos años, teniendo ya mayoría en el Consistorio, revocaron el des-

tierro, y Calvino volvió, aprovechándose de esta vuelta triunfal para hacer aceptar definitivamente sus leyes.

Entonces la lucha se renovó con violencia. Calvino quiso imponerse por la audacia, la prontitud y la gran energía de sus medidas. Amied Perrin, el primero, se puso enfrente de él, ayudado del bravo Berthelier. Contaban mayoría en el Consejo de los Doscientos y en el General, pero Calvino dominaba en el pequeño Consejo que, para más seguridad, en cuanto lo creía necesario, reunía en el Obispado. Lo primero que hicieron los patriotas fué echar del Consejo de los Doscientos y del General á los que no fuesen ginebrinos. Así expulsaron á la mayor parte de los partidarios de Calvino. A más, habían determinado el desarme de los extranjeros. El capitán Favre no los quiso admitir ya en sus compañías.

A los pastores reformados se les impidió sentarse en el Consejo general.

Entonces Calvino, desde el pequeño Consejo, meditó un golpe de Estado, y empezó haciendo persecuciones. Al capitán Favre lo hizo prender. Multiplicó su policía; armó arcabuceros propios. Estos los reclutó entre

los emigrados franceses y algunos alemanes, soldados todos de los que habían padecido, de los que habían combatido, de los que habían sufrido persecuciones cruentas, de los que tenían odios que vengar; y con ellos se formó una banda de espadachines á sueldo, dispuestos á todo, combinando el plan para una represión horrible de los antiguos patricios de este país tan expansivo.

Calvino odiaba á los ginebrinos porque eran naturales y humanos. «Me son insoportables—escribía á Farel,—y ellos tampoco pueden soportarme. Tiemblo al entrar en esta ciudad de epicúreos.» Y luego añadía, dirigiéndose también á Farel: «No sé cómo podrá hacerse para que la Reforma pueda organizarse en esa pequeña República pagana independiente.»

Esta pequeña República, extensamente liberal y libre, tenía el territorio de sus alrededores entrecortado, casi invadido, por los grandes Estados. Francia la protegía en algo. Berna y los cantones suizos sentían una cierta comunidad con ella, pero esto no la privaba, al contrario, de sus temores de ser absorbida, y esto le creaba una situación de vigilancia permanente.

La emigración de protestantes perseguidos de Francia y de Alemania, creó en ella una población á propósito para un dictador espiritual, eclesiástico.

La antigua Ginebra humana, expansiva, alegre, amiga de la Naturaleza, luchó contra la avalancha abigarrada de extranjeros tristes que se le habían venido encima, que trataban de imponerle sus tristezas y sus abstinencias, capitaneados por Calvino. Los liberales, que eran los verdaderos ginebrinos amigos de Francia, lucharon como bravos contra esas multitudes taciturnas y malvadas que querían dominarlos. Su apoyo en Francia era el ilustre y humano Cardenal *du Bellay*, arzobispo de París, y como él eran partidarios del Renacimiento contra la Reforma. Querían arte, querían obras que quedaran y patentizaran el genio de sus autores, querían elevar y dignificar la vida de los ciudadanos, esos ilustres humanistas.

Calvino, al contrario, era un hablador que sólo tenía la continua manía de rebajar la vida y de despreciar las obras humanas. El mayor pecado, para él, era vivir alegremente. Y en esa Ginebra esforzóse para crear su nueva Jerusalem ascética, su ciudad de

los mártires, su ciudad triste de la renunciación y de la comprensión de todas las expansiones.

El edificio de la cárcel que existe aún hoy en la parte alta de Ginebra, conocido con el nombre de *El Obispado*, era, antes de la Reforma, como su nombre lo indica, el Palacio Episcopal de la ciudad y en él moraba el Obispo, como era de costumbre. Pero Calvino, al triunfar, reservó este edificio para las oficinas eclesiástico-inquisitoriales, que estableció, utilizándolo á la vez como cárcel.

El palacio del Obispado tenía en aquel tiempo grandes ventanas á los cuatro lados, y gracias á su posición elevada, desde allí se dominaba la ciudad y podía verse el lago Leman, la Salève y las montañas de los alrededores, cuyas dentelladuras forman un magnífico horizonte. Calvino, desde dichas ventanas, las más altas, vigilaba la ciudad y sus alrededores. A veces, por la noche, se trasladaba allí en secreto y velaba, observando si alguna luz movible revelaba circulación por el lago ó por las montañas. Siempre estaba en acecho. Temía que se le escapara aquella presa, y Ginebra era buena de guardar.

Tanto como en su policía y en sus hombres armados, Calvino apoyó su predominio en la oratoria. Su gran medio de imponerse era la predicación en San Pedro, delante de un gran auditorio abigarrado, compuesto de emigrados de todos los países. Muchos de ellos eran refugiados protestantes, pero había entre ellos una turba estrafalaria de la que en las guerras comete toda clase de tropelías y de crímenes, y que no pudiendo continuar en sus respectivas naciones se refugia con las emigraciones políticas y religiosas. Y con esta turba extranjera contó para elevarse y hacerse dictador absoluto.

Desde el momento, la lucha se entabló entre el poder eclesiástico y el poder civil, la libertad y el poder dogmático pastoral. Los patricios no cejaban, y Calvino estaba exasperado. Así escribía á uno de sus amigos: «Desde hace cuatro años, estos malvados han hecho todo lo posible para el derribo de esta Iglesia... Al principio, yo he penetrado sus tramas, pero ahora parece que Dios quiera castigarnos... Nuestra vida se pasa como si estuviéramos en medio de enemigos declarados del Evangelio.» Pero no por esto se amedrentó; siguió trabajando y

propagando sus ideales entre la parte más inferior del pueblo, y llegó un momento que, á pesar de los dos Consejos, apoyado en el Pequeño, llegó á imperar como jefe espiritual de Ginebra y, por tanto, á estar por encima del poder civil de los antiguos patricios.

Aquí es preciso que hagamos un estudio detallado de la personalidad de este reformador misántropo.

Calvino era de una naturaleza miserable. Nacido en Picardía, hijo de un escribiente de Noyon, cuando joven trabajó en la Curia eclesiástica y en el Tribunal del Rey; siempre criado entre gente de justicia y gente de leyes, de leyes de la Iglesia y de las del Estado. A los doce años ya le otorgaron un beneficio, por lo devoto y fanático que era; beneficio que él rehusó pronto para vivir de casi nada, pues su ideal era la pobreza. Su constitución era raquítica y endeble. Leyendo las Santas Escrituras se pasaba día y noche, tornándose delgado y macilento. Era miedoso y desconfiado, sombrío y mezquino, malhumorado y rabioso. Se escondía de todo el mundo, como si tuviese odio á la Humanidad. Era intolerante é intolerable.

No tenía expansiones ni alegrías de ningún género. Para él la ley y el dogma lo eran todo. Confundía la Justicia con el fallo condenatorio y con el castigo, y por Justicia entendía lo que decía Dios, y no había otro dios que la dictara que el Señor Dios de Israel, el que destruía los enemigos, arruinaba las ciudades é incendiaba los bosques.

Su libro, *Constitución Cristiana,* escrito en un estilo áspero, carece de todo encanto; sólo se percibe en él agresividad y dureza; nada de gracia. No tiene el hermoso esplendor de la luz del sol y la riqueza del oro como los escritos de Servet, sino el frío reflejo atemorizador de una hoja de acero que agujerea y corta. Es un libro todo de una pieza; lo impulsa una conciencia dura y absolutista y un carácter agrio. El aplicar Justicia, es su prurito, y al aplicarla, se cree en el deber de ajusticiar, como si una ley divina le obligara al daño ajeno.

Siendo legista y dogmático, de cultura y de carácter, sentía una áspera necesidad de hacer actos de persecución contra el error, y él entendía por error cuanto disentía de su manera de sentir. Se caracterizaba por el espíritu seco y duro de los tribunales ecle-

iásticos de la época. Para él, fallar era condenar sin apelación ni misericordia. Fué un fanático arbitrario, un Marat de la Reforma. El dogma judaico de la predestinación encontró en Calvino una máquina de hacer mártires. Muerto Servet, y después de su triunfo, diezmó á los ginebrinos sistemáticamente, como si fuese un azote del Dios de Israel.

Cuanto más se examina más uno se convence de que Calvino estaba afectado de monomanía religiosa, complicada de delirio malicioso de forma impulsiva. Era lo que se llama un criminal nato; tenía de ello todos los estigmas. El miserable estado de su salud explica sus actos de crueldad, que no serían explicables en ningún hombre sano. Sus sufrimientos físicos los extendía multiplicados á los demás bajo la forma de horribles tormentos; para comprender lo deteriorado de su organización, véase una carta suya, dirigida á los médicos de Montpeller, en la cual él mismo describe sus dolencias. (1). Según este documento, sufría de fuertes

(1) *Lettres choisies de Jehan Calvin, traduites en français par Antoine Tersier*, Colonia, 1602.

ataques reumáticos dolorosísimos. Luego tu
vo una fiebre infecciosa *(fievre quarte)*, ad
más tenía el mal de piedra y orinaba co
gran dificultad, expulsando arenas con dolo
(la pierre et la gravelle). Estaba afectad
de fuertes cólicos, de hemorroides, y á co
secuencia de la antedicha fiebre infeccio
le sobrevinieron grandes dolores en los mu
los, úlceras en el recto, dolores en los riñ
nes, orinando sangre, indigestiones, y u
bronquitis crónica que le produjo disnea
esputos sanguíneos. En resumen, una natur
leza degenerada en toda la extensión de
palabra.

Así se explica su crueldad y su carác
cruel y atormentador. No pudiendo goz
de la vida, quería privar á los demás de s
goces. El sufrimiento ajeno constituía pa
él una verdadera voluptuosidad.

Por medio de una disciplina eclesiásti
dura, emanada del Antiguo Testamento, q
so imponerse y suprimir las alegres costu
bres de los antiguos ciudadanos de Gineb
Odiando la Naturaleza cual los judíos, e
extranjero anatematizó como pecados horr
dos todas las expansiones de los hijos e
un país en el cual se vivía perfectamen

para imponer esa represión dura, apoyóse en Farel, que era otro emigrado, turbulento, de esos que manchan con sangre todas las causas, con la propia ó con la ajena, de esos que sólo pueden ser mártires ó martirizadores.

Farel era bajo, rojo de pelo y de barba, hombre de espada de nacimiento; un montañés del Delfinado, un testarudo, un hombre de voluntad de hierro, un apóstol monomaníaco. Era tan fanático, que su mayor placer se cifraba en atormentar ó ser atormentado. Cuando le disparaban, reía. Cuando le atacaban y le herían, después de caer se levantaba sonriente y continuaba prediando la renunciación, la predestinación, la intolerancia.

Al volver Calvino á Ginebra, á instancias de Farel, llegó con su libro *Institución del Cristianismo* y con un pequeño catecismo aplicable á las costumbres. Esto fué en 1541. La segunda edición de su *Institución Cristiana*, suministró la base de su organización intivital y antihumana. En seguida instituyó una comisión de pastores y de doce viejos laicos, para mantener las costumbres ascéticas, perseguir las expansivas, fiscalizar las

opiniones, censurar y condenar los infractc
res con reprimendas ó castigos personale
cruentos. El Consejo condenaba á pena
corporales y aun á la hoguera ó la horca
según el informe de estos inquisidores. E
esta Inquisición, su ministro especial, Nicc
lás de Lafontaine, dirigía una policía secret
que husmeaba lo más recóndito de las fa
milias, sobornando á los domésticos, introdu
ciéndose furtivamente en los hogares y ha
ciendo declarar por el terror á los débiles
á las mujeres, á los menores. Impusiérons
castigos crueles á los que guardaban en su
casas obras de arte, grabados, pinturas
estatuas antiguas ó del Renacimiento. E
desnudo vino á ser un crimen horrendo. L
horca era la única perspectiva de los que n
se resignaban á llevar una existencia trist
y retirada, renunciando á todas las expar
siones naturales. El que llegaba tarde a
sermón del pastor, tenía que pagar seis sue
dos de oro de multa; el que acompañaba
un amigo á la taberna ó á la cervecería
diez. Así, de rigor en rigor, viniéronse
prohibir los espectáculos, las danzas, las mú
sicas alegres, las expansiones patrióticas
hasta las exclamaciones naturales. Dos jc

enes fueron ahorcados porque él y ella se esaron. Aquel sodomita inmundo no podía ufrir la unión natural de los sexos (1).

En cuanto se bautizaba un niño, los parinos no podían retirarse hasta después del ermón del pastor, y no podían hacer ni omida, ni bebida, ni regocijo alguno bajo enas severísimas. Los hombres no podían compañar á las mujeres, menos bailar con llas. Un beso llevaba á la horca. No se odían llevar bordados ni colores vivos en os vestidos. Los acuchillados eran castigaos con la cuchilla del verdugo. Unos ciudaanos fueron encerrados varios días á pan agua en una cárcel lóbrega, porque en na fiesta comieron varias empanadas. Una eñora casada, por haber salido á paseo con n peinado á la italiana, fué encarcelada, tada con su peinadora. Un joven que fué orprendido jugando á los naipes, fué exuesto en público en un cepo, sin abrigo, ientras nevaba, desnudo, con la baraja ataa á la espalda. A un poeta, por haber he-

---

(1) Fuese verdad ó suposición, lo cierto es que n Francia se le había acusado de homosexualismo.

cho una canción de amor, se le dieron tantos palos como versos había rimado.

Ginebra se vió tiranizada por aquel monstruo que repudiaba el arte, la poesía y los espectáculos. Todas las manifestaciones de lujo, y aun de arte, fueron prohibidas; las fiestas fueron reglamentadas unas y suprimidas otras, la mayor parte. Los sitios de regocijo público fueron cerrados. Las hosterías y cervecerías vigiladas y cerradas á la menor queja de *epicurismo*. No hubo regocijo público ni privado que no fuera estrechamente reglamentado y cohibido ó prohibido la mayor parte de las veces. La alegría fué desterrada como si fuera un pecado horrible. Un velo de austeridad y de tristeza se extendió sobre toda aquella ciudad, antes tan viva y tan alegre. Hasta las fastuosas ceremonias del culto cristiano fueron suprimidas. Se rompieron las imágenes, se quemaron los cuadros y tapices en que estaban representados los santos; sólo una predicación seca y estéril, el culto de la palabra vacía, vino á ser el elemento principal de la Reforma evangélica. Hasta se condenó el canto armonioso. Se exigió que al canto se hiciera atendiendo sólo á la letra bíblica

Así su dominio espiritual parece una terrible pesadilla. No hay más que ver su código:

Muerte al blasfemo. Muerte al heresiarca y al hereje. Muerte al contradictor de la doctrina de Monseñor Calvino. Muerte al que requiriera de amores á una mujer que no sea la suya propia, aunque él sea soltero y la mujer sea soltera ó viuda. Muerte al que se haga decir la buenaventura. Muerte al que interprete ó juzgue las Santas Escrituras de un modo diferente de lo ordenado por los pastores adictos.

Para los jugadores de cartas ó de dados; para los que entonen cualquier canto que no sea el de los Salmos; para los que se entreguen á la danza; para los que hagan música ó la manden tocar, aunque sea en una boda; para los que no se rapen la cabeza; para los que se ricen el pelo ó la barba; para las señoras que se peinen á la italiana; para los que usen bordados, galones ó flecos, ó plumas que no sean negras, en sus trajes; para los que se alegren con el vino; para los que frecuenten los *cabarets* y las cervecerías; para los que salgan de noche después de la queda; para los que sir-

van de comer ó de beber, durante los sermones, aunque sea á los extranjeros; para el ciudadano de Ginebra que viva ó coma en una hostería; para el que en su casa coma más de dos platos, uno de carne, pescado ó huevos, y otro obligado de verdura; para el que no haga los ayunos fijados; para el que coma pasteles ó dulces; para el que aun siendo extranjero, al entrar en un hotel no deje su espada, no rece antes y después de cada comida, ó beba vinos que no sean del país; para la muchacha que vaya á patinar, aunque llevara gregüescos ó calzas atacados *(culottes b'ouffantes)*; para el que tome rapé ó dé á otro, durante el sermón; para el que, saliendo del templo, regle sus cuentas; para la mujer que fije su vista en el predicador; para el que entone un canto de iglesia deleitándose en la música y no en el sentido espiritual de las palabras; para el que se ría francamente; para todos estos *horrendos crímenes,* Calvino destinaba la picota, la cárcel con la cadena, los azotes ó los palos, las tenazas, el fuego, el azufre y la pez fundida y la horca.

Para él, atormentar y romper los brazos, dislocar los huesos, marcar los ciudadanos,

apalearlos, agarrotarlos, colgarlos cabeza abajo, decapitarlos, descuartizarlos, quemarlos á fuego lento, era un verdadero placer. Al pueblo, en lugar de fiestas, le ofrece suplicios; cabezas cortadas, cadáveres balanceándose de las horcas, cuerpos descuartizados, eran los principales ornamentos públicos; el funcionar de las máquinas é instrumentos de torturas, la primera de las diversiones; el verdugo, su maestro de ceremonias. So pretexto de llevar al cielo algunos predestinados, hizo traer el infierno á la tierra.

Desde tal momento, este reformador erigido ya en poder supremo espiritual, apoyado por sus partidarios y con su guardia de arcabuceros, se mostró abiertamente lleno de severidad implacable contra todos los patriotas liberales que le estorbaban. Su ministro, Nicolás de Lafontaine, noble francés, aventurero emigrado, de un carácter cruel y duro, al frente de sus arcabuceros y de la *policía de moral Evangélica,* le sirvió para esta represión.

La crueldad se acentuó de día en día. No contento con perseguir enemigos, hasta á los amigos perseguía, so pretexto de poca

observancia ó de disidencia. Sebastián Castalión, célebre escritor reformado, fué enviado al destierro por haber dicho que el *Cantar de los cantares* no era una obra cristiana. La Maré fué destituído. Ameux encarcelado. Bolsec proscripto. Alciat, Gentilis, Gribaldi, condenados á penas corporales y después expulsados. Gruet, el amigo de Esteban Dolet, fué decapitado después de sujetado dos veces al horrible tormento de *la estrapade*, por motivos fútiles.

Los jefes del partido de los patricios humanistas suizos, fueron desterrados casi todos. A pesar de formar parte de los Consejos, sufrieron la ira del dictador eclesiástico. Este publicó diversos edictos castigando con la muerte *les blasfemes*, como él llamaba á los que opinaban diferentemente de él.

Y con ellos todo el patriciado sufrió persecuciones cruentas. Sus jefes, con verdadero valor heroico, trataron de oponer una última resistencia á esta cruel represión. Por fin llegaron á conmover al pueblo y lograron obtener algunos síndicos en el Ayuntamiento, una gran mayoría en el Consejo de los Doscientos y aun algunos en el Pequeño Consejo. No obstante, Calvino, tenaz, quiso

que el Pequeño Consejo se extremara en lo de la cuestión de las costumbres, pronunciando sentencias de destierro y condenas de muerte. En este momento es cuando procesa á Servet, que tiene la desgracia de entrar en Ginebra.

Los liberales (*edignots* ó viejos ginebrinos) amenazaron á Calvino con el destierro y la muerte por tirano y conculcador de las leyes de la República. Y aquí como un reto él pronuncia aquellas célebras palabras ante los consejeros: «¡Que la causa termine por la muerte de Servet ó por la mía!»

En la muerte de Servet, un verdadero golpe de Estado se llevó á cabo, que dió ya al poder eclesiástico la absoluta autoridad, practicando, como dice un contemporáneo, «*El despotismo de Dios*».

Después de la muerte de Servet, Calvino escribe á M. de Falais con una alegría feroz:

«*Verdad es que Satán tiene aquí bastantes botafuegos (allumettes), pero su llama se apaga como si fuera la de la estopa. El castigo capital que se ha hecho con uno de sus compañeros* (Servet) *les ha roto los cuernos.*»

La muerte de Servet fué la señal de la

persecución furiosa, desenfrenada, contra los verdaderos patricios de Ginebra. Los perrinistas, habiendo perdido la partida, son perseguidos sin compasión alguna por todas partes. Sería interminable la tarea de enumerar las muestras de satisfacción que da en las cartas dirigidas á varios de sus adeptos al referirles los suplicios y tormentos que hace sufrir á sus pobres víctimas. En varias cartas á Farel, tratándose de los perrinistas, dice que se ha contentado con *hacer sufrir á los prisioneros un pequeño suplicio.* Y este pequeño suplicio es, ni más ni menos, que el de la *Estrapade,* del cual salían con los huesos quebrados. Y tanto sufrían, que uno de ellos pidió por favor la segunda vez, que lo decapitaran antes de aplicarle la tercera *estrapade* (1)

En su furor de perseguir, ni se respetaba á las mujeres. La propia esposa de Perrin *(qui a fait tant la diablesse,* como decía Calvino) tuvo que huir. Y antes de dos años apenas si quedaba un perrinista importante en Gi-

---

(1) Jacques Gruet, patricio ginebrino de antigua raza.

nebra. A los que escaparon con vida, se les prohibió la vuelta de su destierro; se dictó pena de muerte contra todos los que los protegiesen, los cobijaran, trataran de repatriarlos ó solamente hablaran de ellos. A Berthelier, el hijo del libertador de Ginebra, se le decapitó de orden de Monseñor Calvino y su Consejo, y lo mismo se hizo con Perrin y cincuenta caballeros, partidarios suyos, constando en la sentencia *que sus cuerpos fueran descuartizados y sus miembros clavados en postes* para ser expuestos públicamente; añadiendo que á Perrin, *antes de decapitarlo, se la cortara la mano.*

La Historia no registra un ejemplo de instinto de criminalidad colectiva semejante al de este degenerado feroz, atacado de manía religiosa. Es un ejemplo típico de perversidad innata, de monomanía maliciosa impulsiva. Nerón, Caracalla, Heliogábalo y algunos emperadores orientales, cometían actos que eran crímenes aislados, pero no infligían la muerte y el tormento de una manera colectiva y absoluta á todo el que estuviera bajo su dominio como hacía Calvino, para amoldar el Hombre á un puritanismo ridículo y odioso, como dice un autor

ginebrino. No hay más que leer la Historia de Ginebra de esta época sombría (1). Id á los archivos de esa ciudad suiza; examinad sus ordenanzas, leed sus artículos llamados leyes suntuarias, y os convenceréis de la maldad nativa del pretendido Reformador cristiano, dictando esas leyes horriblemente depresivas, propias sólo para producir la desesperación, el sufrimiento y la muerte.

Desterrados ó muertos los miembros que eran antiguos ginebrinos de raza y de tendencias humanitarias y liberales, convirtió el *Pequeño Consejo* en un Centro de infame Inquisición, en una oficina de delaciones, en una fábrica de víctimas.

Podría decirse de ese picardo que en tal momento viene á ser un Calígula con sotana. Ni siquiera tiene la grandeza criminal de un Nerón. En su monomanía llega á afirmar que sólo debe de haber una Iglesia y que

---

(1) Véase lo que dice el historiador ginebrino Galiffe (padre) en *Notices Genealógiques*, t. III, y en otros escritos, especialmente en las propias cartas de Calvino. Véase también FELIX BUNGENER, *Calvin, sa vie et ses ouvres*, y M. GERUZEZ, *Plutarque Français*; artículo Calvino.

ésta es la suya, y él su jefe, elegido por Dios. Ya no hay más que Dios y él su único intérprete sobre la Tierra. Todo lo demás debe de estarles sujeto. Las obras nada significan ante la fe, el hombre nada es ante Dios, ni ante él.

Al quedar triunfante en su dictadura, se apodera de él un verdadero delirio de perseguir. Por todas partes ve enemigos, y no encontrando ya *libertinos, bebedores francos* ó *perrinistas,* se desata en improperios é insultos contra los jefes de la Reforma que tienen algo de humano. Castalion es para él *un malvado,* Melancthon *un inconstante cobarde,* Osiandro *un mago, un seductor* y *una bestia salvaje.* Augilland *un orgulloso, un quisquilloso* y *un asno.* Campmulas *un apocado* y *un nadie,* Heshus un bruto jactancioso, Stancer, un arriano, y Mennon un miserable maniqueo. A Wesfalio le escribía: «Tu escuela es una sucia pocilga. ¿Me has oído, perro? ¿Me has entendido, frenético? ¿Me has comprendido, bestiaza?»

Luego hizo, como mal gramático que era, una serie de combinaciones con el nombre *Tridentino,* para dar á entender que los padres del Concilio se hallaban empujados por

el satánico tridente de Neptuno. *Tridenticulus, sub Neptuni auspiciis militanter indoctos, quisquilios, asinos, porcos, puendos, crassos boves, antichristi legatos, blater sues, magne meretrices filios, patres ad sesquipedem auritos.»* ¡Hasta les llama hijos de una gran prostituta!

Y el que no aceptase ó alabase sus diatribas, era encarcelado y colgado luego en el *camino de la mala sombra.* (1)

Una vez expurgado de los humanistas y de los patriotas, el *Pequeño Consejo* no sólo se ocupó de condenas, sino que lo fué todo. El *Gran Consejo* y el de los Doscientos, formados ya por plebe adicta, no fueron más que cuerpos supeditados á él.

En cinco años, nuevecientas personas perecieron atormentadas en las cárceles. Cincuenta y ocho fueron colgados. Muchísimos más, decapitados ó quemados vivos. No se pasaba una semana en que no hubiera una ejecución. Jamás se ha visto en la historia una tiranía mayor. La Inquisición de España

---

(1) Este camino llamado *la Route malhombrée,* aun existe hoy día.

en tiempo de Felipe II y el terror en Francia durante la Revolución, resultan tiempos placenteros al lado de esa época de Ginebra.

III

La captura

En la ciudad de Ginebra, la Hostería de la Rosa estaba situada en la esquina de la plaza del Molard y de la calle del Ródano. En el año de 1553, era la posada más confortable de toda la comarca. A ella iban á parar los príncipes y altos personajes que pasaban por la ciudad en dirección á algún otro país. La hostelera, Rosa, era, á lo que cuentan las crónicas, una mujer joven, fresca y her-

mosa que había adquirido con el trato de gentes el arte de juzgar, sin equivocarse de los viajeros, según su porte y maneras. Al llegar Servet, en seguida comprendió que el extranjero que tenía delante era un viajero de un mérito raro, un personaje excepcional. A lo que parece, se lo había recomendado la señora abadesa de Bellevive para que le procurara la salida por el lago, pues tenía que emprender, rodeando el Montblanc, la ruta de Italia, por Zurich.

Parece ser que en los dos ó tres días que estuvo en el hostal, Servet se conquistó las simpatías de la hostelera Rosa, y ésta, que era una joven suiza, robusta y llena de sangre, sabiendo por la carta que era médico, quiso que consultara con el viejo médico de la casa sobre una cierta sofocación producida por sus ardores juveniles. El médico ginebrino quería aplicarle el tratamiento antiguo de cataplasmas y sangrías. Servet opinó lo contrario, y en la explicación que dió al galeno ginebrino, habló de la circulación de la sangre y en especial de la pequeña circulación, que transforma la sangre venosa en arterial con la respiración pulmonar. El otro, primero no le compren-

ió, luego quedóse admirado, y se fué, con-
ando á todo Ginebra que en la hostería de
a Rosa había un gran sabio, italiano, el
octor Vilamonti, que había descubierto que
a sangre circulaba y el cómo de venosa se
olvía arterial. Estos rumores llegaron á
ídos de Calvino, y se puso alerta. El ita-
ano que ejerciera de médico en la Abadía
e Bellevive, que se hospedaba en el hostal
que había descubierto el mecanismo del
orazón, no podía ser otro que Miguel Ser-
et.

*
* *

La señora Rosa, de la *Hostería de la Rosa,*
o se había equivocado al presentir que el
eñor de Vilamonti era un alto personaje,
n magnífico cliente y, sobre todo, un hom-
re de un mérito extraordinario. La aristo-
rática y arrogante figura de Servet, la ga-
ardía con que llevaba el traje y la espada,
a cadena del toisón que circuía su pecho y
spaldas, sus sortijas, la rica escarcela den-

tro de la cual sonaban las monedas de oro, su conversación amable, galante, alegre, exenta de toda vulgaridad y de toda grosería, hacían de él uno de esos viajeros ilustres que en aquel tiempo á veces pasaban por Ginebra. Sin explicárselo ella, la bella Rosa se había enamorado de Servet, según se dice, é instintivamente y sin saber por qué, hizo todo lo posible para retenerlo. El batelero que debía de conducirle hasta más allá de Lausanne, siempre encontraba motivo para retardar el viaje. Primero tenía que reparar su barca, luego reinaba viento contrario en el lago y era expuesto el cruzarlo en una embarcación tan pequeña. Rosa no era cómplice en ello; hoy se cree que los bateleros habían recibido órdenes secretas de la policía de Calvino de no embarcar ningún personaje de señas parecidas; pero la buena hostelera esto lo veía con mil amores, pues le proporcionaba ocasión de intimar con su gentil huésped. Cada día Rosa estaba más afectuosa y tenía mayores atenciones para el caballero Vilamonti. De otra parte, según resulta, había recibido una carta de la abadesa de Bellevive, dama que la distinguía recibiéndola en las grandes fun

ciones del convento, y en dicha carta esta alta dama le recomendaba que el doctor Vilamonti fuera tratado lo mejor posible y hasta escondido en caso necesario, procurándole su huída de la manera más discreta, si es que no se pudiera por el lago. En el registro del hostal, Servet constaba como Vilamonti. Y Rosa, que ya temió algo desde que recibió la referida carta, tomó todas las precauciones para que su huésped estuviera seguro, no sólo por ser el protegido de la ilustre señora Isabel de Salenove, sino porque ya se había interesado vivamente por él.

Mas por circunspecto que Servet fuera en sus palabras, por reservado que fuera en sus ideas y en sus actos, por retraído que estuviera, era uno de esos personajes que no pasan desapercibidos en una ciudad relativamente pequeña como Ginebra. Su cara y su porte delataban en él algo extraordinario, algo más que un simple médico italiano de mayor ó menor posición.

En Ginebra, en esta época, las familias estaban divididas en los dos partidos de *calvinistas* y *perrinistas*. Las mujeres, pues, de ambos bandos, se pasaban el día bachillereando sobre todo lo que en Ginebra acon-

tecía; y entre las de unos y las de otros, sabían todos los acontecimientos, constituyendo una crónica viviente. Cada bando tenía buen cuidado de esconder al otro lo que no le convenía y de abultar los defectos del contrario; cada uno hacía los comentarios á su manera sobre las noticias del día, disimulándolas, disminuyéndolas, aumentándolas ó tergiversándolas según sus miras particulares.

Cuenta la crónica que un día, entre señoras entablóse este diálogo:

—Ese monstruo de Miguel Servet está en Ginebra—decía la mujer de De La Trye á unas amigas suyas.

—No lo crean ustedes—respondióle la de Amied Perrin.—El que ha llegado hace pocos días, y le toman por él, es un caballero italiano llamado Vilamonti! Mi marido lo conoce de haberle visto en Milán el año pasado, como médico del duque.

No obstante, la policía secreta de Calvino velaba desde que supo que Servet se había evadido de la cárcel de Vienne. «A Francia no podrá ir, ni volver á España por miedo á la Inquisición, que es allí omnipotente—pensaba Calvino.—Sólo puede dirigirse á Italia, y tiene, por fuerza, que pasar por Gine-

bra. Aquí tiene los perrinistas, que pueden ayudarlo.....» Y esa policía, en cuanto Calvino sospechó que el Vilamonti del Hotel de la Rosa era Servet, inmediatamente se puso ya en movimiento. Calvino dió indicaciones precisas á su secretario Lafontaine. Este se puso á vigilar el Hotel de la esquina de la plaza del Molard y de la calle del Ródano.

El 13 de Agosto, varios caballeros franceses y valdenses estaban parados enfrente de la puerta del albergue. Era un domingo por la mañana. Las campanas de la Catedral llamaban los calvinistas al templo. Uno del grupo (que se supone ser francés), dijo á los demás, señalando las gentes que se dirigían á lo alto de la ciudad donde está situada la Catedral:

—¡Cómo varían los tiempos! Hace diez años, toda esta gente iba á los divinos oficios, y hoy van á oir el sermón de un reformador, bajo las mismas naves y sin comprender ni una palabra como antes! ¡Las cosas cambian, pero siempre son lo mismo!

—Caballero—dijo Lafontaine, encarándose con él;—¡habéis blasfemado! ¡Besad el santo suelo!

—¡Besa la tierra, besa la tierra—gritaron sobrecogidos de espanto varios que reconocieron al secretario de Calvino.—¡Besa la tierra, sino serás encarcelado!

Entonces, temblando, sobrecogido de terror, el pobre caballero acusado de blasfemo se arrodilló y besó el suelo. En esto Miguel Servet salía del hostal, y viendo esta escena, no pudo contenerse, y afectuosamente levantó al caballero arrodillado y le exhortó á que no se humillara, pues había dicho la verdad. Y se fué, pasando por delante de Lafontaine, con una ligera sonrisa de compasión y de desprecio.

Lafontaine, que era un hombre de presa, se puso á seguirlo á lo lejos. Le vió cruzar *el Molard*, subir por *el Perrón*, atravesar *el claustro de San Pedro* y penetrar por fin en la Catedral en el momento en que cesaba el repiqueteo de campanas. Calvino ocupó el púlpito, el mismo que hoy está colocado en la capilla del Auditorio. Servet se escurrió á lo largo de la nave derecha, y se colocó de pie en la sombra al lado de la columna que estaba frente al púlpito de Calvino. Lafontaine fué aproximándosele por detrás, hasta colocarse cerca de él, pero en un punto más

visible. Desde allí empezó á hacer señas. Calvino predicaba con elocuencia místico-populachera y dura, emocionando por su frialdad. Con ojos de lince veía á todos y á todos los aludía sin nombrar á nadie, como si no los hubiera visto (1). Era un espíritu infatigable, siempre en tensión, pero frío y calculando los efectos, estrecho y penetrante como una espada.

Los cantos monótonos é imponentes de los hugonotes, el sermón, las rogativas, todo se sucedió sin que al parecer pasara nada extraordinario. La palabra de Calvino, clara y estridente, práctica y útil, dominaba por completo al auditorio. Lo que él decía era lleno de actualidad, todo era á propósito para el momento. Nada de generalizaciones elevadas ni de efusiones del corazón. Era un tópico en lugar de ser un *sursum corda.*

En un momento, y al final del sermón, una oscura cortina que velaba un ventanal, se descorrió (no se sabe si por una maniobra que dirigiera Lafontaine). Y Servet se

---

(1) «...eloquent sans eloquence; emouvant sans émotion; qui trouvait tout le monde sans avoir l'air de trouver personne»—dice la Crónica.

halló en plena luz. Entonces el secretario de Calvino, puesto detrás del doctor, hizo una seña al predicador, el cual le envió un ligero signo de afirmación con la cabeza. Servet volvióse á su hostería sin sospechar nada. En cuanto terminó el servicio religioso, Lafontaine se fué á reunirse con Calvino á la sacristía. Y cuentan las crónicas que éste le dijo: «Es el mismo Servet en persona. Ya que se ha metido en Ginebra, y la Providencia nos lo pone en nuestras manos, no hay que dejarlo escapar. Es preciso no perder tiempo, y que se le encarcele hoy mismo en el Obispado.» Calvino y su secretario salieron, dirigiéndose á la casa de la calle de los Canónigos, para combinar la manera de prenderlo.

Parece que al servir á Servet la comida, na vez llegado al hostal, la hostelera le advirtió que presentía algún contratiempo, pues hacía un rato que gentes sospechosas rondaban por los alrededores como si vigilaran la casa.

A poco, cuando Servet iba á salir, se le presentó Lafontaine, que había entrado sin pedir permiso, se le puso delante, espada en mano.—¡Seguidme!—le dijo; y lo prendió,

ató y desarmó ayudado por dos hombres que se le echaron encima por la espalda, poniéndole uno de ellos una daga en la garganta.

Lafontaine dió orden de bajar todo el equipaje y que lo llevaran al Obispado en seguida.

Y salió llevándose á Servet preso, con los dos sicarios y otros que se le reunieron en la plaza.

*
* *

Una vez llegado á la cárcel, un guardián llamado Grasset, recibió de Servet, según la regla de aquel tiempo, la cadena y medallón, que le quitó del cuello, los seis anillos, el talabarte, un broche de pedrería y la escarcela. Además se incautó de 99 escudos soles (1), un florín y tres dineros que llevaba encima. Inmediatamente después de haber sido despojado, Servet fué conducido

---

(1) «Nonaute sept escus soleil.»

á una celda de puerta maciza con fuertes cerrojos, cuya ventana daba sobre el claustro. Servet entró triste.

En esto, Monsieur Tissot, lugarteniente y jefe de la guardia, se fué á encontrar á Grasset, para pedirle los objetos depositados, pero éste, viéndole venir, se encerró en otra celda y por el tragaluz respondió riendo á su demanda:

—Mr. Tissot, esto atañe á mi servicio y no al vuestro. ¡Y lo que es bueno para ser tomado, también es bueno para ser guardado!

IV

El proceso

La captura de Servet fué el día 13 de Agosto de 1553. El mismo día, Lafontaine, secretario de Calvino, formuló su acusación, á pesar de ser domingo. Urgía perderle.

He leído y releído el proceso, y conmigo uno de los primeros abogados suizos. En ninguna de sus páginas resulta motivo alguno serio, no sólo para la condena, sino ni tan siquiera para su detención.

Un año después de la muerte de nuestro ilustre sabio, Sebastián Castalion, escritor religioso reformado que se dedicaba á combatir las herejías, exclamaba: (1) «Matando á Servet, los ginebrinos no han defendido una doctrina; no han hecho más que asesinar un hombre... Servet, habiendo combatido á Calvino tan sólo con razonamientos y por medio de escritos, sólo con las mismas armas debía de ser combatido.... El mal no es vencido más que por el bien; no se disipan las tinieblas más que con la luz, y no con la espada.»

De todas las líneas del proceso trasciende la mala fe, y la inquina particular de Calvino en contra de nuestro ilustre compatriota. En todas las páginas se ve al sectario y aún más al rival vengativo. En todos los interrogatorios hay *querelle d'alemand* (2). A pesar de que en él se investiga minuciosamente su conducta, nada pudieron encon-

---

(1) Martinus Bellius.—De *Hæreticis,* 1554. Castalion escribía bajo este seudónimo. V. Archiv. de Ginebra.

(2) Se decía y aún se dice así en Francia de los pretextos rebuscados para reñir con otro, acusarle, ó dañarle sin motivo alguno.

rar, ni Calvino ni sus sectarios que formaban el tribunal, que le hiciera culpable.

En seguida que estuvo preso se le obligó á controvertir sobre una serie de proposiciones extraídas de sus escritos deformados, presentadas con la más grande mala fe del mundo. Servet, en la cárcel, para contestar no tenía ni sus libros ni los textos sagrados en que apoyaba sus opiniones. Para poder responder á los cargos criminales que se le hacían, pidió papel y tintero, y sólo se le entregó una hoja única de papel. No obstante, Servet trazó su defensa con gran lógica y con razones verdaderamente conmovedoras. En tesis general defendió la libertad de pensar en materias de doctrina, y probó cómo ni en los Evangelios ni en la primitiva Iglesia Cristiana nunca se habló de que las opiniones sobre cuestión de principios pudieran llegar á ser un crimen, pues las ideas puras, según los primeros padres de la Iglesia, son impecables. Cita los actos de los apóstoles y hasta lo que hizo Constantino entre Atanasio y Arrio. Y acaba diciendo: Por lo cual, mis señores, según la doctrina de los apóstoles y de sus discípulos, que

nunca permitieron tales acusaciones, y según la doctrina de la Iglesia Antigua, en la cual tales acusaciones no eran admitidas, requiere, el dicho suplicante, que se le ponga fuera de la acusación criminal» (1).

Precisamente Servet, ya antes de haber sido preso, profesaba la idea esta, de alta tolerancia, afirmando que á nadie se puede procesar por sus opiniones (2), y así se lo había escrito al propio Calvino. Y á esto se le responde que su propia defensa ya le declara impostor.

El 20 de Agosto, siete días después de su arresto, ya Calvino va propalando por toda partes que Servet será quemado vivo. Par mayor pena se le rehusa todo, desde los al mentos y los vestidos, al defensor que pid en su causa, respondiéndole: «Ya que Serve sabe así mentir tan bien, ninguna necesida tiene de que se le dé un procurador en s causa.» Y entretanto Calvino predica en Sa Pedro contra él, pintándole como un mon truo de abominación indigno de compasió

---

(1) Véase en las cartas de Servet anexas al pr ceso.

(2) Christianismi restitutio, XXVII.

guna. En ningún proceso célebre se halla l premeditación de iniquidad.

El 23 de Agosto, el procurador general le resenta un interrogatorio para que respon- a á 39 artículos donde se deformaban su octrina, sus ideas y su vida de una manera orrible *«por haber producido la perturbación la infección del mundo cristiano.»*

Largo sería transcribir aquí todo este terrogatorio abominable con las respues- s de Servet. De todo él se desprende la quina y la mala fe del acusador, y la no- e franqueza del sabio acusado.

Después se le acusa de conspirador contra Estado de Ginebra.

A lo que resulta del proceso, Servet no nía relación directa alguna con los gine- inos. Personalmente no conocía ni á Pe- in ni á Berthelier, ni á nadie de los *francs veurs*, como se les llamaba. Sólo algunos éstos le conocían por sus escritos. Cuando areció el *Christianismi Restitucio*, ellos le cieron el éxito, lo cual exasperó á Calvino. as Calvino era frío, como todos los ani- ales venenosos, y esperó á vengarse, no acando al libro ni á sus lectores por el omento. Pero hizo que De la Trye lo hi-

ciera delatar á la Inquisición de Vienne po un primo suyo que estaba en Lyon, com ya hemos contado. Y una vez escapado, es peró á que pasara por Ginebra.

Servet es condenado en el proceso, no po que haya hecho ningún acto contrario á la leyes ni á las costumbres ginebrinas, sin por su pasado: «*por haber escrito malos l bros.*» ¡Y esto por los que proclamaban libre examen!

Servet era desconocido en Ginebra, tant que en el primer momento pasó desapercib do su arresto; era uno de tantos, que cad día hacía detener Calvino, y conducir á horca. Calvino, mucho más que ningún i quisidor católico, velaba por lo que él ll maba la pureza de la fe y sólo era la par lisis de la razón; de entre los muchos q hacía encarcelar y ejecutar, casi no hab ningún católico observante. Los que le h rrorizaban particularmente eran los que us ban del libre examen, sobre todo aquell que exaltaban la personalidad humana, l que tendían al paganismo. Con esos era i xorable.

Los perrinistas, una vez enterados, son l únicos que se interesan en el proceso

avor de Servet y en contra de Calvino, pues más de serles simpáticas las ideas de Servet, ven en ello un medio de deshacerse del rano extranjero. Si lograban sacar triunante á Servet, absuelto éste, inmediatamen- el inquisidor picardo debía de ser juzado como conculcador de las leyes de la República y pagar con la vida su insolencia. fectivamente, como Calvino dijo á sus pardarios del Consejo, la cuestión era: ó Seret ó él; y el proceso debía de terminarse or la supresión de una de estas dos vidas.

Y Calvino no se atreve á prender á los errinistas en aquel primer momento, pues n aún fuertes, aunque no numerosos. Pernecen casi todos á familias distinguidas; gunos ocupan cargos oficiales. Son hom- res de carrera, capitanes, ó simples hidal- os capaces de sublevarse y hasta de echarle él en el lago. Calvino es cobarde; se apoya la masa fanática, en la chusma. Y le asta con esto para sacrificar á Servet. Muer- éste, los demás serán impotentes, después e su fracaso.

Los perrinistas así lo entienden, y luchan sólo por Servet, sino en contra de Calvino. ra un tirano de la conciencia, del cual ur-

gía desembarazarse. De Servet nada temen ni es ginebrino ni su ideal se circunscribe aquella República sola. Les son simpática sus teorías, que son altamente liberales, pue en todas ellas se exalta la dignidad humana Así como ha descubierto la circulación de l sangre en el cuerpo humano y que á ell es debida la vida, sienta que las ideas debe de circular libremente en los Estados y entr los Estados, para que éstos prosperen y s engrandezcan.

En Ginebra, los dos bandos, durante proceso, se exasperan. Los patricios de raz y los humanistas están por nuestro comp triota. La plebe fanática, por Calvino. Así s comprenderá toda la actividad de Calvino e condenar á su adversario. Con la muerte d éste decapitaba al bando enemigo. Si Serv llega á ser declarado inocente y puesto e libertad por el Consejo, Calvino tenía qu apelar á la fuga en seguida para no s ahorcado. La acusación ya la tenían prep rada los perrinistas, y parte de la pequeñ burguesía ya vacilaba.

«En el fondo—escribe un cronista (1)—Se

(1) Eug. Choisy.

vet tenía un temperamento enérgico y señorial y habría derrotado á sus contradictores si hubiera sido puesto en libertad. Para Calvino era la muerte.»

Así, una vez preso el doctor ilustre, á Calvino no le quedaba más recurso que el de perder á su rival ó huir á uña de caballo.

Mas como Servet no había cometido ningún acto sedicioso en Ginebra, el procedimiento, á pesar de las prisas de su rival, es lento y vacilante. Los jueces parece que no se atrevan. La causa se debate en once sesiones, primero en el Consejo, luego en el Obispado.

De treinta miembros de que se compone el Consejo que vela por la seguridad de la República, dos solamente, dos síndicos, amigos particulares del dictador, asisten á estas sesiones: D'Arlod y Desfosses Perret. El tercer síndico, Esteban Chapeau-rouge, sólo asiste á seis sesiones. Aubert, Beney, Berthelier, Bonna y Butini, sólo van una ó dos veces, y aun esto para oponerse ó no encontrar causa.

Servet, en las sesiones, lo mismo que en los documentos que escribe estando preso, demuestra un gran valor y una alta digni-

dad. Acusa á Calvino siempre con gran valentía, hasta en las últimas sesiones, en los documentos que escribe al Consejo y en las notas de lo que le manda su contrario para que las niegue ó afirme (1). Esto es lo que ha hecho creer con cierto motivo que Servet estaba enterado de que querían libertarle por el carcelero Claudio, adicto á los perrinistas, disponiéndose así á secundarlos. Según ciertos escritores, hasta recibía avisos directos de ellos.

El proceso se divide en dos fases: la primera, la religiosa, que va del 15 de Agosto al 1.º de Septiembre: ocho sesiones, de las cuales dos, las principales, ambas el 17 de

---

(1) En una carta dirigida al *Consejo* cuenta los manejos de Calvino para hacerle prender y condenar en Vienne, y pide que se le libre y se condene á aquél: 1.º Porque la materia de doctrina no está sujeta á acusación criminal alguna. 2.º Por ser Calvino un falso acusador (y aquí expone las razones). 3.º Porque con frívolos y calumniosos argumentos intenta oprimir la verdad de Jesucristo. Y 4.º Porque sigue en gran parte la doctrina de Simón el Mago, contra los primitivos doctores de la Iglesia; y aduciendo las razones, pide que sea exterminado ó arrojado de la ciudad por malhechor, y con sus bienes que se le indemnice á él de lo que aquél le robó é hizo perder. (Cartas del proceso.)

Agosto, son tenidas en el Obispado, á instancias de Calvino, y en el *Pequeño Consejo* (*au Petit Conseil,* dice el proceso). La parte política dura dos sesiones largas: la primera el 15 de Septiembre; la segunda del 23 al 26 de Octubre. En la primera, los miembros del Consejo estaban sólo en número de 25, comprendiendo entre ellos al acusador Lafontaine. El 23 de Octubre, sólo comparecen 17. Ni los dos Vandel, ni Jaime Chautemps, ni Curtel, llamado Bottelier, no quieren asistir al juicio convencidos de que es inútil cuanto hagan para impedir una sentencia que más que tal será un acto de vil venganza *(meschante vengeance)*. Mas asisten P. J. Jessé, Perna, Pedro Bonna y Esteban Chapeau-rouge, síndico que no se había presentado al Consejo en la sesión del 15 de Septiembre. Y no dejan la tarea hasta la última de las sesiones. Y aun en éstos vése que asisten amenazados é impulsados por Calvino. A haber podido, hasta éstos se hubieran abstenido de tomar parte en tal causa que les repugnaba. Sólo el infame Lafontaine, más calvinista que Calvino, se presenta todo de una pieza, siempre duro, siempre cruel, siempre inflexible. En sus acusaciones pa-

rece el ángel exterminador que se hubiese investido con la toga del fiscal. Otro, tan malo como éste, es el abogado de Calvino.

Los calvinistas, miembros del Consejo, que sólo asistieron á la última de las sesiones para dar la mayoría á Calvino, fueron convencidos por éste de que no podían abandonarle, que el dilema puesto por los perrinistas era «Servet ó Calvino». Y de no condenar al primero, él, con ellos y con toda la Reforma Evangélica, estaban perdidos para siempre. Entonces fué cuando asistieron.

Es preciso hacer constar que los perrinistas, en pequeña minoría en el Consejo, dirigidos por el propio Perrin y por Berthelier, con los hermanos Vandel y otros, trataron de salvar á todo trance á nuestro compatricio alegando que la causa debía de ser remitida al *Gran Consejo*, lo cual motivó un verdadero golpe de Estado dado por Calvino, después del cual, fueron todos ellos perseguidos, encarcelados, atormentados ó muertos por el dictador.

*
* *

Volvamos ahora á examinar de una manera detallada cómo pasaron esos acontecimientos de la prisión y proceso del gran genio español.

Era el 13 de Agosto cuando Miguel Servet fué detenido en la hostería de la Rosa y llevado á la cárcel del Obispado. Allí se le encerró en un calabozo interior que daba á un patio del edificio, local infecto y húmedo, lleno de ratones y de arañas, desde el cual, al cabo de poco tiempo, Servet se quejaba de haberse llenado de piojos y de haber cogido un fuerte reumatismo. Una vez allí, se le trató lo peor posible; Calvino y los suyos iban á insultarle desde la ventana, gritándole *malvado, belitre, puerco* y otras lindezas. No se le dejó cambiar de ropa ni cuando, cayéndosele ya de encima á pedazos la que llevaba, el Consejo, compadecido, dispuso enviarle otra. El mayordomo del Obispado

era partidario de Calvino y no cumplía más que las órdenes de éste, que eran de atormentar y de hacer pasar hambre al preso.

Llegó la cosa á tanto, que á las tres semanas de estar preso, en una carta dirigida al Consejo se lamenta de que su calabozo estaba lleno de inmundicias, que sentíase enfermo y que sufría el tormento del hambre y del frío á más de estar herido (1).

Desde que le prendieron, los patricios hicieron lo posible para sacarlo en libertad y aun para que se le tratase bien en la cárcel, lo que impidió Calvino. Perrín ordenó que se le diera ropa limpia, y Calvino la hizo echar al fuego, porque quería que *se lo comiesen los gusanos,* según su propia expresión. Vandel (un documento manuscrito de la época, dice Vandal, pero no figurando tal nombre en el Consejo, debe de ser Vandel), impidió que se le aplicara el tormento de la *estrapade.* A pesar de lo cual, Lafontaine le infligió otros. Sólo el carcelero Claudio, puesto por los perrinistas, lo trató lo mejor que pudo.

En la sesión del 16 de Agosto, después

(1) Véanse las cartas de Servet adjuntas al proceso.

de la primera, la del 15, en que Servet demuestra ser un sabio pacífico y acusa á Calvino de propósito de crimen premeditado, por haberle denunciado hasta cuando estaba tranquilamente trabajando en Vienne, en esta sesión memorable del 16, en que se plantea la cuestión entre ambos adversarios, se presentan como formando en batalla ambos partidos militantes.

Una ley antigua de Ginebra, muy justa, decía que en caso de detenerse á alguien por una mera acusación, debía de ponerse preso, al mismo tiempo, al acusador, hasta que presentara verdaderas pruebas; y si resultaba inocente el acusado, aplicarle al otro la pena que á éste correspondía á haber resultado culpable. Así es que Calvino, por de pronto, hizo firmar la acusación á Lafontaine, constituyéndose éste preso en uno de los mejores cuartos del Obispado, siendo puesto en libertad á las pocas horas por haber presentado una Geografía de Tolomeo traducida por Servet, como primer cuerpo de delito. El describirse en ella toda la Judea como un país seco y árido, constituía un sacrilegio, ya que la Biblia dice que allí estaba el Paraíso terrenal.

Lafontaine, puesto en libertad merced á la fianza que le había hecho el hermano de Calvino, viene al Consejo con Colladon su abogado, hugonote emigrado francés, que era como el brazo derecho de Calvino. Entonces Berthelier toma la presidencia del Consejo, y el partido de los patriotas con su jefe Amied Perrin á la cabeza, se sienta enfrente de los refugiados, que son calvinistas acérrimos, y forman mayoría. Colladon, para defender á Lafontaine, ataca con éste á Servet; los perrinistas y con ellos Berthelier, que está en la presidencia, muestran vivos deseos de servir de apoyo al acusado.

Al ver lo pasado en la sesión del 16, el 17 se presenta el propio Calvino, escoltado de cierto número de pastores reformados, para combatir personalmente á Servet y tomar la presidencia.

De todo el proceso se desprende el mismo sentido, hasta que en la última sesión del 26 de Octubre, Perrin, viendo que se quería condenar á muerte de todos modos á Servet y que los partidarios de Calvino formaban la mayoría, presentó la proposición, de acuerdo con las antiguas leyes de Ginebra,

de que la causa fuera sometida al Gran Consejo de los Doscientos, proposición que fué violentamente rechazada por Calvino, haciendo votar, por los 17 miembros que le eran adictos, que Servet fuera quemado vivo en Champel al día siguiente, con sus libros, por la madrugada, á pesar de ser domingo (la sesión era de noche) (1), dando un verdadero golpe de Estado.

En resumen, resulta que Servet fué detenido y encarcelado arbitrariamente y contra el derecho ginebrino de la época, por orden de Calvino, el cual premeditaba ya desde tiempo perderle; y que su gran culpa, á los ojos de este miserable, fué, á más de ser un hombre de alta inteligencia y de un mérito científico extraordinario, los celos por ver que alcanzaba apogeo en la opinión pública y contar con grandes amigos y discípulos, entre los cuales figuraban el Arzobispo Paulmier, el cardenal de Bellay, el gran duque de Milán y otros.

De modo, que el móvil de la condena no fué otro, por parte de Calvino, más que en-

---

(1) Hay que advertir que la ley no permitía las ejecuciones en domingo ni días festivos.

vidia y celos, y por la de los 17 infames, fanatismo estúpido y obediencia ciega.

Desde que en Ginebra recibe Calvino correspondencia de Servet, todo lo que escribe á sus amigos prueba su manía de perseguirle. No hay carta en que no manifieste el deseo de atormentarlo y de matarlo; en todas sus cartas se ve la premeditación de ese gran crimen, como el motivo que le domina sobre todos los demás. «*Si Servet entra en Ginebra, no ha de salir con vida de ella*» escribe al librero Arnollet, mucho tiempo antes de que lo hiciera delatar á la Inquisición del Delfinado. Y al designio de muerte, une los epítetos más soeces al hablar del inmortal descubridor de la circulación de la sangre. En una carta lo llama *perro ladrador, puerco villano que tuerce su hocico;* en otras *puerco que gruñe, belitre malvado,* etc. En todas rebosa el veneno y la hiel que vierte su pluma.

Al mismo Farel le escribe sobre Servet tres días antes de hacerle quemar, contándole cómo había conseguido que todas las iglesias reformadas aprobaran la condena y sus maniobras en el Pequeño Consejo, en-

caminadas á este fin; y acaba diciendo con una satisfacción feroz:

«*¡Espero que habrá pena de muerte!*»

Y luego, no contento con haberle hecho perecer en la hoguera, persiguiendo á los patricios ginebrinos, se hace aprobar otra vez su conducta por todas las demás iglesias reformadas, haciendo así cómplice á todo el Protestantismo de su crimen. Efectivamente, lo fué, pues en la persona de Servet se mató la Flor del Renacimiento.

V

La hoguera

Para ir de la puerta de la cárcel del Palacio Episcopal á la de la Casa de la Ciudad de Ginebra, hay 333 pasos. Así lo afirma un cronista contemporáneo. Yo los he contado yendo y viniendo para estar completamente seguro de este número místico á que aquel escritor daba tanta importancia. El ilustre doctor Miguel Servet, saliendo de la prisión el 27 de Octubre de 1553 por la madrugada, antes de

apuntar el día, andaba esos fatales pasos atado y con su escolta de arcabuceros con la mecha encendida, hasta llegar frente á la puerta de las casas consistoriales, donde debía de leérsele la terrible sentencia. Su faz era pálida. Había encanecido. Estaba enfermo de una herida que se cree que le fué ocasionada en el tormento, ó bien causada por los sicarios que le prendieron.

Adosado al exterior de uno de los muros de las casas consistoriales, habíase construído un tablado. Las autoridades esperaban en este estrado sentadas en anchos sillones de cuero repujado, debajo de un *velarium* que ostentaba los escudos de Ginebra. Varios de los miembros del Consejo estaban ausentes. Sólo estaban presentes los acérrimos de Calvino. Farel vino de Neuchatel expresamente para acompañar á Servet en sus últimos momentos. Llegado Servet al pie del tablado, Farel se le une. El síndico municipal D'Arlot, vestido de negro, se adelanta hasta la barandilla del tablado y lee la sentencia de muerte contra el doctor español, «*por los crímenes de blasfemia, sedición, atentado contra la religión cristiana y contra los fundamentos constitutivos de la cristian-*

dad», por lo cual, añade, *«deberá de ser conducido inmediatamente á Champel, y una vez allí será quemado vivo... y su libro quemado con él.»*

Servet protesta. Protesta del procedimiento, de la tortura, de los malos tratamientos y de la sentencia que no ha sido dictada en plena cámara popular, sino por una minoría del Pequeño Consejo. Y por fin protesta en nombre de su inocencia. Y si es que se le cree perjudicial á Ginebra, pide que se le conmute la pena con la de destierro ú otra. Farel le dice que se retracte allí mismo de sus errores, sin prometerle nada. Le dice que ha pecado contra la Santísima Trinidad, contra *el hijo eterno de Dios.*

Servet mira á Farel con desprecio.

—*«¿El hijo eterno de Dios?*—exclama.—*Si es hijo, ya no es eterno. Di el hijo del Eterno Dios sobre la Tierra... ¡ignorante!»*

Las turbas calvinistas se amotinan. Las autoridades se retiran, como lavándose hipócritamente las manos. Farel predica á las turbas, diciendo que la autoridad divina sólo está en ellas, en la masa del pueblo evangélico. Y el populacho fanático ruge:

«—¡Muerte al blasfemo!»

La chusma aprueba la sentencia.

—«Soy inocente, exclama Servet. Soy inocente. Tened misericordia de mí, pues si he cometido algún error habrá sido sin saberlo. ¡El hijo de Dios perdonó hasta á sus enemigos!»

—«¡A muerte el sacrílego!»—responden los calvinistas.

—Si no te callas te abandono—le dice Farel, secamente.

—Vete, que me molestas. A no ser que Cristo, que murió al lado de un mal ladrón, me reserve el morir al lado de un malvado.

Entonces Farel arengó á la chusma calvinista diciéndole que viera y tomara ejemplo de lo que podía Satanás cuando se posesionaba de un alma, aunque fuera la de un sabio.

Luego se retiró. De la Casa de la Ciudad salieron cuatro tambores y cuatro pífanos, con el pregonero, y se pusieron á la cabeza del cortejo. Luego una sección de alabarderos de la villa; después Servet solo, con paso firme y la cabeza alta, y detrás los arcabuceros con la mecha encendida. A distancia seguían los escribanos del Consejo, con Lafontaine y Farel, para dar fe del acto.

Unos familiares de Calvino alumbraban la comitiva con antorchas. La lúgubre procesión se puso en marcha, sonando la trompeta el pregonero y repitiendo la sentencia en cada esquina, mientras paraban los tambores y pífanos la marcha fúnebre de los condenados á muerte. El cortejo llegó á la plaza del Burgo del Horno (1), siguió la calle de los Caldereros (2) y llegó á la puerta de San Antonio, desde la cual se veía ya la campiña. ¡Triste campiña! La hierba estaba húmeda, pues había llovido toda la madrugada. Los árboles estaban deshojados, levantando sus desnudas ramas al firmamento. El cielo era de un gris de plomo. Soplaba el viento húmedo del sud. Era una de esas tristes mañanas de otoño, tan frecuentes en Ginebra, cuando la atmósfera se prepara para las primeras nevadas.

Según la fórmula de uso, antes de pasar la puerta de la ciudad se intimó al reo que abjurase sus errores. Servet persiste en afirmar sus creencias y añade que es una injusticia y un crimen lo que con él va á cometerse.

---

(1) *Place de Bourg de Four.*

(2) *Rue des Chaudronniers.*

Y los que siguen el cortejo responden: «¡A muerte el heresiarca!»

Fuera de las puertas de Ginebra disminuyeron los grupos. Sólo los más fanáticos marcharon detrás de la comitiva.

La pradera estaba surcada por un sendero siniestro. A lo lejos se veían, á ambos lados del camino, varias horcas, de las cuales pendían cadáveres ó esqueletos; algunos cuervos revoloteaban al entorno. Cuando salía un débil rayo de luz de entre una rasgada nube, la sombra de los instrumentos de suplicio, con sus terribles colgaduras, se proyectaba sobre el camino. Así se le llamaba *La vía de la mala sombra* (1).

Servet, con su cortejo, siguió tristemente el camino de las horcas. Luego bajó á otro camino más hondo, antiguo lecho de un riachuelo desviado (2); al terminar este sendero bajo, desembocó en *El Hoyo del Verdugo,* lugar donde se efectuaban los autos de Fe.

---

(1) *La Route Malhombrée.* Aun hoy conserva este nombre.

(2) El camino hondo, antiguo lecho de un riachuelo, está hoy convertido en una calle que hace ya diez años lleva el hombre de Miguel Servet, por votación del Ayuntamiento de Champel.

Luego remontó unos pequeños mamelones verdes, cubiertos de musgo, llamados *Les Tattes de Saint Paul.*

Los montones de leña estaban hacinados al lado del promontorio más alto, y no encima, para que se hallaran al abrigo del viento sud.

Al llegar á la vista de la hoguera, Servet vió un adolescente desarropado y sin zapatos, que marchaba cerca de él, mirándole con un cierto aire de compasión y de respeto. Servet quitóse sus zapatos de terciopelo y se los dió, diciéndole:

«—Tómalos, á mí ya de nada han de servirme» (1).

Servet montó sereno encima del montón. El verdugo le esperaba con sus ayudantes, los cuales le ataron con cadenas á un poste de hierro, con su libro *Restitucio Christianismi.* En seguida el verdugo le colocó en la cabeza una corona de sarmientos untada con trementina y azufre. El pregonero tocó

---

(1) Esto es una leyenda popular antigua, las crónicas del Ayuntamiento nada dicen sobre este encuentro.

el clarín y cantó la sentencia. Los pífanos sonaron un aire triste, seguido de tres redobles de tambores, la turba cantó un salmo. Y el verdugo, por su propia mano, con una antorcha prendió fuego á la hoguera. La leña estaba entremezclada expresamente con sarmientos verdes, para que el humo espeso que se desprendiera asfixiara al paciente. Así se lo dijo el verdugo al pedirle perdón de rodillas antes de encender la pira:—«Señor, perdonadme y que Dios me perdone. Cumplo sólo con un triste deber, y ningún interés tengo en haceros sufrir, al contrario, para evitaros el dolor, he preparado la hoguera.»

¡Hasta el verdugo fué más compasivo que Calvino!

Pero gentes del pueblo, viendo que tardaban en encenderse los sarmientos, corrieron á la alquería de los Vernets á buscar leña bien seca, que hacinaron con horcas.

La llama crepitó, se extendió, subió en ardientes y brillantes lenguas que envolvieron al infeliz Servet de pies á cabeza. Entonces oyóse un grito de dolor, horrible, prolongado, de sufrimiento agudo, que parecía

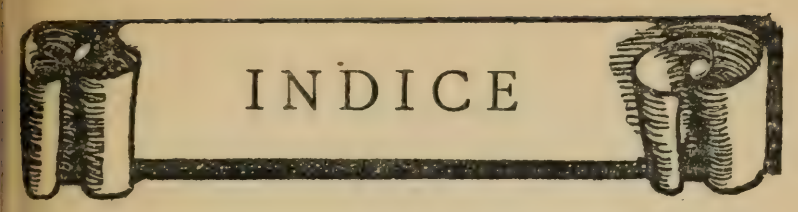
remontarse al cielo, y que los ecos del valle multiplicaron. Las turbas feroces prorrumpieron en exclamaciones salvajes de alegría. Mas, dice la tradición que, al cabo de algún tiempo, algunos murieron locos. Cuando de noche pasaban por las hondonadas de Champel, les parecía oir aún aquel grito lastimero que les perseguía hasta sus casas.

Calvino, es fama que presenció el suplicio detrás de los cristales de una ventana de un chalet vecino, en el cual estaba escondido.

*
* *

Después de muerto Servet, nada se sabe ya de Lafontaine. Es un personaje que desaparece para no comparecer más en parte alguna. ¿Huyó? ¿Murió? ¿Lo asesinaron? Esto es lo más probable. Cuéntase que al cabo de tiempo se hizo el hallazgo de un cadáver cubierto por la nieve en un bosque

cerca de Champel, que no se pudo identificar por tener la cara y parte del cuerpo roído por los cuervos y devorado por los lobos. Tenía un cuchillo clavado en el cuello.



INDICE

Pág.

SERVET

MÉDICO-GEÓGRAFO-ASTRÓNOMO-FÍLÓSOFO

Prefacio. 3

PRIMERA PARTE

VIDA Y VIAJES DE SERVET

I.—Naturaleza de Miguel Servet. 21
II.—Servet estudiante y teólogo. 41
III.—Servet médico. 63
IV.—Servet librepensador. 91

SEGUNDA PARTE

OBRAS, DESCUBRIMIENTOS, TENDENCIAS E IDEAS DE SERVET

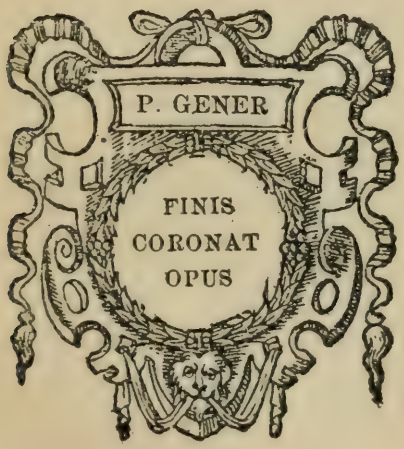
I.—Obras de Servet. 117
II.—La circulación de la sangre. 133
III.—Carácter, tendencias y estilo de Servet. . 159
IV.—Servet entre Renacimiento y Reforma. . 167
V.—Filosofía de Servet. 191

TERCERA PARTE

EL MARTIRIO DE SERVET

I.—Exodo de Servet. 227
II.—El gran enemigo. 239
III.—La captura. 275
IV.—El proceso. 287
V.—La hoguera. 307

Esta obra estampóse en Barcelona el año 1911 en las prensas de la Casa Maucci, bajo la dirección del autor, habiéndose reproducido los retratos de Servet, Carlos V y Calvino de antiguos grabados de la época, y las demás ilustraciones de fotografías directas.



PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BX
9869
S4G4

Gener, Pompeyo
Servet

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 14 02 11 007 1